

MEMORIAS INTIMAS

TOMOS PUBLICADOS

		PRECIO DEL TOMO — Pesetas
I.	**Primeros y últimos versos.**	3
II.	**Una señora comprometida** *(Novela)*. **Del amor y otros excesos** *(artículos festivos)*. **Don Juan, el del ojo pito** *(Novela inédita sin terminar)*.	3
III.	**Busilis** *(relación contemporánea)*. **La ciencia y el corazón. Milord** *(Narraciones)*.	3

Imp. y Enc. de J. Rueda.—Huertas, 58.—MADRID

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO IV

MEMORIAS ÍNTIMAS

CON UNA POSFACIÓN DEL

DOCTOR NICASIO MARISCAL

Segunda edición.

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo 4. — Teléfono, 791
1904

MUY RAPIDA [1]

Esta noche inaugura Eusebio Blasco sus conferencias en el Ateneo de Madrid. Periodista, poeta, novelista, autor dramático, hombre político, «gobernador de varias provincias», jefe de Hacienda, buscador de aventuras en diversas capitales de Europa, aragonés de la *Pilarica*, parisiense del *boulevard*, madrileño de la Carrera de San Jerónimo, revolucionario tremendo, aristócrata refinado, volteriano y creyente; anticlerical furibundo, místico sublime en himnos religiosos, que tienen la dulce sonora sencillez de un asceta; alma abierta á todas las sensaciones; á la pena que se disuelve en lágrimas y á la sana alegría que pide borbotones de risa; corazón de veinte años que no hace caso de las canas de fuera ni de las que el gran do-

---

(1) Del *Heraldo de Madrid*, 29 Enero 1898.

lor de la vida ha hecho brotar dentro; un trabajador que, como los buscadores de oro bajo las nieves de Alaska, saca sus imaginaciones siempre vivas y risueñas de entre los hielos cuajados por los años, las decepciones y la ingratitud de los hombres y del ideal; un niño en un viejo; un Bocaccio en un San Juan de la Cruz; un discípulo de Lope de Vega, derrochador de ingenio y escéptico, pero sumiso servidor del vulgo; un espíritu emocional y afectivo que responde como un eco á toda voz que su tiempo lanza y á toda angustia y á todo regocijo de la sociedad en que vive; y siempre un hombre dulce y bueno, sin odios ni rencores, pudiendo decir todos los días á Jesús:—Héme aquí tras las largas y abrumadoras jornadas... Mis manos están puras de mala obra y vacías de criminal riqueza; el sudor de mi frente ha sido el precio de mi pan y del pan de mis hijos... Como las aves del Evangelio, he esperado siempre en tu Providencia...

¿No es ese Blasco?

—

Ese es Blasco ó «alguien» que con él puede buenamente ser confundido. Pero Blasco es también, fuera de notas personales y de cualquier rasgo accidental, un gran periodista y un poeta muy vario y muy cumplido. Acerca de su

inspiración poética revelada como nunca en su reciente libro *Corazonadas*, tenía yo propósito y hasta grato compromiso de escribir en estas columnas. Y acorriendo la pluma sobre las cuartillas no sé detenerme á considerar sólo un aspecto de personalidad literaria tan compleja y tan bellamente complicada.

Poeta, quítanos esplines y amarguras con un dicho, con un chiste encerrado en cuatro juguetones y facilísimos versos; elevando el vuelo, cantos de fe, amor, amistad, de hogar y de esperanza en la vida comunican á nuestra alma el suave calor del verdadero sentimiento. Periodista, escritor de todas las horas, pluma que rasguea vertiginosa y febril sobre cualquier pedazo de papel que halla en su carrera, deléitanos con la *Crónica* de «vecindad», palique sabroso sobre nosotros mismos, y encántanos y hasta nos deslumbra (tal es la magia de la narración y tal el aire de su señorío cosmopolita) con el artículo mundano por entre cuyas líneas pasan en actitudes familiares para el escritor, reyes, presidentes, banqueros, periodistas, dramaturgos, cómicos y danzantes de toda Europa: Sarah Bernhardt, Rochefort, Guillermo I, Bismarck, Faure, Nicolás II, Zola, Alejandro Dumas, Boulanger, Severine... ¡Qué sé yo! Hasta el mismo Colegio de cardenales.

Y es una sorpresa cuyo encanto se reproduce con el amanecer de cada día. A una crónica

siguen cien crónicas, á un artículo cien artículos, y siempre frescos y siempre con sabor á cosa nueva y con color de cosas vistas...

Es ese un secreto de este ingenio, para quien no tienen tarde ni noche la inspiración y el estilo. La fatiga de tanto esfuerzo, la trama de tejido tan rápido, el molde de tanta figura momentánea, hecha para la «exportación» á las tribus del vulgo, apenas si se denuncian con lunares graves ó amaneramiento enfermizo.

¿Recordáis aquel grito de *Mi Madrid*, lanzado al término de la odisea parisiense? Leyendo aquello, ¿quién no vió al poeta de veinte años, al bohemio del *Gil Blas*, al autor alegre de *El Joven Telémaco*, con su risa de juventud y su rayo de sol sobre la frente?

Del otro día es la *Acuarela*, una «vista» campesina, un diálogo con la Naturaleza, callada, solemne, llena de paz, engendradora de esperanzas... ¿Quién podría decir que aquella página estaba escrita por un hombre que, metido en un frac y agarrado á una pobre pluma, ha recorrido Europa, ha luchado en todos los combates posibles y tiene, por tanto, derecho á llevar en su alma una tristeza sin consuelo? Y cuando pide para el desgraciado, y cuando se encara con el poderoso, y cuando *dilletante* del socialismo y sinceramente cristiano se revela como escritor sentimental, pero de todo gran sentimiento, ¿quién acertaría á ver en esas exaltaciones

de la humildad y de la justicia la mano de un hombre para quien la fortuna no ha tenido una caricia generosa?

—

...Esta noche inaugura Eusebio Blasco sus conferencias en el Ateneo de Madrid.—¿Asunto? Recuerdo de juventud: un desfile de muertos, una procesión de nobles fantasmas... *La Discusión*, Rivero, González Bravo, Narváez, Prim, O'Donnell, *La Democracia*, de Castelar, *La Iberia*, de Sagasta y de Carlos Rubio, el *Teatro Español*, de Ayala, el *Gil Blas*, de Rivera y Roberto Robert... Muertos y más muertos; fantasmas y más fantasmas. ¿Dónde todo aquello? Hombres nuevos con nuevas ambiciones han borrado hasta el recuerdo de lo que fué; política, guerra, arte, periodismo: todo está cambiado. Sagasta era entonces un miliciano con perilla. Hoy es un hombre de Estado con barba venerable. Moret era una especie de *Niño Dios* del libre-cambio. Hoy están en sus manos las pobres melenas de nuestros enflaquecidos leones. Montero Ríos estudiaba concilios. Hoy es primera figura en los grandes conciliábulos. Los tenientes que se sublevaban son generales ordenancistas; los escritores que «trabajaban» la cominera gacetilla son graves personajes que sestean en el Consejo de Estado ó en la Academia..,

Sólo el Blasco de esta noche muéstrase como el Blasco de entonces: la pluma sobre las cuartillas, sin títulos, sin honores, sin uniforme de ministro ni de académico, sin nada de todo lo dorado y de todo lo provechoso que tiempo há alcanzaran aquellos que cuando Blasco se llamaba Blasco, sólo podían poner en su tarjeta: *Nadie.*

—¡Jóvenes! Juventud... ¡Honrad esta noche con vuestro aplauso el ingenio de un hombre que tiene que aparecer alegre y que tiene que estar muy triste!...

En esa melancólica puesta de sol ofreced algo de vuestra alma: un escritor que ha trabajado treinta años y sigue al yunque todavía, ¡no! ¡no ha regateado la suya!

JULIO BURELL

MEMORIAS INTIMAS

I

Primeros años de mi vida.—El palacio de Robres. El regimiento de Zamora—Mi primera comedia.

SEÑORAS Y SEÑORES:

No hay que creer que lo que voy á decir aquí esta noche es una conferencia, como las que tuve el honor de dar otras veces. No, hoy, y en los viernes sucesivos, tengo que conversar, contar, como cuentan los viejos al amor del fuego, sus recuerdos de muchachos. Habiendo intervenido directamente, desde la edad de veinte años, en tantas cosas políticas, literarias, teatrales, sociales, y habiendo vivido en mundos y países distintos, las *Memorias* que estoy preparando, y de las cuales son capítulos sueltos estas conversaciones de ahora, son interesantes. no porque las cuente yo, sino por lo que en ellas

cuento. Y si abunda el yo, que siempre parece pretencioso en estos recuerdos, es porque los escribo como testigo ó como autor de ellos. Así, pues, perdonadme cuando hable de mí, que al fin y al cabo son éstas Memorias de mi vida y el único privilegio que tenemos los que ya vamos caminando hacia los sesenta es poder hablar por experiencia propia y referir lo que de cerca vieron.

—

En aquel palacio de la calle de Don Juan de Aragón, de Zaragoza, se deslizaron los primeros años de mi vida... Esos que llamamos primeros años, y no son los que median desde el nacimiento hasta el primer bigote, sino los que se cuentan desde el primer bozo á los veinticinco años.

Fraternal amistad me unía de niño en el colegio de Penzano con los hermanos Altarriba, hijos de los condes de Robres, y hoy conde de Robres, José María, el mayor, y barón de Sangarrén el segundo.

Familia carlista, representante de *Montemolín* en Zaragoza, y respetadísima entre aquella rancia nobleza aragonesa.

¡Singular contraste! Mi padre miliciano nacional, *capitán de la cuarta*, me había llevado al colegio más elegante de Zaragoza, y al más caro. Allí se educaron conmigo José María Ca-

rrascón, que había de ser un día ardiente demócrata. Pablo Nougués, que al salir del colegio era carlista, é influído por la lectura de los discursos de Castelar, abjuró de la reacción y se hizo furibundo republicano. Leopoldo Ortega, hijo del general famoso del mismo nombre. Cavero, hoy general de D. Carlos. El actual marqués de Ayerbe y su hermano, hoy marqués de Novallas, á quienes *los mayores* enseñábamos á leer marcando con un puntero las primeras letras en una pizarra. Ciro Warleta, que hoy es general de brigada, los dos Bascaran, que han llegado á tan altos grados en la milicia. Canti, que ya ha sido senador y el propietario rico en Zaragoza. González Ortiz, que vive en París dedicado al comercio... ¡Qué colegio aquel, y qué amistades tan fieles las que desde tiempo tan remoto he conservado! Verdad es que yo tengo el culto de la amistad, y amigo que hago no lo deshago nunca. Barcáiztegui, el marino, Valentín Gómez, Pepe Carulla, Agustín Pañoso, Marcos Zapata, Pradilla, Pepe Mata, Carrafa, Estévanez, Oseñalde, Unceta, *el padre de Cavia* ¡qué de años!, ninguno os podréis quejar de infidelidad en mis afectos...

Pero aquel palacio de la calle de Don Juan de Aragón me traía, sin duda porque mi temperamento de artista me forzaba á huir de la tertulia de milicianos y de gentes que para ser más liberales negaban á Dios y blasfemaban brutal-

mente *en la torre*, y á ir á casa de *Ramón* (Sangarrén de hoy) y vivir seis horas al día y á veces diez, en aquel ambiente de elegancias y de grandezas de su casa.

Y como en la casa se vivía en un misticismo constante, y entre la comida y la cena había la conferencia de San Vicente de Paul, que presidía Esparza, intendente del palacio, y hoy intendente de Loredán, y era menester rezar el Rosario antes de la gran recepción nocturna ó de meterse en uno de los pocos coches particulares que había en la ciudad para ir al teatro, mi corazón, lleno de sangre colorada, iba tomando glóbulos de la sangre azul de mis cariñosos amigos. Mi abuelo el escribano me llevaba el domingo al modesto asiento de *grada* del teatro á ver *La Carcajada*, y al día siguiente la condesa de Robres me llevaba con sus hijos á un *palco* á oir la *Marcela*. ¡Pobre de mí, fluctuando entre dos vidas tan opuestas, siendo casi demagogo por la mañana en calles, y reaccionario incipiente en el palacio de Ramón Altarriba por la noche!... Me quedó en el alma el virus radical y me quedó también la trasfusión de la sangre católica.

Y toda la vida ha resaltado en mí la fe, heredada en el progreso, y los procedimientos autoritarios de absolutismo. No fué mi juventud perdida, porque al entrar en la vida política, al lado de Rivero me encontré con un hombre que, sien-

do radicalísimo, me enseñó á mandar con autoridad conservadora. Y por eso creo y defiendo que se puede ser liberalísimo haciendo respetar las leyes con toda dureza y energía enfrente de la masa siempre rebelde. Mi amistad con el actual barón de Sangarrén era, y es y será tan íntima que le quiero como hermano. En la biblioteca de la casa aprendí todo lo que sé; había en ella libros de tres generaciones. Allí nuestros dos temperamentos, parecidísimos, se fundieron en una especie de generosidad rayana en la locura que llegó á un extremo verdaderamente alarmante. Por pródigos quisieron castigarnos nuestros padres respectivos, porque á la edad en que cualquier estudiante vive en la estrechez, Ramón y yo teníamos la más insignificante idea del dinero.

Mi padre compartía con el célebre arquitecto aragonés D. José Yarza la construcción de todo lo que se edificaba en Zaragoza, casas, palacios, iglesias, presidios, cuarteles... el dinero corría por entonces en abundancia, mi padre era liberalísimo en el verdadero sentido de la palabra, y gastaba su dinero ayudando á los emigrados franceses del golpe de Estado refugiados en Aragón, daba grandes comidas, en las que se brindaba á la libertad de Francia y España, y después en la *torre*, lanzaba una onza de oro con toda la fuerza de su robusto brazo, así como los chicuelos lanzan una moneda de cobre para que

la coja un perro, y me decía: — ¡Si la cojes es tuya! Y á los diez años, en posesión de una onza me acostumbré á creer que el dinero no tenía valor y á derrocharlo estúpidamente. Al mismo el conde de Robres pagaba todos los gastos supérfluos que hacían sus hijos, y hubo verano en que Ramón Sangarrén convidó todas las tardes á pasteles á una docena de amigos que íbamos á su inmenso palacio á jugar por las extensas galerías al escondite, y en el mes de Octubre la cuenta de los pasteles ascendía á *siete mil reales*.

Educados de este modo, el noble carlista y el periodista liberal, adquirimos los mismos gustos de grandezas y de desorden que tantos disgustos nos han causado en la vida... La culpa no era nuestra, los años nos han enseñado que de la primera educación depende todo.

—

El regimiento de Zamora, de guarnición en Zaragoza por los años del 61 al 62, era popularísimo, porque en su oficialidad figuraban personas que luego han dado mucho que hablar y han sido célebres en la historia contemporánea.

Ahí está vivo y sano y en el Casino de Madrid el general Martínez No ha muerto, ni lleva trazas de ello, ni lo permita Dios, Nicolás Estévanez. El barón de Sangarrén era también de

aquellos oficiales y Eduardo López Carrafa, que más tarde había de ser subsecretario de la Guerra cuando Estévanez llegó á ministro, era el alma del regimiento por su carácter vivo, entusiasta, lleno de iniciativas.

Vivian Estévanez y Carrafa en la calle del Coso en una casa de huéspedes, donde nó se podía vivir á causa del ruido que armaban los dos amigos, recién llegados de Africa... Una noche de verano, en la que el termómetro marcaba cuarenta grados, Estévanez, este grave personaje á quien yo voy á buscar ahora muchas tardes al café del Prado para recordar tiempos antiguos; este segundo de Pí y Margall, con su bigote y su perilla blancos, se desnudó por completo y se salió de su sala en cueros vivos y fué corriendo á darse un baño en la fuente del Coso...

López Carrafa dió la primera nota de la máscara *elegante* en Carnaval. Había en Zaragoza la costumbre de disfrazarse como ahora en Madrid, que va para atrás de *escoba, de papeletas, de felpudo, de pobre.* Eduardo ideó trajes fantásticos de seda y raso y deslumbró en la plaza de toros, que era donde se reunía el mundo *chic* las tres tardes de Carnestolendas. En aquel castillo de la Aljafería y en su cuarto de banderas, la oficialidad del regimiento de Zamora me permitía ir á pasar las tardes. ¡Qué tardes aquellas! Medio militar, medio paisano, las

pasé muy felices allí. Mi padre no me había dejado ser militar, empeñado en que fuese, como él, arquitecto, y no le resultó la prohibición, porque me dediqué á las letras, cosa que también le parecía muy mal, porque para él, que había hecho una fortuna edificando, literato era sinónimo de pobre, cosa de que me he convencido, aunque muy tarde.

En aquel cuarto de banderas leí á los oficiales mi primera comedia, titulada *Vidas ajenas*, que estrenaron en Zaragoza y en su teatro principal, Joaquín García Parreño, primer galán, padre del Parreño que esta generación ha conocido en el teatro Español junto con Rafael Calvo, la Amalia Gutiérrez, que luego se casó con un notario madrileño, retirándose de la escena... y la *Juanita Pacheco*, que más tarde había de ser mujer de mi compadre el poeta nacional Zorrilla. ¡La vida es toda novela! Aquella damita joven, hija de la característica señora Martín, fué, catorce años después del estreno, de aquella primera obra mía, la que al lado de su ilustre marido vino á celebrar en mi casa el bautizo de mi hija Aurora.

Mi comedia tuvo un éxito *militar*. Estévanez, Carrafa, Martínez Sangrerén, los oficiales y sargentos de Zamora número 8 llenaron el teatro y me sacaron á la escena. Declaro con toda sinceridad que la obra era muy mala. Mi padre, á quien yo le había ocultado ser el autor, asistía al

estreno en una delantera de *grada*, y cuando me vió salir de la mano de Parreño y de la Gutiérrez, no creía lo que veía.

Por entonces vino á Zaragoza de catedrático de Historia Natural, á la Universidad, D. Eduardo Ruiz Pons, que fué el primero que nos inculcó las ideas de la *democracia*, palabra que *aterró* á los pacíficos aragoneses.

Era un hombre hermoso, alto, bien proporcionado, de fisonomía expresiva, los ojos brillantes, una gran barba entre negra y gris. Predicó democracia en la cátedra; era el amigo íntimo de Sixto Cámara y de Rivero, y trajo á nuestra provincia los gérmenes de la buena nueva. Sin su llegada, tal vez yo hubiera sido carlista... Su palabra, su influencia personal, crearon un plantel de jóvenes demócratas: Pablo Nougués, Bruno Solano, Zapata, González Ortiz: los que á pesar de los ejemplos del hogar doméstico, teníamos tendencias al reaccionarismo imperante, debimos á Ruiz Pons la inyección moral de las nuevas ideas que habían de transformar á España. Estas ideas germinaban también en el regimiento de Zamora, y en poco tiempo ganaron prosélitos en número considerable.

La juventud entusiasta de aquellos tiempos simpatizó con ellas.

Estévanez había nacido republicano, y en su cuarto iba fomentando la manera de ser moderna de entonces.

Carrafa, su íntimo, su inseparable amigo, á pesar de una familia semiaristocrática, hacía propaganda incesante...

En el año del 72, cuando se proclamó la República en Madrid, acababa yo de casarme. Nombraron á Estévanez ministro de la Guerra: Eduardo López Carrafa se presentó una mañana en mi nido de amores de la calle de la Magdalena.

—Nicolás es ministro y yo subsecretario... ¿Qué quieres ser?—me dijo:

Y le respondí con gran asombro suyo:

—Lo que soy, que es un empleo delicioso..... *¡Recién casado!*

II

Mi entrada en Madrid.—Empleado con treinta duros.

Allá por el Otoño de 1862 llegó á Madrid un joven pálido y melenudo que venía de su pueblo lleno de ilusiones y exhausto de dinero. Había vivido en su tierra en un medio ambiente extraño; en su casa, atmósfera de liberalismo y de grandes pasiones políticas; en el círculo de sus relaciones de infancia y de colegio, todo lo contrario; porque habiendo pasado días y noches en casa del Conde de Robres y en las conferencias de San Vicente de Paul y en palacios de carlistas, no sabía el pobre hombre de qué lado echar al quedarse sin padre y tener que ser el sostén de la familia. Los liberales somos muy buenos, pero no servimos para nada útil en la vida práctica. El estudiantón, que ya había hecho en su pueblo tomos de versos y comedias y periódicos, á pesar de no tener más que diez y ocho años, pidió recomendaciones para Madrid, y los

carcundas sus amigos se las dieron para el Nuncio, para los nobles del carlismo y para D. Pedro Lahoz, Director de *La Esperanza*. De modo que el hombre, educado para miliciano nacional, venía á Madrid á ser neo por fuerza. Pero como hay un Dios para todos los españoles y una Virgen del Pilar para uso especial de los aragoneses, el uno y la otra de acuerdo hicieron un milagro. Subía el mozo aquel por la carrera de San Jerónimo en un coche simón, en cuyo pescante llevaba el cochero la modesta maleta del hombre de las ilusiones, cuando de pronto le detuvo el coche un amigo, el primero que vió y encontró, por su dicha. Este amigo se llamaba Pablo Nougués. El viajero era yo.

—¡Chico!

—¡Qué casualidad!

—¿Qué vienes á hacer aquí?

—Lo que pueda.

—¿Pero traes algún plan?

—Traigo cartas para *La Esperanza*.

La carcajada del madrileño se oyó en toda la calle.

—¡A ver esas cartas!

Las saqué del bolsillo. Eran cinco ó seis; Nougués las cogió y las hizo pedazos. Señalando á la casa de enfrente dijo:

—Esa es la redacción de *La Discusión*, donde yo trabajo. Esta mañana se ha despedido al redactor del correo extranjero. Es una plaza de

treinta duros mensuales. Ahora mismo te vas á tu casa, te mudas y vienes á buscarme á las ocho; porque *esta misma noche* estarás trabajando.

¡La misma noche de llegar! ¿Qué mayor fortuna? Temblando de emoción obedecí, y me dispuse corriendo á toda prisa á presentarme á mis nuevos amigos. Y al salir á la calle aspiré con verdadero placer el ambiente de aquel Madrid de hace treinta y cinco años. Trataremos de recordarlo, no porque en aquella noche se lo aprendiera el recién llegado, sino porque antes de relatar escenas de la vida de entonces, hay que poner la decoración y saber dónde y cómo pasan las cosas.

III

El Madrid de hace treinta años. — El lujo — Exitos literarios. — Los toreros y la aristocracia. — El Teatro Real. — Bellezas. — El Ateneo. — Diversiones. — Se va á armar la gorda.

Madrid era entonces mucho más elegante, más entonado que ahora.

No hay que echar la culpa á esta generación del contraste que forma el Madrid medio andaluz, medio chulesco de hoy con el de ayer, porque las costumbres han ido variando según los tiempos. Era aquél un Madrid antes de la revolución, que igualó clases y condiciones. Antes del gran desarrollo de medios de comunicación, que no existiendo, dificultaban los viajes, y la capital vivía en cierto aislamiento de superioridad; antes de que pasáramos por instituciones democráticas y republicanas, que son naturalmente enemigas de la fastuosidad y del lujo; antes de que el Mediodía nos invadiera con sus costumbres alegres y sus *juergas* y sus *cantaores*

y sus oradores exhuberantes y sus poetas de arroyos y flores y palabras sonoras, y sus modos de vestir á la española de principios de siglo, Madrid era, como ya no lo ha sido después, no la capital de la nación, sino *la Corte*. Apenas se veían hongos ni paveros por las calles, y mucho menos boinas vascongadas, ya ingeridas en la indumentaria de ahora. Se hacía alarde de madrileño, como ahora suele hacerse de *barbián*, se decía *mucho* en vez de decir *la mar*, y á las pesadeces no las llamaban todavía *latas*, porque todo eso es andaluz puro.

Madrid ponía sus motes madrileños, siempre graciosos, pero siempre suyos. De París se dice que es ya cosmopolita; de Madrid se puede decir hoy que es una España revuelta y que ha perdido fisonomía propia. Pues por aquel entonces, como digo, la Corte tenía un aspecto muy elegante. Sombreros-de copa en todas las cabezas, modas de gran lujo, trenes magníficos, teatros *por función entera*, con actores muy notables, salones aristocráticos sin ingerencias de la clase media, periódicos sin información, con grandes artículos de propaganda y de doctrina, una abundancia de dinero que contribuía al lujo general, por la facilidad de encontrarlo en las muchas sociedades de crédito que había, y por las empresas de Salamanca, de quien hablaremos á su tiempo; una literatura más ó menos bien cultivada por ingenios de distintos méritos,

pero uniforme, respondiendo á una nota *igual*, sin escuelas novísimas, ni modernismos, ni imitaciones de lo de afuera.

Al llegar á Madrid el viajero que ya conocéis, resonaba aún el eco del éxito del *Tanto por ciento;* acababa de estrenarse un drama de Eguilaz, hacían las comedias en diversos teatros, Romea, Arjona, Teodora Lamadrid, Matilde Díez, Ossorio, Catalina, Valero, Mariano Fernández; escribían en el *Contemporáneo* Albareda, Valera, Galiano, Fabié, Correa, Viedma; hablaban con veneración los escritores, de *La Bola de Nieve*, de Tamayo, y del *Baltasar*, de la Avellaneda y se anunciaba con gran curiosidad un libro de Ros del Olano que se llamaba *El Doctor Lañuela*. El autor del *Cocinero de su Majestad* estaba en todo el esplendor de su popularidad y no había casa donde no entrasen las entregas de sus novelas. Alarcón, que escribía en *La Época*, periódico entonadísimo, tenía ya una gran reputación conquistada con su *Diario de un testigo*. Núñez de Arce era un joven fogoso y polemista que preparaba grandes sorpresas como poeta. Hartzenbusch gobernaba la república de las letras: y el público era al mismo tiempo tan inocente y tan bonachón y tan amigo de leer y de oir todo lo que fueran versos y prosa, que á la vez que compraba cuantos hermosos y españolísimos libros publicaba *Fernán Caballero*, compraba también los que María del Pilar Sinués vendía

á centenares en las ediciones de sus novelas morales, y Pérez Escrich se enriquecía con sus novelas caseras.

Cúchares y el *Tato* eran el encanto de la aristocracia y del pueblo; eran toreros, no soberanos populares, ni *kalifas*, sino buenos espadas tirando onzas en los *colmados* y muy honrados cuando los Veraguas, Hijar y Medinaceli les hablaban de tú y les daban la mano. La zarzuela era un culto de las clases medias. Salas y Gaztambide ganaban ríos de oro con las obras escritas en gringo de Camprodrón y de Olona, pero que mal escritas y todo, eran de un efecto teatral muy grande, y la multitud en el teatro no pide otra cosa. Barbieri, Oudrid, Inzenga y Cepeda acaparaban la música, y en aquella época hacían furor *Los Magyares* y *Catalina* y *El Dominó azul;* y el teatro estaba completamente abonado y las señoritas de la época, en las reuniones más y menos cursis habían forzosamente de cantar el *Bolero* de los *Diamantes:* y los barítonos de sobremesa la romanza del *Juramento.* En el teatro Real cantaba el tenor Mario, un tenor caballero ya arruinado de voz, pero tan artista y tan gran señor, que la sala se llenaba por oirle y por *verle* en *La Favorita*, que cantaba *con* la Boghi-Mamo; era Jkodopole el director de orquesta, y era indispensable y popularísimo. Todavia no tenían bastante dinero ni representación las clases medias para abo-

narse á palcos y butacas, y el paraíso se componía de un público muy escogido que oía con placer por una peseta las óperas y sin escandalizar; de escritores, periodistas y honradas gentes sin pretensiones que se hacían el amor con las rodillas juntas y los ojos devorando las mútuas caras ó enseñándose unos á otros los personajes de los palcos y de las butacas.

Dijérase que había un culto de la hermosura ó que tal vez en las clases altas había muchas más buenas mozas que ahora. No es ésta pretensión de viejo; pero la verdad es que hoy oímos hablar de casas, de salones, de fiestas, pero no de tales ó cuales bellezas célebres, y entonces las había en gran cantidad.

El público de aquel paraíso se complacía en contemplar durante los entreactos á las hermosísimas Duquesas de Medinaceli y de Alba, á las reales mozas que se llamaban Rosario Galvez Cañedo, la Marquesa de Bedmar, la Duquesa de Frías, la Baronesa de Cortes, las Condesas de Ripalda y de Carlet y Romrée, la hija mayor de Ros de Olano, después Condesa de la Almina, la señorita de Castelani, cuya hermosura era tan popular que se la llamaba Gloria Castelani á secas, la ideal Baronesa de Hortega, Elena Prendergast, la Condesa de la Nava del Tajo, la Vizcondesa de Llobregat, la deslumbradora Julia Espin, la Marquesa de Santiago..... ¡Oh, qué tiempos aquellos, dice uno ahora al ver

que las bellezas se las llevó la muerte ó que las que aún quedan de aquellas hermosuras no fueron sino verduras de las eras y que de aquella generación sólo quedamos cascotes, escombros y derribos, y hemos de exclamar con Teresa de Jesús, que todo pasa, sólo Dios es eterno!

En el Ateneo, que entonces estaba en la calle de la Montera, la animación era muy grande y todas las noches se discutían temas y se reunía después en pasillos y salones la juventud literaria y política que había de hacer pocos años después la revolución. Castelar estaba en plena primavera de su vida, y su popularidad era tal, que se le disputaban las cuartillas de seis líneas en letra grande que escribía, y de las cuales llegaban á las imprentas verdaderas montañas de papel para formar un artículo. Gustaba entonces el público de la elocuencia poética llena de palabras altisonantes y de párrafos de cuarto de hora con cierto dejo de estilo antiguo; y esto unido al deseo de una nueva era política para España, daban á los discursos y trabajos periodísticos un carácter de propaganda sentimental y apasionada que iba formando poco á poco la atmósfera de libertad y de cosas nuevas que se quería respirar. Los economistas formaban en el Ateneo y en la Prensa grupo inmenso de jóvenes que hoy peinan canas y entonces eran los apóstoles de la nueva era. Alboreaban la imaginación y la verbosidad pasmosa de Moret.

Figuerola, Gabriel Rodríguez, Echegaray, San Romá, D. Luis Pastor, llevaban la bandera de la revolución económica, y Manuel del Palacio comenzaba, á su modo, en la España monárquica, como Rochefort en la Francia imperial, á atreverse con lo más alto y á ridiculizar en versos populares todo lo existente. Calvo Asensio había creado *La Iberia* y en ella el joven ingeniero Sagasta y Carlos Rubio y Llano y Persi y Juan de la Rosa y el festivo Saco, empezaban á abrir brecha en las instituciones bajo la dirección de Olózaga que fué quien primero inició los procedimientos revolucionarios en *meetings*, banquetes y manifestaciones populares.

Entretanto, y á la vez que una juventud ávida de gloria y pletórica de entusiasmo se lanzaba á la tribuna, á la prensa y al club á propagar las nuevas doctrinas, la Corte se divertía, el gobierno de la *Unión liberal* en ademán de despreciar las amenazas, dejaba relativa libertad á los periódicos, y el mundo elegante bailaba sobe un volcán y el mundo político acudía á los salones de *Doña Manuela*, que así llamaban á la generala Odonell, porque en España ha sucedido siempre que las mujeres han dirigido indirectamente á los maridos personajes y cada hombre de Estado ha tenido su Manuela. María de Buschental, una brasileña hermosísima, fastuosa, gran señora, muy liberal, casada con un gran emprendedor, y socio de Salamanca en los

negocios, tenía un salón, que conservó abierto hasta su muerte, compuesto de hombres políticos de todos los partidos; y en los palacios de la nobleza había grandes *soirées* que el comercio veía con placer y le procuraban grandes ganancias. Se vivía á lo rico en España como en Francia, de ese crédito engañoso que consiste en facilitar á los pueblos medios de gastar para que olviden que se les manda; la clase media se divertía en el *Liceo Piquer* ó en los bailes del Real; la gente alegre tenía sus sábados en *Capellanes*, adonde acudían periodistas, escritores y estudiantes y *horizontales* de medio pelo.

Se veía morir á Pepete en la plaza con la misma alegría con que se oían las aventuras y trampantojos del Padre Claret y de Sor Patrocinio, alma de aquella corte galante en la que el chichisbeo y la libertad de costumbres inspiraron el célebre soneto del poeta fustigador de aquellos tiempos; el *Labi* después de torear subía al palco regio y le decía á Isabel II: «Ezta ez la primera vez que zu Majestad tiene el honor de hablar conmigo». Y la equivocación era premiada con un regalo. Romea y Valero representaban en Palacio, la Amalia Ramírez era el ídolo de la Zarzuela, y el pueblo artista que acudía en masas enormes á ver el hermoso cadáver de la Duquesa de Alba y á escuchar á Belart desde el paraíso del teatro Real, seguía por las calles á Castelar y á Olózaga, enseñándolos al que no

los conocía como precursores del Verbo; y por eso el estudiante de Zaragoza, aquel que llegó y se colocó enseguida en el periódico más revolucionario de entonces, en el primer mes de estancia, al ir tomando la tierra y enterándose de todo esto que os cuento ahora en globo y os contaré luego en detalle, enmedio de los lujos y alegrias de la Corte, de las elegancias y las hermosuras, del batallar de las ideas y de la animación general, no oía más que una palabra que se le grabó en el oído, palabra que repetía todo el mundo, que era la expresión de toda una época, el anuncio del fin de una sociedad y de la aparición de una nueva. Madrid repetía en voz baja y á todas horas: —¡*La gorda*: se va á armar *la gorda*, viene *la gorda*!

Y al periódico donde se fabricaba ya *la gorda* le destinó su suerte, y en él vamos á entrar para conocer á los más importantes personajes de la política de aquellos tiempos. Ya el recien llegado, vuestro servidor, se había lavado y vestido y comido á toda prisa el infame cocido de su atroz patrona de la calle de Cádiz y se echó á la calle lleno de curiosidad y el alma henchida de ilusiones.

IV

«La Iberia» y «La Discusión».—Sagasta y Rivero. Mi primer artículo.—El café Suizo.

Al llegar á la puerta de *La Discusión*, cuya redacción estaba en la Carrera de San Jerónimo, frente al Congreso, donde hay ahora una tienda de antigüedades, el portero dijo:

—El señor Nougués le espera á usted en la iglesia de San Luis, donde se hacen los funerales del Sr. Calvo Asensio.

Entonces era moda hacer los funerales de noche, y con esto se les daba un carácter de gran espectáculo que no sé si era bueno ó malo, pero, en fin, hago constar estas costumbres del tiempo aquel porque es curioso.

El templo estaba tapizado todo de negro y oro, enmedio había un gran túmulo muy alto y la iglesia estaba completamente llena de gente, porque aquellos funerales eran una manifestación política. Todas las notabilidades de los partidos liberales y revolucionarios habían acudido

allí, y era una ocasión maravillosa para un forastero, de conocer todas las caras y figuras de los hombres políticos, literatos, periodistas en boga. Allí conocí de vista á los que después debían ser amigos ó compañeros. Aquella noche de funerales nació Sagasta á la vida pública.

A la salida, le saludaban cuantas personas asistieron como á sucesor y heredero de Calvo Asensio. A la puerta de la iglesia, Nougués me presentó á un su amigo, cuyo aspecto era verdaderamente horrible. Un hombre alto, delgado, con unas barbas largas y mal cuidadas, tuerto, con las manos sin lavar, el chaqué destilachado, los pantalones sin botones y destrozados por abajo á fuerza de pisárselos, el sombrero abollado por todas partes, una figura, en fin, tan astrosa y tan fuera de lo vulgar, que me hizo un efecto deplorable. Mi amigo, al ponernos en comunicación, me dijo: — Este es uno de los hombres más notables de Madrid, un gran poeta, un gran revolucionario y un gran corazón. Y el tal, como si nos hubiéramos tratado toda la vida, me dijo: «Pues ya sabes que en la redacción de *La Iberia* tienes un compañero y un amigo». Este camarada improvisado era Carlos Rubio. Antes de ir á *La Discusión*, mi protector bien hallado, tenía que ir á la redacción de *La Iberia*, y en un simón fuimos allá, donde ya estaban Sagasta y sus amigos de vuelta del funeral, y la redacción llena de gente en salas y pasillos, todo

el mundo hablando del difunto y rodeando al que le sucedía en el gobierno de la casa.

Este D. Práxedes, que ahora véis tan reposado, tan poco comunicativo; este hombre de Estado de la blanca barba y de la palabra sobria y tardía, era entonces un guapo mozo riojano, nervioso, de una verbosidad extraordinaria, los ojos brillantes, el cabello negro y amontonado sobre la frente, formando un pico hacia un lado, de una movilidad que parecía agitación. Aquella noche pretendía que se dejara pasar el novenario, que no se le hablase más que de su entrañable amigo el ilustre muerto; pero en corros parciales se le daba ya la enhorabuena y se le anunciaban éxitos futuros. Y Olózaga, á quien todo el mundo oía con gran respeto, no sólo por lo que decía, sino por lo bien que lo decía (porque era un libro abierto), iba repitiendo á los patriotas exmilicianos y conspiradores del mañana que componían el núcleo de aquella redacción batalladora:

—Castelar es el Bautista, y este joven ingeniero será el Cristo para cuando echemos á Isabel II. Palabras que me dieron á entender lo que ya se tramaba y que completó alguien diciendo:—Rivero es más y sabe más que todos ellos; y el mismo Olózaga dijo:—Rivero es algo más, porque Rivero es toda la democracia hecha hombre.

Y á este Rivero íbamos á ver, y yo declaro

que iba aterrado ante la fama de aquel hombre á cuyas órdenes me ponía la suerte.

—

Llegamos á la redacción de *La Discusión*. En el pasillo había un hombre alto, huesudo, mirando vagamente como los ciegos, y dando unas voces terribles. Le oían con aire tímido cajistas y empleados.—Dígale usted á Nicolás—exclamaba—que hace tres días que no da folletín mío, y eso es como dejar á Madrid sin pan, y si él gobierna aquí por el talento, ¡más talento que yo no tiene nadie! ¿Quién es este hombre? ¿Qué Dios es este?—pregunté.—Este es Manuel Fernández y González.

D. Nicolás Rivero no estaba en la redacción. Estaba arriba, en el entresuelo, donde vivía. Medio convaleciente aún del balazo en el vientre que le diera en desafío el general Caballero de Rodas, tenía que cuidarse, por más que aquella herida no le turbó nunca el espíritu. Contábase que el mismo día en que recibió el balazo, del que le dieron por muerto sus padrinos y amigos, estaba á las nueve de la noche leyendo en alta voz en la cama el Canto XXXIII del *Infierno del Dante*. Su energía y su valor personal tenían fama en toda España.

Cuando llegamos delante de él estaba vestido de levita, como para salir á la calle, con una

flor encarnada en el ojal y el sombrero puesto. Era moda entonces ir de noche al café de la Iberia, que estaba en la Carrera, donde ahora hay una tienda de objetos de arte y de lujo y al pie del Casino de Madrid.

Allí acudían todos los hombres políticos, literatos y señoras de Madrid al jardín que había en el fondo; era un salón, un centro de reunión intelectual. D. Nicolás, que era un demócrata, hombre de mundo y le gustaba ir á los centros elegantes, tenía por costumbre ir al café de la Iberia á una mesa que él presidía y en la que le rodeaban Figueras, Sorní, Juan de Dios de Mora, Albareda, Pirala, García Tassares, cuando estaba en Madrid, algunas veces la célebre Carolina Coronado, con quien le unía estrecha amistad, Romero Girón, Castelar, que le veneraba, y Milans del Bosh y otros generales del círculo íntimo de Prim, que ya estaban en la conspiración que se fraguaba. En el café comenzaron su vida literaria ó política, León y Castillo, el actual conde de Reparáz, Abarzuza, Viedma, Antonio Hurtado. Dos autores dramáticos que, por desgracia, prefirieron la política á las letras y habían hecho comedias notables: D. Enrique Cisneros y D. Angel María Dacarrete, eran también de los asiduos á aquel café, cuyo dueño, D. Antonio, que aún vive, había puesto á su establecimiento el nombre del periódico progresista, porque era progresista exal-

tado y amigo particular de todos sus parroquianos.

A la Iberia, pues, se iba D. Nicolás cuando le fuí presentado. No creía yo aquella noche que Rivero había de ser para mí amigo íntimo, protector, algo como un padre; que de él había de aprender para no olvidarlas nunca la ideas democráticas que no he olvidado aunque haya pasado por necesidad, ó conveniencia por mundos políticos distintos; que á su lado había de pelear por la libertad, vivir en el poder, aprender el arte de gobernar con sinceridad, vivir la vida suya. Aquella noche se me apareció como un coloso y su figura se me quedó grabada para siempre en mi memoria.

Era un hombre muy moreno, la barba negra, los ojos brillantes, la color casi cetrina, bajo, rechoncho, tripudo, siempre vestido de negro, los brazos siempre tendidos y caídos como si no tuvieran articulaciones y sin más movimiento que el de pasar rápidamente la mano derecha por bajo de la nariz. Se sentaba muy poco, y bablaba ó dictaba sus artículos de pie ó paseando. El acento sevillano puro, la voz muy obscura, la palabra muy fácil.

Una instrucción vastísima, una cultura intelectual sobre toda ponderación. Era médico por carrera, y hombre de letras por afición y por haber leído tanto que asombraba su dominio de las letras. Tenía culto por los poetas y especial-

mente por su amigo García Tassares, cuyos versos todos sabía de memoria. Se imponía por su dominio de los hombres y por su valor personal que rayaba en la temeridad. Su fama de valiente era indiscutible.

Demócrata por naturaleza había hecho de su periódico el más respetable y respetado de entonces. Sus artículos de fondo eran siempre esperados con impaciencia, porque eran verdaderamente de fondo. Así como Castelar propagaba la democracia con poética elocuencia y las multitudes le pedían discursos por el placer artístico de oirle aquellos hermosos párrafos de poesía en prosa. Rivero hacia su propaganda en artículos ó discursos llenos de doctrina, profundamente revolucionarios, sólidos, literarios, conducentes á resultados prácticos, porque la democracia la implantó él solo.

En su redor tenía á los hombres más notables de su tiempo; así como la redacción de *La Iberia* era un *club*, la de *La Discusión* era un Ateneo. Castelar, Salmerón, Romero Girón, Figuerola, Rodríguez, Fernández y González, Robert, Gómez Marín, Becerra, Pí, todos los que brillaban por la inteligencia, acudían á aquella casa. No se crea que Rivero, presidiendo á gente tan culta, se daba tono de jefe. Todo lo que tenía de enérgico y avasallador en las grandes ocasiones, lo tenía de sencillo y chistoso en la vida íntima. Y entre bromas y veras, y dictan-

do aquellos artículos famosos y discutiendo con su íntimo Juan de Dios de la Mora, sobre verbos y gerundios nos fué llevando á todos á la revolución, y el primer día de protesta, allá en la plaza de Antón Martín, y vestido con su levitón negro, fué el héroe de la terrible jornada de Junio y puso antes que nadie su valeroso pecho ante las balas de la aborrecida dinastía.

Ya nos le encontraremos mil veces en el curso de estas memorias; por hoy no he de hablar sino de aquella noche.

—¿Qué sabe usted hacer? fué lo primero que me dijo. Y mi amigo, más conocedor de Madrid que yo, respondió por mí.

—De todo un poco.

—¿Sabe francés?

Mi amigo me tiró de la levita y dije que sí.

—¿Sabe inglés?

Otro tirón y dije también que sí.

—¿Traduce bien?

Tercer tirón y tercer sí.

—Bueno, pues el artículo extranjero de hoy ya está hecho. Para ver qué nos trae este joven de su tierra, como yo no estoy para trabajar esta noche, que nos haga un artículo sobre los hombres del cuarenta y cinco. ¡Adiós, señores!

¡Infeliz de mí! ¡Los hombres del cuarenta y cinco! ¿Y qué hombres son éstos? ¿Y qué voy á decir de ellos? Ganas de llorar me entraron al verme en un rincón de la mesa grande con unas

cuartillas blancas delante de mí, en las cuales comencé por escribir en letras muy gordas: *Los hombres del cuarenta y cinco*. ¡Pero de ahí no pasaba!

Fueron llegando los redactores á diferentes horas. Mi paisano Carrascón, uno de los jóvenes más brillantes de entonces. Roberto Robert, delgadísimo, muy vivo, hablando pestes del clero y de la aristocracia y derramando los chistes á borbotones. Luis Rivera, futuro director del *Gil Blas* dos años más tarde, hombre de aspecto militar, con unos bigotes grandes y unas mandíbulas muy salientes. Daniel Ortiz. Romero Girón; Manuel del Palacio, que escribía en *El Pueblo*, solía venir á ver á los amigos y hacer la tertulia. Juan de Dios de Mora que con sus discursos literarios improvisados no dejaba trabajar á nadie. Sorni, que también colaboraba y venía a leer los periódicos y hablar en secreto con D. Nicolás. Tiburcio Rodríguez, que ya era respetado por su cultura y su elocuencia en el Ateneo. D. Luis Moliní que era íntimo amigo de Rivero y se pasaba la noche en el periódico. Y mi humilde persona, allá en un rincón como gallina en corral ajeno, pensando en los hombres aquellos y resolviendo por fin ponerlos como un guiñapo. ¡Hombres funestos, hombres infames, hombres abominables, los hombres del cuarenta y cinco son los responsables de todo, absolutamente de todo lo que sucede en este desdichado

país hace tantos años! Y así seguía insultándoles de la manera más violenta y es indudable que hice bien porque á la mañana siguiente todos los redactores me dieron muchos apretones de manos y mil enhorabuenas y gracias á aquellos hombres perversos, comencé á intimar con los compañeros.

Ya en la intimidad de los periodistas, perdido el miedo y tuteando gente, el estudiante aragonés pudo frecuentar al cabo de unos meses los círculos íntimos de las letras. Y en aquel rincón del Suizo Viejo vió nacer con él muchos que luego han hecho hablar de ellos, y como suele decirse, gemir á las prensas en honor suyo.

¡Qué rinconcito aquél!

Lo presidía el respetable D. José Vallejo, dibujante notabilísimo; y él y Bernardo Rico, grabador y artista en el alma, hermano del glorioso pintor Martín, nuestro consocio, eran los primeros en acudir, á eso de las ocho, porque entonces en Madrid se comía mucho más temprano que ahora. Venían después Roberto Robert, ocurrentísimo, Luis Rivera, Angel Avilés, el pintor Algarra, que era á la vez regular barítono y predicaba revolución á todas horas, los pintores Casado, Valdivieso, García, Gisbert, cuyo cuadro de los *Comuneros*, expuesto por aquella época en el Congreso por iniciativa de Olózaga, fué objeto de una manifestación polí-

tica liberal; Rosales, que exponía por primera vez; el editor D. José Gaspar, que de aquella mesa sacaba todos los años los materiales para aquellos *Almanaques* tan populares y tan festivos en los que colaboraba toda la literatura contemporánea.

Gustavo Becquer, el triste Gustavo Becquer, á quien González Bravo hizo censor de novelas, y era opuesto, por ser moderado, á las ideas que los demás exponíamos, y dejaba ya ver aquella melancolía dulce que le llevó al sepulcro; Viedma, poeta delicado y tierno; Inza, que era un periodista á quien no se le ocurría nada escribiendo, pero que hablando era la gracia misma. Este fué el que propuso una vez regalar una navaja de honor á Carlos Rubio para que se afeitara los pantalones, que los llevaba llenos de barbas por abajo, y el mismo, cuando le destinaron á la Habana, al llegar vió un cartel que decía: *Tiro al blanco*, y exclamó.—¿Pero, señor, no basta con el vómito?

Allí venían Granés y Pastorfido, que colaboraron en muy graciosas comedias. Pastorfido, compañero de armas de Serra, era famoso por los escándalos que producía en el teatro Real en el paraiso, donde el bello sexo reclamaba siempre contra él, yo no sé por qué.

El actor Arderius, que entonces hacía papeles insignificantes en la Zarzuela, venía antes de la función con el maestro Oudrid, que tam-

bién era hombre de gracia natural y temible por el arte de poner motes; y junto á aquel grupo de literatos y artistas veíamos venir algunas noches al actor Pardiñas y al banderillero Rico, que cuchicheaban y parecían contarse cosas secretas; el actor y el torero comenzaban ya á formar parte de los que habían de ocultar y acaparar armas para movimientos populares que aún tardaron en venir dos años.

Joven, tímido, pegado siempre á Roberto Robert, había un joven catalán que empezaba su carrera y la ha hecho á fuerza de trabajo y de perseverancia, llegando á ser publicista distinguido, propietario de una Agencia internacional conocida en toda Europa, y hoy senador del reino, y aquel joven se llamaba Nilo María Fabra. De vez en cuando se permitía acudir por allí como de paso José Luis Albareda, que vivía en un mundo muy elegante y más aristocrático. Su círculo era el de D. José Salamanca, el de la alta banca, el de las damas, entre quienes tenía gran partido por lo buen mozo. Ramón Correa, su íntimo amigo, era del rincón del Suizo también y sus frases se repetían. Y en el mismo café, más adentro, se reunían los economistas y futuros hombres de Estado de la Revolución, Figuerola, Salmerón, el joven Labra, que ya comenzaba á luchar por la autonomía de las colonias; el doctor Delgado Jugo, gran entusiasta de las letras; Salmerón, Echegaray, Caunedo

y tantos otros, que mientras Madrid se divertía trabajaban sin descanso por el triunfo de la nueva era. De vez en cuando aparecía Fernández y González, y era cosa de echarse á temblar por los gritos que daba; pero siempre tenía algunos versos nuevos hermosísimos, y se le perdonaba todo en gracia de su genio poético.

Y enmedio de toda esta reunión, plantel de futuras celebridades, había un madrileño que fué popular muchos años y cuyas observaciones y frases típicas corrían siempre de boca en boca. No era ni literato ni artista, pero vivía siempre con ellos, y en los saloncillos de los teatros su presencia era constante. Se llamaba D. Joaquín Barrutia, y toda una generación le ha conocido, con su hermosa cabeza y barba rapada á lo Carlos V, limpio como el oro, cubierta la cabeza con un sombrero hongo de anchas alas. Era el alma del salón y conocía á todo Madrid. Había sido guardia de corps y pertenecía á una familia muy distinguida. Para todos nosotros era así como un padre en la experiencia y en el alegre excepticismo que se reflejaba en todas sus palabras. Nadie de aquel tiempo ha olvidado lo que dijo cuando quisieron leerle el *Manifiesto* que había dado á la nación el general Prim en la primera intentona revolucionaria. No había en Madrid más que un ejemplar, y el que lo tenía quiso leerlo en secreto á unos cuantos amigos.—¡Lo conozco! dijo Barrutia.—No pue-

de ser, acaba de llegar.—¡Pues lo conozco!—No hay en Madrid más que éste.—¡Le digo á usted que lo conozco! ¡Desde el año veintirés, todos dicen lo mismo!

Rincón adorado, donde se sabían al dedillo los enredos de la camarilla palaciega, los amores de las mujeres á la moda, las intrigas de la monja de las llagas y las fastuosidades de Meneses. Allí, en aquel rincón se fraguaba sordamente el rayo que había de destruirlo todo.

La *Unión liberal* gobernaba sin temor, los periódicos tenían relativa libertad, en las Cortes divertía al Congreso y al público el diputado Hazañas con sus cuentos, y un diputado que fué elegido cuando aún no tenía la edad y por simpatía personal se le perdonó el tiempo que le faltaba, comenzaba á darse á conocer y á lucir por elocuente y por guapo mozo, discurseando muy bien en la Cámara, brillando en los salones de la época y adquiriendo con rapidez asombrosa reputación de listo y de temible; y Madrid le puso su nombre llamándole *el pollo*, y se auguraba que había de llegar á muy alto, y este pollo era el hoy idéntico batallador y á pesar de la edad joven en la lucha y temible por sus energías incansables, D. Francisco Romero Robledo.

Aparisi y Guijarro defendía como un león sus ideas reaccionarias en las Cortes. Cortes aquellas en las que el número de notabilidades par-

lamentarias equivalía casi al número de diputados. Cortes de Ríos Rosas, de Cánovas del Castillo, de Llorente, de González Bravo, de Rivero, de Olózaga, de tantos oradores famosos y de Gobiernos presididos por aquel general alto y estrecho, de encorvadas espaldas, de aspecto más extranjero que español, pero de un gran sentido político, y cuyos discursos solían tener fama de incorrectos, porque á veces decía las cosas mal y no se enteraba, como aquella tarde en que dijo la famosa palabra: — Señores, hay una *diferiencia* muy notable... y al oir una carcajada general, dijo dando un gran puñetazo en el pupitre: — ¡Sí señores, muy notable!

V

Bailes, fiestas y banquetes.—Madrid se divierte.—Desdeñando el peligro.—La juventud revolucionaria.—Las cucas.—Narciso Serra.—El padre Tristán Medina.

(1) ....
....
.... Infanta tenía verdadera popularidad. Madrileña pura, en contacto siempre con el pueblo, ajena á la política, es la Infanta de los artistas, de los músicos, de los literatos, la que no faltará por nada en el mundo á la Romería de San Isidro ni á su paseo inesperado por los barrios bajos. Infatigable en el ejercicio, gran cazadora, habilidísima en el guiar coches y caballos, la primera en los toros, la última en la Opera, artista y exhuberante de

---

(1) Falta una cuartilla que no ha sido hallada en el original que dejó escrito el autor.

madrileñismo, lo mismo acude á un concierto clásico para oir con verdadera devoción la música de que es apasionada, que al saber que un toro ha cogido al Reverte envía á las doce de la noche un empleado de la Real casa á ver cómo sigue el herido, y ocurre que el banderillero que le vela dice: —¡Que de parte de la Infanta que como va eso! —Pues ecirle á la Infanta que vamos así así, y que siempre pa servirla! Y esto no sucede más que en España, donde los Reyes son demócratas sin saberlo, ni puede ser más hermoso ni más cristiano.

Por eso aquella boda tuvo gran resonancia, que ya la Infanta era muy querida y una de las cosas que más ruido hicieron fué el magnífico baile que se dió en Palacio y en el que se perdieron ó desaparecieron centenares de abrigos. Llenos venían los periódicos al día siguiente de anuncios reclamando capas, paletots y abrigos de pieles. Esto que en otra época cualquiera se hubiera respetado, fué el principio de una serie de bromas y desacatos en la prensa de oposición y en los periódicos festivos, y comenzó ya á iniciarse una campaña del ridículo hasta entonces desusada.

En aquel baile estuvieron todos los que pocos años después habían de batirse en el puente de Alcolea. Y el Conde de Girgenti que venía á España á ser feliz y á servir en nuestro ejército, no podía imaginar en aquella noche de novio

que tendría que pelear contra sus convidados y emigrar con toda la familia al extranjero. Verdad es que los que allí le felicitaron tampoco sabían que las circunstancias habían de llevarles á fundirse con nosotros los hombres nuevos. Ya lo dijo Walter Scott, que más novelesco que la realidad, no hay nada.

Epoca de fastuosidades y derroches, víspera de grandes y radicales cambios, que no querían ver ni suponer siquiera probables los que estaban en alto, á medida que la *gorda* que el pueblo anunciaba, iba acercándose, la Corte y los partidos gobernantes creían evitarla ó con el desprecio ó con el sumo rigor, y Madrid, que pronto debía cambiar de faz, se excedía en bailes, fiestas y banquetes. Célebres fueron los bailes de trajes en el Palacio de Medinaceli y las comidas y representaciones en el Palacio de Món. A ellos me llevó la amistad con la duquesa de Hijar y en su casa hice relación con todas las familias aristocráticas de Madrid, y viviendo á la vez arriba y abajo, en la reacción y en la revolución, podía observar el curso de las cosas y comparar una con otra vida. No se creía en la facilidad de una gran catástrofe, la Corte se divertía y la nobleza también, la *Unión liberal* era un partido en el que predominaban los hombres liberales llamados *resellados* y sus gobiernos no cerraban totalmente el paso á las nuevas ideas. Casi era tan liberal *El Contemporáneo* como nuestra *Dis-*

cusión, y andábamos unidos demócratas y aristócratas en todas partes. Pero la juventud era revolucionaria. Los profesores demócratas crearon una juventud revolucionaria como ellos. La juventud *ejercía*, tomaba parte en el movimiento que se aproximaba, la influencia clerical no dominaba más que en las altas clases, y aún no del todo, porque de arriba salieron jóvenes como los Sardoal, Perales, Benifayó, Santa Marta y tantos otros. Y esta juventud entusiasta dejaba á la otra dar sus becerradas, ir á la Ópera á oir á la Lagrange y á la Penco, y reirse de los *meetings* y banquetes que organizaba Olózaga que era con su aspecto reposado y tranquilo el mayor agitador de entonces. La Corte era artista, y se dejaba morir en delicioso desdén de lo que se venía encima.

—

Habia *in illo témpore* una clase social de la clase media, que ya no existe: *Las cucas*.

Eran señoras, viudas de intendentes, esposas de retirados, huérfanas de corregidores, literatas de camilla y brasero, sobrinas de alcaldes mayores y cursis sueltas, que bajo la dirección de una señora más ó menos gorda tenian casa de juego. Es decir, que periodistas, estudiantes y *puntos* madrileños tenian en aquellas casas el

doble atractivo del juego y del amor á precios convencionales.

Las cucas eran respetadas por la autoridad, porque á veces, hasta los gobernadores civiles iban de tapadillo á echar una firmita y ver lo que pasaba. Era un medio ambiente mitad vicioso mitad medio honrado. Se hablaba en tono muy redicho, ninguna de las señoritas quería aceptar su verdadero calificativo, se dejaban enamorar de un modo un poco atrevido, llevaban una baca de dos pesetas con el novio, iban antes del juego á la novena del Cármen, jugaban á la sota y se hacian traer á costa del amigo, leche amerengada. No era aquello ni una tertulia ni un garito, pero era las dos cosas á un tiempo. La señora de la casa solía siempre hablar de cuando fué gobernadora en *Caís* y al hablar de la Reina la llamaba Isabel. El Salón tenía enmedio una mesa grande á la que se sentaban caballeros y señoras y en la que los pies ejercían más que las manos. En esas tertulias era asíduo Narciso Serra, y si Luis Taboada hubiera sido de aquel tiempo habría hecho como los hace ahora deliciosos artículos de costumbres. El golpe de la peseta del autor de *Don Tomás* llegó á ser célebre. Narciso Serra se colocaba junto á la señora ó al caballero que tallaban al monte, los cuales tenían á derecha é izquierda candelabros de plata ó á lo menos que parecían de plata. Con gran disimulo metía una

peseta debajo del candelero y jugaba á la carta que cerca del candelero estaba. Venía la carta del lado contrario y Narciso se aguantaba y no decía nada. Pero venía la de este lado y entonces el poeta levantaba el candelero, encendía con él el cigarrillo y decía mientras fumaba: «¡Esa pesetita!» Esto duró tres meses, y al fin las cucas se cotizaron para poner luz de gas y se acabaron los candeleros y Narciso Serra decía que en esas condiciones no había juego posible.

¡Oh! ¡Narciso Serra¡ Era con legítima popularidad el hombre de la escena. Sus versos facilísimos y la ternura con que hacían contraste con el estilo cursi y adocenado de los zarzueleros en boga y la mejor prueba de lo que valía está en que hoy resulta tan encantador como ayer, porque ésta es la verdadera gloria, la que subsiste cuando al través de los años las obras no mueren y una generación las oye como si fueran nuevas.

—

Un extraño personaje apareció por aquellos años en el mundo de los periódicos revolucionarios, que á todos les inspiró simpatías y á todos les movió á hablar de él y á celebrar sus actos, escritos, palabras y gestos, y á mí, lo digo ahora como entonces lo dije, me inspiró ho-

rror y profunda antipatía, y este sér ilógico y anti-humano era el cura Medina.

D. Tristán Medina le llamaban y venía á escandalizar haciendo alarde de ser cura ateo y librepensador con sotana.

No puedo yo ser sospechoso de clerical. Creyente fervientísimo he hablado siempre en contra de los intermediarios entre mi Dios y yo porque no he podido nunca soportar al cura cabecilla, al cura explotador de la familia, al cura intransigente, al cura que pretende representar á Dios teniendo los defectos humanos míos. En un libro que hizo gran ruido entonces les combatí, y no contribuyó poco á aquella primera obra mía el contacto y relación con aquel don Tristán, que con la suavidad y dulzura del americano, y con irónica frase venía entre nosotros á burlarse de Dios y de la iglesia, á hacer chistes de redacción sobre el Creador, á escribir artículos de fondo archi-revolucionarios cuando su misión era como debe ser la del verdadero sacerdote, ocuparse de las almas y del culto, atender á los pobres y acudir á los desgraciados. La primera vez que vino á *La Discusión* nos convidó á comer á dos amigos en el célebre restaurant de Farrugia que era el más caro y el más entonado de todos entonces. Era día de Viernes Santo y dijo que nos dieran todos los platos de carne. Si no por convicción ni por fanatismo, estaba yo acostumbrado á celebrar

como costumbre española estos días como los celebra todo el mundo, con hábito nacional, como los celebraban aquellos mismos que preparaban la revolución naciente, siquiera por respeto á madre y mujeres. Y aquel D. Tristán pidiendo con sonriente cinismo lo que en tales días no se come y riendo de las ceremonias de la semana, me dió no solamente horror, sino asco. Comieron los demás por darle gusto todo lo que vino á la mesa y yo pretextando indisposición inesperada me fuí sin comer ni carne ni pescado ni nada y pensando en sacar á la vergüenza á los que por desviarse de su misión han hecho en España más ateos que todos los libros de filosofía.

Ya lejos de España, muchos años más tarde, oí que el D. Tristán había muerto y que había muerto convertido y pidiendo perdón á la Iglesia. No me extrañó; porque todos los cínicos son cobarde en la hora de la muerte y á veces al alardear de protestas y de ateismos no es sino afán de llamar la atención y de pasar por original. El hombre profundamente convencido de la verdad que se busca en la ciencia, no tiene por qué arrepentirse ni alardea de nada. Respeta á los demás sin imponer su voluntad y va derecho á la muerte con el valor que da la convicción de que la verdad no es más que una.

VI

Romea y el teatro de Variedades.—Fracasa el estreno de mi primera comedia.—Noticia del fallecimiento de mi hermana.

Por los años 1862 al 65, Romea estaba ya muy enfermo; le sostenía el Dr. Espina, que tenía culto por el grande artista; apenas trabajaba. Pero el teatrito de Variedades, que él dirigía, era punto de reunión de la alta sociedad.

Cuando Romea hacía *El Hombre de mundo* ó *Súllivan* ó *La historia de una carta*, se llenaba la sala. A los dos ó tres días recaía ó se fatigaba y hacían las comedias las segundas partes, y no iba nadie.

Pasábamos la noche en la sala media docena de amigos, de telón adentro, y en los entreactos subíamos á saludar al Dios de la casa; su tertulia era respetuosa de cuanto D. Julián decía. Hablaba de todo con gran conocimiento de causa, porque era ilustradísimo, y los amigos que

le rodeaban eran todos, menos yo, literatos muy conocidos entonces. Luis Eguilaz, Diego Luque, Pérez Escrich, Ortíz de Pinedo, Mozo de Rosales, Moreno Gil, y rarísimas veces, porque también estaba muy malo, Ventura de la Vega.

D. Julián tenía como actores á la Carmen Berrobianco, que era lindísima y acababa de salir del Conservatorio, la Palma, mujer del hermano de Romea, D. Florencio, y notable actriz; la Espejo, la Orgáz, la Felipa Díaz; los actores, muy jóvenes entonces, y en los principios de su carrera, eran Ricardo Morales, Emilio Mario, Infante, Palacios y el viejo Oltra, á quien se le llamó siempre en los periódicos *el Concienzudo*. Mala señal. Bailaba entre la comedia y el sainete *La Nena*, que era la bailarina más andaluza y más hermosa de su tiempo.

En el salón se veía, en las noches en que Romea trabajaba, á las duquesas de Medinaceli y Noblejas; las condesas de Torrejón, Toreno, Puñonrostro; baronesa de Hortega; marquesa de Santiago, marquesa de Benamejís... hermosuras de aquella época, que hoy vemos en otros teatros acompañando á sus hijas ó nietas.

Romea tenía una verdadera corte en su cuarto. Le rodeaban y vestían sus actrices favoritas. Eguilaz, que era el autor de moda entonces y había proporcionado grandes entradas á la em-

presa con *La Cruz del matrimonio*, parecía ser el amo del cotarro.

Emparentado con las familias de González Bravo y Nocedal, los dos cuñados suyos, el gran actor no tenía nada de revolucionario; pero veía con miedo los albores de la revolución próxima. Ortiz de Pinedo y yo éramos allí los únicos liberales del corro y Nilo María Fabra, que también solía acudir algunas noches al cuartito del director de la casa.

Uno de los estrenos más curiosos de aquella temporada fué el de *La antigua española* que yo escribí y no llegó ni á imprimirse, y siento hablar de mí, pero no lo hago refiriendo este incidente personal, sino para animar á los jóvenes principiantes.

Sin conocer á Romea me presenté una tarde en casa del gran actor con mi comedia debajo del brazo.

¿Le cogí en un momento de buen humor? Tenía fama de refractario á los autores noveles y de no oir á nadie. Le conté el medio parentesco que con él tenía, por ser mi tío D. Mariano Romea primo carnal suyo. Tal vez la afinidad ó tal vez mi osadía de presentarme solo en aquella casa cerrada á todo lo que no fuera celebridad militante, le decidieron en favor mío. Ello es que así que le expuse mi pretensión, me dijo con acento de autoridad:

—Vaya, pues lea usted.

Estaba sentado delante de una mesa ministro, y yo enfrente; y como yo no esperaba tanta benevolencia ni una lectura tan inmediata, leí mi obra (cuatro actos muy largos) con gran emoción, casi aterrado.

Y así que acabé, le oí con increible placer pronunciar estas palabras:

—Está muy bien; esta semana ensayaremos.

Nadie quiso creerme cuando lo conté al salir de allí. Y si me hubiera tocado el *gordo* á la lotería, no hubiera sentido satisfacción más grande. ¡Ensayar una primera obra en el teatro de D. Julián Romea!

Ensayamos, pues; es decir, ensayó él, y se hizo la obra con gran cuidado por parte de todos. Se oyó el primer acto con un silencio aterrador, y cayó el telón sonando en el suelo como un cañonazo sordo. Comenzó el segundo acto, y el mismo silencio durante todo él, y otra vez el telón cayendo como una piedra en una sima; tercer acto: silencio de muerte, y aquel telón cayendo como la nieve en un campo desierto; cuarto acto, cuarto silencio de tumba y cuarta telonada de sudario... Es decir, que no hubo ni marejadas, ni rumores, ni protestas, ni aplauso, ni censura: ¡no pasó nada, no se dijo nada, no ocurrió nada!... ¡Yo creo que en la primera escena se quedaron todos los espectadores dormidos y no despertaron hasta el día siguiente!

¡Oh que noche tan triste para un principiante lleno de ilusiones! No entró *nadie* al saloncillo ni al cuarto del gran actor; no vino *nadie* á consolarme ni á decirme una palabra ni hacerme la menor observación. Romea, que era muy soberbio, y habia protegido la obra contra todos sus autores, le dijo al representante, que vino á preguntar qué se hacía al día siguiente:

—Mañana, *la misma.*

Y tuvo el valor de hacerla tres noches ante un público de ocho ó diez personas. No nos dijimos nada. Me despidió diciendo:

—Hasta mañana, joven.

Al llegar á mi casa, me encontré un telegrama de mi madre, anunciándome que se había muerto aquella misma noche mi hermana. Caí en la cama como muerto, y con la cabeza envuelta entre las sábanas, rompí á llorar desesperado, creyéndome perdido para siempre, proyectando huir de Madrid, pensando en las desdichas de mi casa, suponiéndome abandonado de Dios y de los hombres... y ya lo sabéis todos; después he estrenado comedias *setenta y dos veces*, y ni me acuerdo siquiera cómo era la comedia despreciada cuyo original se perdió; y si os he contado estos tristes comienzos, es para decir á los que empiezan, que hay que saber resignarse á las grandes desventuras, ¡poner la confianza en Dios y no desesperar nunca de nada!

VII

Periódicos que nacen. — El teatro Español — Epoca animada — ¡El cólera!—Casos de cólera en el teatro Real. — Castelar, Rivero y Sagasta organizadores de la Sociedad «Amigos de los pobres». — La corte se queda en la Granja. — El dibujante Perea. — Nota cómica.

....

....

Castelar fundó *La Democracia*, Rivera fundó el *Gil Blas*, Ortego puso en caricatura á los personajes políticos, gobierno, personas aun más altas, diputados, senadores, frailes, generales; comenzó una campaña nueva, la campaña del dibujo, la batalla del ridículo. Eduardo Gasset preparaba *El Imparcial* que había de hacer una revolución en las costumbres de la prensa, un periódico lleno de cosas por una peseta al mes. *La Correspondencia de España* estaba en toda su fuerza, era indispensable; D. Manuel Santa

Ana era el hombre de la información, el genio de la actualidad en cuatro líneas; comenzaron las denuncias y las persecuciones; D. Miguel Vicente Roca tomó el Teatro Español y formó la compañía más notable que ha habido en España. Romea, Valero, Teodora Lamadrid, la Palma, Pizarroso, Morales, Mario, la Hijosa, la Dardolla, Mariano Fernández. Todos estos actores tomaron parte en la representación de *El Alcalde de Zalamea* que fué un verdadero acontecimiento. No volverá á verse un conjunto parecido. Un empresario nuevo, Caballero del Saz, fastuoso, emprendedor largamente subvencionado, tomó el teatro Real y se puso á ensayar *La Africana* con inusitado lujo. Vino de la Habana una dama riquísima á quien Madrid llamó familiarmente Barbarita Riquelme y se puso de moda, y su casa fué teatro de grandes fiestas. María Buschental, ya viuda, hizo francamente revolucionario su salón y á él acudían todas las noches los hombres del porvenir; fué desterrado el barítono Obregón por cantar muy alto; soltóse la prensa festiva á atacar de frente y con saña al Padre Claret y el juez de imprenta no se daba momento de reposo. Los artículos de Rivero eran cotidianamente denunciados. *El Pensamiento Español* y *La Esperanza* pedían hogueras para todos nosotros; se hablaba en cafés, calles y plazuelas de un hombre que había venido á ser una bandera. Este hombre

era Prim; Prim, cuya gallarda retirada de Méjico le había hecho popular en Europa; Prim, que era cantado á todas horas por los periódicos democráticos, por los autores de libros y folletos, por la masa popular, por los ciegos de la calle. De todo lo que venía preparándose necesitaba un jefe, un guía, un hombre, y el hombre era él. Entrábamos en una época de extraordinaria animación, de pasiones que desbordaban, de contrastes tremendos, lujo y desgobierno arriba, impaciencia y enojo abajo, falso crédito é inmortal en los que debían dar ejemplo, diez años de gobiernos abusivos y de resellamientos y de fortunas improvisadas, una propaganda democrática hecha por hombres extraordinarios, el agua hervía con gran ruido y el vapor iba á estallar... y en aquellos momentos sonó una palabra terrible, espantosa, que suspendió toda vida anunciando mil muertes. ¡El cólera!

Ya se susurraba que había casos, pero al público se le ocultaba. El público lo vió, presenció su aparición brutal enmedio de todos, se codeó con él. Caballero de Saz había convidado á mil personas al ensayo general de *La Africana* con trajes y decoraciones. El teatro más bien parecía un salón. En palcos y butacas lo mejor de Madrid. En galerías y paraíso, todas las clases. Y allí mismo, cuando se admiraba el barco del segundo acto y Naudín entusiasmaba can-

tañdo como un ángel, hubo dos casos de cólera fulminante en los palcos por asientos y en el paraíso. Casos de ese cólera que hiere como el rayo, que se ve surgir con sus calambres y sus vómitos y la descomposición horrible del rostro... ¡El cólera! Y cundió la voz y fué más alarmante aun que la voz de ¡fuego! que tanto nos aterra. Allí se acabaron la alegría de Madrid y la animación política y los bailes y las fiestas y las conspiraciones y los discursos y todo. La muerte comenzó á recorrer las calles. Al cielo azul incomparable de Madrid sucedió una serie de días negros, de nubes plomizas que pesaban como una losa sobre los corazones. En vez de los ricos trenes y elegantes coches, comenzamos á ver féretros y carros funerarios en todas direcciones. Despertábase cada cual oyendo la muerte de un amigo; creíase dichoso al acostarse sin novedad, acudían masas de gentes á los templos, oíase el Santo Viático con terror, los días eran eternos, las noches madrileñas, silenciosas y negras, y la lectura de los periódicos espantaba... se respiraba una atmósfera de desolación y de miedo.

Y entonces Castelar y Rivero y Sagasta tuvieron una idea feliz, que ni aun en aquellos tristes días dejaron de ser propagandistas. Se organizó la Sociedad «Amigos de los pobres» y divididos por grupos y calles, todos los periodistas, políticos y patriotas y hombres de los

partidos revolucionarios, se dedicaron, admirablemente organizados, á visitar personalmente á los coléricos pobres, exponiendo sus personas y vidas. Y el pueblo que les vió de cerca y les debió socorros y ayuda y consuelo, cuando la epidemia se acabó eran tan suyo que ya pudieron contar con él para todo. Se estableció como una relación de familia entre la masa popular y los que habían de guiarla á empresas atrevidas, y moralmente la revolución estaba hecha.

La Corte tuvo el mal acuerdo de quedarse en la Granja y al pueblo no le gustan reyes que huyen de los peligros y de las desventuras nacionales, les gusta verles junto á él como padres ó amigos compartiendo la desdicha; y así fué que el impulso de caridad dado por los demócratas contrastó con el egoismo de arriba y ya fuimos de acuerdo los que habíamos sufrido juntos, para demostrar del modo más violento en aquel día de Junio del 66 que describiré en el próximo viernes. Al finalizar el cólera comenzaba la revolución de hecho. No hubo más que una nota cómica enmedio de tantas tristezas. Y la dió el popular dibujante Perea, el mudo, que mudo y todo y enterado apenas de lo que pasaba, hizo durante los días más terribles de la epidemia su alegre vida de siempre. Una noche á las tres de la madrugada le atacó el cólera en plena Puerta del Sol; de allí se le llevó á su casa y medio muerto ya iba diciendo: ¡mala cosa! Y

el médico llamado á toda prisa le dió por perdido y por pura fórmula ordenó que le diesen á beber á pasto manzanilla hirviendo. La criada creyendo que se trataba no de la planta de aquel nombre, sino de vino de Manzanilla, puso á hervir cinco ó seis litros de una manzanilla riquísima de San Lúcar que tenían en la casa; y á la mañana siguiente cuando fuimos á ver al mudo le encontramos sentado en la cama con un bastón haciendo de guitarra y muy colorado y gritando: «¡Con-ten-to! ¡¡Muy con-ten-to!!» ¡Ya lo creo!

Fué, como digo, el único día en que tuvimos de qué reir aun enmedio de aquellos horrores. Después vinieron otros sucesos que dejaremos para la próxima semana, antes de que hartos de oirme me diga cada uno de vosotros recordando al poeta:

Las once dan, yo me duermo,
quédese para mañana.

VIII

El general Prim.

En aquella época de inusitada animación política, periodística y social que va comprendida entre el memorable año de sesenta y seis y el célebre año de sesenta y ocho, ó lo que es lo mismo, lo que pudiéramos llamar la España revolucionaria, la caída de los Borbones, el cambio completo de aspecto y de manera de ser de la sociedad española. Hasta entonces se había vivido una vida agitada, de guerras civiles, de gestaciones de partidos, de pronunciamientos y de crisis más ó menos graves, pero de cierto modo normal, porque dado que para nosotros los españoles el estado normal es la agitación constante y el vivir siempre mal avenidos, hasta la época en que hoy entramos no había habido realmente nada de extraordinario en el país. Desde el año de 66 pudo decirse que la tormenta se venía encima, y aquella *gorda* de que ha-

blábamos en la primera conferencia, apareció ya hecha y derecha y vino y se apoderó del presente y del porvenir y á ella contribuímos todos.

Terminado el cólera, cantado el *tedéum* en toda la nación, recobró Madrid su vida alegre y bulliciosa, y empezó el mes de Enero de 1866 con la primera sublevación de Prim el 3 de Enero. Prim fué ya la bandera de la revolución, el héroe popular, y como él lo llenaba todo, voy á tratar de hacer un boceto de su persona, porque le conocí mucho y le vi muy de cerca durante dos años.

Era, pues, un hombre de talla regular, muy pálido, la color amarilla tirando á verdosa por ser su temperamento bilioso sobre toda ponderación; en la piel de la cara muchas espinillas ó puntos negros; los ojos de mirada tan penetrante que parecía querer magnetizar cuando hablaba: ojos inquisidores que se clavaban, como decirse suele, en aquél á quien se dirigía. La barba escasa y áspera, bien que recortada, el pelo con raya, peinado con un mechón hacia la izquierda. Nadie le reprodujo mejor que el pintor Regnault en aquel célebre retrato en que Prim á caballo y sin sombrero, á la cabeza de los catalanes, parece el genio de la guerra y es el héroe legendario de las grandes luchas españolas, con tal expresión de furor bélico rayano en fanatismo, que no hay palabras con que elogiar obra pictórica tan grande. A Prim no le

gustó, porque era vanidoso de su persona y tenía cierto empeño en aparecer con maneras aristocráticas. Se vió en el lienzo un poco desgreñado, fantástico, grande en la expresión de soldado español, y su vera efigie le resultó desagradable; el pintor, justamente resentido, se llevó su cuadro, lo expuso en París, produjo un movimiento general de admiración y el Estado francés compró la obra, que desde entonces figura como una de las mejores modernas en el Museo Nacional del Louvre. Obra inmortal como el personaje que representa. Quien quiera saber cómo era Prim en los grandes momentos de su vida, vea aquel retrato. Su gallarda actitud en la campaña de Méjico, la fama que ya tenía desde la guerra de Africa, sus diferencias con la corte de España y con la reina que había sacado á sus hijos de pila, su reputación europea de soldado valeroso y su ingreso en el partido revolucionario, hicieron de Prim, como antes dije, la bandera de la revolución. Él la representaba, la guiaba, la urdía. Olózaga dirigía la conspiración en Madrid y Prim se encargaba de los hechos, comenzando en Enero del 66 la serie de los movimientos armados. El primero le fracasó y tuvo que pasar huyendo á Portugal. Ya no volvió hasta que entró triunfante; pero fué el Mesías que el pueblo esperaba, y al fin vino.

En su trato particular era hombre de finos modales, algo rebuscados, porque su debilidad

única era la de aparecer gran señor robándose á sí mismo popularidad. Repetía en la conversación palabras francesas; era aristócrata en la vida interior, su mesa era fastuosa, le gustaba tener á comer mucha gente, pretendía de *gourmet*, podía vivir en grande porque era rico, y aquella santa mujer suya, una verdadera gran señora, hacía los honores de la casa con la mayor distinción. En Madrid, como en las emigraciones, vivía Prim rodeado de una verdadera corte de generales, coroneles, comandantes, adeptos civiles que le seguían á todas partes y le adoraban como á un Dios, periodistas españoles y extranjeros, extranjeros sobre todo, porque siempre se ocupó mucho de la prensa de Europa y la prensa europea de él, y cuando llegó al poder tenía á su devoción los periódicos más importantes de París y de Londres.

Habiendo sido su educación incompleta y puramente militar y práctica, si de joven no tuvo tiempo de estudiar, cuando emigró se lo aprendió todo. Pudo decir que se hizo él solo hombre de Estado, y con un instinto natural de las cosas verdaderamente extraordinario, lo que no sabía lo adivinaba; no era instruído y se instruyó; no era orador y se hizo orador; no había gobernado nunca y cuando gobernó como jefe de la nación asombró por la grandiosidad de sus dotes. Lo veía todo grande, despreciaba el dinero, lo tiraba en derredor suyo, se desvivía por los

amigos, dominaba á las masas. Cuando entró en España vencedor, millones de almas le pidieron en Barcelona, en Madrid, en cuantas poblaciones pisó, que se arrancara la corona real que llevaba en la gorra de uniforme. Como no había prometido la República, entró en Madrid con la corona aquella en la cabeza á pesar de los millones de voces, y mientras buscaba un un rey, fué rey él mismo.

El hablar era reposado; el acento catalán, aunque se esforzaba en dominarlo; pero nadie pierde nunca el acento de su tierra, y en los momentos de animación resultaba más de Reus que nunca. Sus dotes de mando eran nativas; vino al mundo para mandar y no hizo más que eso. A los hombres civiles de la revolución se les impuso como jefe, y sin saber ni la décima parte que ellos les dirigió y les mandó y todos se dejaron mandar por él y reconociéndole como persona superior. Su popularidad fué inmensa. Encarnó una idea, creó una sociedad nueva, derrumbó todo lo que era secular; el pueblo le adoraba, y de ser el director del partido progresista pasó á ser el director de una nación. Derribó una dinastía, supo contener la avalancha republicana; inventó una candidatura alemana con gran talento, porque sabía que con la sola indicación produciría un conflicto europeo, y él solo, desde su gabinete del Ministerio de la Guerra, provocó la guerra franco prusiana. En su época de emi-

grado quiso tratar con Luis Napoleón del porvenir de España. El emperador le hizo esperar dos horas, le recibió fríamente y no le hizo caso. Y al bajar la escalera dijo Prim: «Éste se acordará de mí.» Prim fué la causa de la guerra que trajo la catástrofe del Sedán y el fin del Imperio. Después organizó la España á su gusto, evitó la guerra civil aniquilando en su principio al enemigo carlista, buscó un rey en Italia, y la víspera de verlo entrar en Madrid, en traidora emboscada perdió la vida. Llegó ya casi muerto al Ministerio de la Guerra, saltó del coche, se negó á que nadie le ayudase á subir la escalera, y erguido y con el mismo aspecto fantástico del héroe español que tiene en el cuadro aquel famoso, subió lentamente, altivo y valeroso, dejando tras de sí un largo reguero de sangre, y murió allí en el Palacio de la Guerra, dejando memoria eterna en España y en el mundo, porque fué toda una época, toda una sociedad, y de humilde soldado llegó á la mayor altura poniendo muy alto el nombre de la España moderna. La generación actual no le conoce sino por la Historia. Los que le vimos de cerca podemos contar que fué el hombre de su tiempo y que á él deben los que nos han sucedido la implantación de las grandes reformas y libertades que nos pusieron á nivel con los pueblos modernos.

IX

Aparición del «Gil Blas».—La caricatura.—Denuncias y secuestros.—Propaganda terrible.—Juan Alvarez Lorenzana.—Emilio Castelar.—Tamberlik.—Sor Patrocinio y el padre Claret.—Meneses.

El *Gil Blas* á su aparición produjo un verdadero escándalo y á dos reales el número se vendieron treinta mil ejemplares del primero. Había larga cola de curiosos en la Carrera para ver el ejemplar expuesto en la librería de Durán, hoy librería Fé. Leído hoy no parece que hubiera motivo para tal éxito, y es porque hoy se escribe con tal desenfado y con violencia tal, que la gracia de entonces parece hoy sosera. *El padre Cobos* fué el periódico destinado á matar á los gobiernos liberales del bienio; y el *Gil Blas* fué el periódico destinado á matar á los gobiernos reaccionarios del último período del reinado de Isabel II. Los periódicos satíricos han sido los iniciadores de todas las revoluciones. Con su

Lanterne, Rochefort comenzó á echar abajo el Imperio. Con el *Gil Blas* comenzó en España ya preparada la revolución, la era de los atrevimientos, de las persecuciones á la prensa, del ridículo en grande, y el ridículo es el arma más temible y la más poderosa.

Luis Rivera, redactor de *La Discusión*, escritor modesto, traductor de piezas y zarzuelas, asiduo al rincón aquel del Suizo que ya conocéis, pensó en hacer un negocio empleando un poco de dinero en lanzar aquel semanario. Entonces el semanario verdaderamente popular era *El Cascabel*, de Frontaura, muy gracioso, muy apropósito para divertir á las clases medias, pero sin intención política, sin deseo de demoler. Rivera buscó para hacer su papel hebdomadario á tres amigos y un dibujante. De los tres amigos, dos eran ya populares, Manuel del Palacio y Roberto Robert. El tercero era yo, que no había publicado aun con mi firma más que poesías, un tomo de versos, folletines sin importancia. Rivera me protegió autorizándome á hacer cuanto quisiera y firmarlo, y me nombró secretario de la redacción para responder de todo lo no firmado, según lo exigía entonces la ley.

Hallé una tribuna libre, y me desaté.

El dibujante era Ortego, ya muy conocido por sus obras en El Museo Universal y en las entregas de las novelas. Éste se encargó de inaugu-

rar en España el reinado de la caricatura, y comenzó á popularizar la figura de Narváez vestido de gitano y con un sombrero de catite y la de O'Donell con unas piernas sin fin y un cirio en la mano.

Hasta entonces aquellos dos hombres, amos del cotarro, inspiraban ó respeto ó miedo. Ortego logró que el país les tomara en broma. Nosotros al mismo tiempo nos atrevimos con todo y con todos, llovieron las causas de imprenta, las denuncias, los secuestros, y el público y el periódico iban de acuerdo en protestar, en batallar, en odiar al gobierno. La marea subía. Los periódicos serios tiraban ya con bala rasa y se perdía ya el respeto á lo más alto. Rivero en *La Discusión*, Castelar en *La Democracia*, Sagasta en *La Iberia*, Fernández de los Ríos en *Las Novedades*, y aun Albareda en *El Contemporáneo* previendo lo que se venía encima hacían una propaganda terrible. El público no leía noticias más que en *La Correspondencia* de D. Manuel Santa Ana, pero se arrebataba los diarios democráticos. Había una verdadera corriente de opinión que hoy no hay, digámoslo con franqueza. Una enorme masa de país quería algo nuevo, mientras que hoy dijérase que nadie aspira á nada. A excepción de los carlistas, únicos que persiguen un objeto y lo trabajan denodadamente, nadie hace hoy campaña por nada. El año de sesenta y seis la campaña

democrática la hacíamos todos á la vez, periodistas y público, la juventud cumpliendo su misión lógica y natural, se ocupaba de la cosa pública, los estudiantes eran liberales, como sus profesores, el pueblo se disputaba los diarios revolucionarios, y los hombres de acción agitaban por bajo mano á las masas y se preparaba una verdadera organización para días de lucha. El movimiento estaba dado, el tren estaba ya en marcha. Sus choques y descarrilamientos tuvo, pero llegó á tiempo á su destino, porque los maquinistas éramos jóvenes y teníamos la fe que abre todos los caminos. El *Gil Blas* fué quien dió más vapor, popularizó la revolución naciente, y la prueba de su éxito la tenemos en que hubo día de venta en que recaudó veinte mil reales de números sueltos y en que Luis Rivera á su muerte dejó más de ochenta mil duros.

Se leía en todas partes, se hablaba de aquel periódico en los salones y tertulias de la época y se hablaba con cierto espanto casero, y parecía como que los periódicos y los periodistas daban miedo. De demagogos eran tratados aunque viniesen de campos reaccionarios.

Pero de todos aquellos periodistas de entonces, el más temible, el más popular apesar de sus orígenes moderados fué D. Juan Alvarez Lorenzana. En un día hizo el solo más propaganda revolucionaria y produjo mayor sacudida

en el público que todos nosotros, con aquel celeberrimo artículo publicado en el *Diario Español* con el título de *Meditemos*. Llegó hasta la Corte el movimiento de sorpresa y de temor que causó en el público. Fué el primer cañonazo de la revolución naciente. Aquel día ganó ya Lorenzana la cartera de ministro de Estado que le dió el gobierno provisional en 29 de Septiembre del 68.

Un gran escritor de hoy, uno de aquellos jóvenes que nos han sucedido y con más talento que nosotros lleva hoy muy alta la bandera del periodismo, ha descrito á Lorenzana mejor que yo lo hiciera. Este escritor, honra de las letras, es D. Julio Burell. En estas *Memorias* que voy escribiendo poco á poco he de incluir al publicarlas lo que hace tres años decía Burell de Lorenzana.

Y dice el afamado periodista:

«Pronunciar este nombre en la prensa equivale á recordar una de las más legítimas glorias del periodismo.

«Nacido en Oviedo hacia el año 1818, siguió la carrera de leyes, con gran lucimiento, obteniendo el título de abogado á los veintidós años.

«A fin de ejercer esta profesión y de dar alimento á su actividad, vino á Madrid en 1840.

«Aunque, gracias á sus buenas relaciones y á la protección eficacísima de sus paisanos, halló muy pronto una ocupación en las oficinas del

Estado, Alvarez de Lorenzana comenzó su vida de periodista, á la que, desde un principio, manifestó decidida afición, formando parte de las redacciones de *El Faro* y *El País*.

«Escritor intencionado y de vigoroso estilo, no comenzó, sin embargo, á tener notoriedad hasta 1851, en que fundó, con el conde de la Romera, *El Diario Español*.

«La brillantísima y fecunda campaña que entonces sostuvo contra la fracción denominada de los *Polacos*, le hizo adquirir justa fama de periodista sin rival.

«En el año 1856, cuando se verificó la ruptura entre los generales O'Donnell y Espartero, Lorenzana siguió al primero de estos dos generales, y el ministerio O'Donnell-Ríos Rosas le nombró director general de Administración: en este puesto tuvo ocasión de redactar varios decretos de importancia, y en ellos consiguió elevar la literatura oficial á una altura á que no había llegado antes, ni ha conseguido llegar después.

«Él, según es fama, redactó los tres famosos decretos de Ríos Rosas: el de disolución de las Cortes constituyentes del bienio; el del desarme *definitivo* de la milicia nacional y el del restablecimiento de la Constitución de 1845, con la *célebre acta adicional*. Lo dispuesto en aquellos decretos duró poco; á la Constitución del 45, restablecida, sucedió muy pronto la de 1869 y

la nacional volvió á ser organizada en 1868. Las Cortes constituyentes del bienio sí quedaron disueltas; pero fué porque O'Donnell se había anticipado á disolverlas á cañonazos.

«Posada Herrera, que, además de ser paisano y amigo de Lorenzana, conocía perfectamente sus condiciones de carácter, le nombró subsecretario de Gobernación. Cuando O'Donnell cayó, siendo sustituido por Narváez, Lorenzana tornó á su vida de periodista, si no con la misma actividad febril de los primeros años, con la misma intención, el mismo vigor é idénticos resultados.

«Por entonces fué cuando aparecieron en *El Diario Español* los artículos *La clave*, *Misterios*, *Meditemos*, que tanta sensación produjeron en Madrid, y que la fama atribuyó entonces á la pluma de D. Juan Alvarez Lorenzana.

«Desde aquellos tiempos, el periodismo ha cambiado mucho; es casi seguro que en esta época no hubiesen producido los citados artículos el efecto que á la sazón produjeron; pero entonces se hablaba de ellos en todas partes, y hasta los poetas dramáticos los llevaron al teatro.

«La revolución de Septiembre, á la cual había contribuido como el que más, lo elevó al ministerio de Estado, y á él y al eminente Federico Balart, se debe la redacción de la circular en la que se daba cuenta á los gobiernos de Europa de las causas y los propósitos de la revolución.

«Lo quebrantado de su salud obligóle á renunciar la cartera, y desde 1869 no desempeñó más cargo que el de senador y el de embajador de España cerca del Sumo Pontífice.»

Lorenzana era hombre modesto, descuidado de su persona, atento sólo al estudio y á la lectura, murió enterrado en libros, en su biblioteca de la calle de Caballero de Gracia.

Siendo Embajador en Roma, fué á verle un pensionado. En el salón donde le dijeron que esperase, había en señor sentado en un rincón, de tan sencillo aspecto, que el joven pintor no le hizo caso y se puso á mirar los cuadros que adornaban las paredes, silbando y fumando. Al cabo de una hora preguntó al desconocido:

—No sabe usted si vendrá pronto el Embajador.

—El Embajador es un servidor de usted.

Y lo mismo le sucedía en el ministerio, en el gran mundo, en su casa. Era Vizconde de Barrantes y prefería llamarse Lorenzana á secas. Los cargos oficiales le eran molestos, las vanidades humanas no existían para él, murió como vivió, sin hacer más ruido que el que sus obras dieron.

Su viuda, la Vizcondesa de Barrantes, ha reunido originales suficientes para publicar un volumen de las obras de su marido y ésta sería ocasión de pedir á todos los que vivieron en aquellos años de luchas políticas y á los que con

noble curiosidad desean conocerlas, que contribuyeran á la publicación de libro tan interesante.

Los periodistas noveles hallarán en ella algo que aprender, los periodistas viejos recordarán con gusto aquellos artículos que levantaron el ánimo de toda una generación y contribuyeron á cimentar una sociedad nueva.

—

Por cima de todos, con una aureola de santo y de apostol, figuraba Emilio Castelar, Dios mayor de aquella época. Era Castelar, entonces como ahora, sin más diferencia que la de los años, un orador de tan arrebatadora elocuencia que su fama traspasó las fronteras y le puso en contacto con los hombres más notables de Europa á la edad en que los hombres de más mérito no son populares sino en su propia tierra. Sólo ese gran fenómeno de sapiencia y de cultura, verdadero monstruo de la naturaleza que se llama D. Marcelino Menéndez y Pelayo, vino después á ser para nosotros á la vez gloria nacional y gloria europea cuando aun no tenía veinticinco años. Hay que saludar con gran respeto á estos dos españoles que Europa respeta y admira, al uno por lo que ha dicho y al otro por lo que ha hecho,

De Menéndez y Pelayo hablaré á su debido tiempo, de Castelar es el momento ahora.

Ya hacía años, lo menos doce, cuando pasaban estas cosas que voy contando, que González Bravo al oir el primer discurso de Castelar en el Teatro Real había dicho: ¡Joven democracia, yo te saludo!

Indudablemente Castelar personificaba la joven democracia. Nació á la vida literaria con una novela titulada *La hermana de la caridad*, como Cánovas había comenzado con otra novela titulada *La campana de Huesca*. Los dos hubieran sido grandes literatos si no se hubieran dado á la política, le decía yo un día á Fernández y González, y acaso hoy serían dos de nuestros primeros novelistas.—Después de *mangue*, decía él.

Castelar logró en aquellos años por los que voy pasando, que se leyera lo suyo antes que todo. Cada discurso exigía tiradas inmensas, se anunciaban sus artículos con días de anticipación, llenaba planas enteras en los periódicos con sus escritos. No están en lo cierto los que han negado condiciones determinadas. Cada época necesita sus hombres; Castelar era el hombre de entonces. Hoy se piensa, se habla y se escribe de otra manera, pero la política como la literatura, tuvo su romanticismo y su lirismo, y Castelar vino al mundo para eso. Como el Bautista, salían los pueblos á las estaciones para oirle y verle. Su palabra tenía algo de divina para la democracia naciente. Sin él, no se

hubiera hecho la propaganda sentimental que necesitan todas las revoluciones, llenó su tiempo, fué una bandera, poetizó el porvenir y no morirá.

Era entonces delgado, muy nervioso, atildado en su persona, amigo de la fastuosidad, gran gastrónomo, aristócrata por los gustos artísticos, demócrata por las palabras. No era hombre de acción ni de andar á tiros por las calles. Pero cantaba, predicaba la buena nueva, la voz era la única posible para la elocuencia, porque tenía todos los tonos, desde el más alto al más bajo y de agria se convertía en dulce y sonora. Cuando vino la Revolución y fué diputado constituyente logró los mayores triunfos de su vida. A su tiempo le estudiaremos como hombre de gobierno. El año sesenta y seis estaba en todo el apogeo de su gloria. De todas partes venían oyentes á su cátedra, de todos los países le dirigían cartas laudatorias.

Vivía con su hermana Concha en la plaza del Rey y tenía su periódico, *La Democracia*, en la calle del Soldado. Gustaba entonces como hoy de reunir gente á su mesa, cuanto ganaba se lo gastaba en comer y en leer. Todos sus libros tienen en las cubiertas redondeles de esperma por la costumbre de apagar con ellos la bujía de la cabecera de la cama. Su prodigiosa memoria le permitía, como á Moreno Nieto, enterarse enseguida del contenido de un libro. Cuanto se pu-

blicaba en Europa había de leerlo. Y al mismo tiempo se ocupaba de la cátedra, de su periódico, de los demás periódicos, de trabajos electorales, de preparar discursos que en todas partes pronunciaba. Ganaba y ha ganado siempre mucho dinero con su trabajo, pero no supo nunca contar; el dinero no le importaba. Su hermana, que administraba la casa, era la encargada de ocuparse de la prosa de la vida; Castelar ha vivido siempre en las nubes.

Fué siempre religioso.

Se engañan los que ahora andan diciendo que se ha convertido. No tenía de qué. Su madre le dió una educación profundamente religiosa, y lo mismo cuando predicaba la federal, que ahora, que no predica nada, creyó en Dios á puño cerrado.

Sus distracciones en perjuicio propio se resumen en aquella anécdota de muchos conocida. Los tiempos eran duros, el dinero que ganaba se iba muy de prisa, llegó un momento de verdadero apuro. Esperaba una letra de América, su hermana Concha abría el correo con impaciencia grande todas las mañanas. Por fin llega la letra, diez mil reales, ¡oh qué fortuna! Castelar, sentado al amor del fuego con dos amigos, coge el ansiado papel, sigue hablando de las grandes catástrofes de la Historia, de la civilización griega, de los partos de los Medos y sin saber lo que hace va haciendo con la letra una

bola de papel que estruja entre las manos. Su hermanita sigue con los ojos ansiosos aquella operación inaudita; quiere hablarle, pero el tribuno no la oye y continúa explicando á sus amigos la caída del Imperio Romano.—¡Emilio, ten cuidado!... Todas las grandes naciones han caído cuando han debido caer. — Emilio, te suplico... Cayó Grecia, cayó Esparta, cayó Roma, cayeron los Imperios de Oriente, al polvo de las batallas sucedió el silencio de la muerte y el rayo del cielo deshizo aquellas civilizaciones y todas perecieron en el polvo de su decadencia, y... ¡pum! arroja la letra de diez mil reales á la chimenea.

Carácter infantil, alma de niño nacido para hablar bien en público y así así en privado, queriendo ser siempre el niño mimado de las multitudes y siéndolo siempre, es de los que vienen al mundo para artistas, y á pesar del buen apetito y de que hay vinos añejos en las bodegas, cultivan el arte por el arte, y pasan la vida rindiendo culto á lo bello. Si hubiera nacido treinta ó cuarenta años más tarde, sería uno de esos que ahora llaman *estetas*. Nació en tiempos de revueltas y de grandes cambios, y aunque retirado y alejado de la política, es y será siempre una gloria nacional, tanto más acrisolada cuanto más tiempo pase.

—

(1) «Madrid tenía por aquella época un centro de recreo en los Campos Elíseos. Había en ellos circo, bailes, conciertos y teatro de ópera, donde cantaba Tamberlik que fué el Gayarre de aquella época, un ídolo popular. En «El Profeta» y en las demás óperas de entonces arrebataba.

«Revolucionario, como todos los verdaderos artistas, Tamberlik soñaba con *la gorda*; para ella, dato por muchos ignorado, dió fusiles, como los había dado antes para Garibaldi. A éste le dió mil, gastando en ellos veinte mil duros. Hizo á la empresa que pusiera la «Mutta di Porticci», y, cantándola, alcanzó un triunfo inmenso; después, y vestido de Masaniello, pasó la noche cantando himnos de libertad en los colmados de los andaluces, hasta que la policía le hizo retirarse, recordándole al mismo tiempo que era extranjero.

«Aquel hombre que, según su propia confesión, ganó cantando once millones de francos, murió pobre en casa de su hijo, jefe de una estación próxima á París.

«Las coronas que testificaron sus triunfos fueron vendidas con sus muebles para pago de deudas.»

---

(1) Incluímos estos apuntes tomados al oído durante la segunda conferencia que dió el autor en el Ateneo y que corresponden á un fragmento que no ha sido hallado en el original inédito.

Sor Patrocinio y el padre Claret fueron del 66 al 68 la comidilla de todas las conversaciones. Componían con el célebre Meneses, lo que llamaban la camarilla de Palacio, y de Meneses se hablaba tanto, que yo, que siempre he tenido la curiosidad de las cosas raras, me empeñé en conocerle y le conocí.

Meneses; así le llamaba el pueblo. Su verdadero nombre era D. Antonio Ramos de Meneses.

D. Teodoro Robles, íntimo amigo suyo, me proporcionó ocasión de satisfacer mi curiosidad. Era Robles muy amigo mío, y una noche, en casa de la duquesa de Híjar, le rogué que me presentara al hombre de quien se hablaba tanto.

Y en efecto, se hablaba mucho de él y se le presentaba como un personaje fantástico. Había venido de Sevilla á la corte y había logrado hacerse inseparable del Rey D. Francisco de Asís; se contaban de él fastuosidades, que hacían recordar las de Antonio Pérez; se sabía que de tres á cinco de la mañana, en el Casino, perdía todas las noches indefectiblemente, seis ó siete mil duros, porque tenía una suerte perra, y se marchaba riendo; y al día siguiente, lo mismo. Contaban que tenía tesoros, que su influencia en Palacio era colosal, en una palabra, pasaba por hombre extraordinario.

Robles me invitó á almorzar á los dos días á su casa, y al mismo tiempo invitó al célebre personaje

Era un hombre alto y muy delgado, con la barba negra, como la mora; el pelo peinado sin raya y tirado todo hacia atrás; muy elegante y muy simpático. Hablaba de prisa y con acento andaluz: la voz era un poco atiplada. Indudablemente su mirada era penetrante como pocas; se fijaba de un modo, que había algo de magnetismo en sus ojos.

Más curiosidad le inspiré yo á él que él á mí, porque declaró que no había hablado nunca con ningún *demagogo* (así nos llamaba él), y la conversación fué alegre y sin que la política entrara para nada en ella. Al día siguiente le dejé una tarjeta en su casa de la calle del Sacramento, y la misma tarde se me presentó en mi modesto cuarto de la calle de Cervantes, donde yo vivía con mi madre. Mi sorpresa fué grande porque él era un personaje entonces y yo no era nada, y vino con tal franqueza y sencillez, que me confundió. Toda idea fantástica del sujeto se me borró aquel día. Me dijo que fuese á verle cualquier mañana, y algunos días después fuí.

Ya en la casa, todo lo que ví me sorprendió por extremo. Tenía sobre la chimenea un gran bizcocho, y mientras hablábamos pasó una rata de un lado á otro de la sala, y la detuvo con una voz y le arrojó un pedazo de aquél.—La he domesticado yo—me dijo.—Pasó un día, así como ahora, y la he enseñado á detenerse. Después me enseñó sus perros, que eran veintitantos y

los tenía todos en un cuarto muy bien cuidados y con gran regalo. ¿Ve Vd. este?—dijo, señalando á uno,—pues éste cuando quiero lleva una carta á San Pascual. San Pascual es el convento que gobernaba sor Patrocinio. Y en efecto, el perro al oir la palabra San Pascual, ya comenzó á menear la cola y á ponerse en movimiento.

Todo lo que le rodeaba era muy extraño. Años después, ya triunfante la revolución y siendo Olózaga Embajador en París y estando yo á su lado, ví á Meneses, duque de Baños, que había escapado de Madrid el día 29 de Septiembre.

Vivía en un gran piso bajo en la calle del Faubourg Saint Honoré, me invitó á comer un día con él, me presentó á la señora, que me pareció una santa mujer, modesta y sencilla, me enseñó la fotografía suya con el traje con que se escapó de Madrid, de chaqueta y pavero sin barba ni bigote; se reía de la aventura y dijo que lo único que sintió fué que en aquel movimiento popular se le había perdido un cajoncito que contenía encajes por valor de 30.000 duros.

Hablaba de grandes sumas, como el que tiene mucha costumbre de manejarlas, era un hombre extraño, muy extraño, pero no me pareció el sér fantástico de quien tantas cosas se inventaron.

Como no era posible servir en la Embajada y tener relación frecuente con hombre tan signi-

ficado como él, se lo dije con toda franqueza; lo reconoció así, cambiamos tarjetas aquella semana y ya no supe de él más hasta que leí su muerte en los periódicos. Pero siempre es un recuerdo curioso, y cuando aun se oye hablar de Meneses ahora como de un personaje legendario, puede uno decir:

—Pues yo le conocí y me hizo el efecto de un hombre alto y flaco que debía de tener millones; ni más ni menos.

X

El 22 de Junio.—¡Se armó la gorda!—De frac por las calles.—El marqués de Santiago.—Buscando á Rivero.—En la plaza de Antón Martín.—Las barricadas.—El banderillero Rico.—Francés entusiasta.—¡La tropa!—Los primeros tiros.—¡Viva la libertad! Comienza la horrible jornada.—Lucha sangrienta.—Descanso.—¡A comer!—Lo que pasa de otro lado de Madrid.—La Iberia convertida en hospital.—Narváez herido.—Se reanuda la lucha.—Descarga cerrada á quemaropa.—Desbandada horrorosa.—¡Me salvo!

Mientras Madrid se divertía y cantaba y bailaba, la conspiración contra el Gobierno de O'Donnell iba muy de prisa y no muy disimulada. En las redacciones de *La Democracia*, y *La Discusión* se recibían adhesiones, se formaban listas, se le señalaba á cada uno su puesto. La sublevación debía verificarse el día de San Juan, santo de Prim. Prim estaba en Hendaya, dispuesto á entrar en España y ponerse al fren-

te del movimiento. Hubo sin duda vacilaciones, órdenes mal dadas, desorden en la organización. El joven diputado Ruiz Zorrilla adelantó el movimiento el 18 en las Castillas con mala fortuna. Milans del Bosch penetró en España y se corrió por la frontera catalana y se perdió entre montes y valles; Nouvilas iba por otro lado, sin saber á punto fijo qué día debía dar el grito subversivo; Hidalgo se adelantó dos días en Madrid, y Becerra, llegado de París, creyó también que debia ser el 22 y no el 24.

Los que fueron avisados para el 22 la noche del 21, madrugaron á cosa hecha; yo que no sabía nada por haber pasado dos noches en un mundo muy distinto del nuestro, es decir, el 20 en casa de la condesa del Montijo, en un baile, y el 21 en casa de la duquesa de Híjar, haciendo de aficionado una comedia con varias señoras y caballeros. Hubo cena magnífica, y á punto de día me retiré, no por entrar en mi casa, sino para algo que me obligó á ser héroe por fuerza. Como entonces no tenia más que veintidós años, puedo contar estas cosas aun á riesgo de que las oigan ó lean mis hijos. Hacía un mes que, como dicen en Andalucía, me había echado un golpe de novia en la calle de la Magdalena. Una hija de familia, muy vigilada por la suya, y á la que no podía hablarle más que á las cinco de la mañana, y por el ventanillo de la escalera. Aquella madrugada, vestido de frac y mal cu-

bierto con un abrigo de verano, al salir de la fiesta me fui á alargar los labios por el boquete, y á lo mejor de la conversación se oyó ruido inusitado en la calle; fué la muchacha á ver lo que pasaba; volvió corriendo, y dijo:

—¡Que hay revolución! ¡Vete!

Sin decirle adiós, me eché á bajar los escalones de dos en dos.

—No hay duda—me dije—el movimiento se ha adelantado.

En efecto, salgo á la calle y me la encuentro en gran animación; hombres armados, vecinos en los balcones, gente para mí desconocida. De entre un grupo salió un cajista de la imprenta de *La Democracia*.

—¡Hola! ¿Vá usted á buscar á los amigos?

—¡Sí, señor!

—Vamos allá, no hay tiempo que perder.

Ya no había remedio. Por la calle de Atocha bajaba un simón á todo galope del caballo. Le quisimos alquilar y el cochero se resistía.

—¡Pues bueno está Madrid para hacer carreritas!—dijo.

—Este tiene miedo—dijo el cajista.

—¿Miedo? ¿Miedo yo? ¿*Ande* quien ustés ir?

—A la calle del Soldado, á la redacción de *La Democracia*.

—¿Conque miedo? ¡Ustés no saben con quien tratan!

—¡Bueno, hombre, bueno! Corra usted.

—Pero no pasaremos, ya verá usted cómo no pasaremos.

—¡Vamos á probar, corre, hombre!

—¡Miedo! ¡Conque miedo! ¡Arre! ¡Ya verá usté quién tié más miedo!

Se me figuró que temblaba...

—Ya era día claro; por las calles vimos grupos de gente armada en todas direcciones, gentes que nos miraban con cierta extrañeza, sobre todo á mí, que sin darme cuenta iba enseñando la blanca pechera y la blanca corbata. En la redacción no había nadie. Todo el mundo estaba en la redacción de *La Iberia*.

—¡A la redacción de *La Iberia!*

—¡Que nos van á dar el alto y nos ganamos un tiro en los sesos!—decía el cochero.

—¡Ya le vuelve el miedo!

—¡Ah, conque miedo! ¡Arzaaa!

Por las calles de Caballero de Gracia hallamos nuevos grupos; uno de ellos llamó por su nombre á mi compañero de coche.

—!Aquí¡ ¡Abajo! Tengo que irme con éstos.

—Vaya usted con Dios y buena suerte.

—¿Y usted no se baja?—dijo el cochero—¿ó es que nos vamos á meter en Palacio?

—Sí, hombre. sí; toma tu carrera y déjame en paz! Y salté y le dejé de pie en su pescante mirando á todos lados y repitiendo:

—¡Miedo¡ ¡Yo miedo!

Y sin miedo ninguno le dió un latigazo á su

penco y desapareció como alma que lleva el diablo.

La mañana era hermosa, yo corría á buscar á los míos ya decidido á todo y con esos entusiasmos locos de los veintidós años. La redacción de *La Iberia* hervía de gente; Sagasta, Llano y Persi, García López, Carlos Rubio, Carrascón, Juan de Dios de Mora, Pedro Luna, Sorni, Yagüe, todos los progresistas y demócratas de acción estaban allí. Decíase que se había roto ya el fuego y que el cuartel de San Gil estaba sublevado.

Cada cual elegía sitio. Mi obligación era estar junto á Rivero, y Rivero según decían, había tomado ya posiciones por los barrios bajos.

Volví sobre mis pasos; en la calle de la Luna había un gran grupo de hombres armados; alguien me llamó por mi nombre; otro me dijo que no se iba á luchar por la libertad vestido de aristócrata. No me acordaba ya de mi frac. En una panadería de la calle me cosió una mujer los faldones por dentro, á la altura de los hombros, y me lo convirtió en chaqueta. En la misma calle se me dió una bufanda de lana para tapar la corbata; eché calle abajo; en dirección contraria venía un coche disparado, y en él un caballero viejo, vestido de general, sin espada. Los paisanos armados le dieron el alto.

—Es el marqués de Santiago, comandante general de Alabarderos—gritó uno.

—El mismo soy—respondió, poniéndose de pie en el coche.

—¡Alto! ¡A tierra! ¿A dónde va usted?

—¡A Palacio!—dijo uno apuntándole al pecho.

—¡Atrás!—me interpuse.—Este señor va desarmado—dije. Y añadí:—Mi general, creo que hace usted mal en ir hasta allá, el peligro es seguro...

—Diga usted, joven—me dijo.—Usted, por lo visto, va á cumplir un deber, déjenme ustedes á mí cumplir con el mío.

—Dejarle pasar, señores—grité—No se puede atacar á un hombre desarmado y que habla con tanta franqueza.

Se le abrió paso y después supimos que llegó sin novedad á su puesto. No podía yo figurarme en tales momentos, que cuatro años después iría yo á pedirle la mano de la que es hoy madre de mis hijos. Novelas, hechos, dramas de la vida.

Por las calles de Jacometrezo, la Montera, Carmen, y Mayor bajaban ya á la Puerta del Sol diversos grupos de paisanos armados: los unos, alborotando; los otros, callados y marchando en orden regular. Las buñoleras recogían sus mesas á toda prisa; los barrenderos, en su mayoría, se unían á los grupos. En el Ministerio de la Gobernación estaban las puertas cerradas. Había dos guardias civiles de centila, que no se oponían al paso de la gente revuelta. Por la calle de Alcalá ví venir, á galope

tendido, con los caballos casi desbocados, á un general, con una escolta de siete ú ocho personas, que pasó como el rayo, y se perdió de vista calle del Arenal arriba: era el general Zavala.

Bajaba Luis Blanc capitaneando á unos doscientos hombres en dirección á la calle del Correo.

—¿Vienes?—gritó.

—¡No¡

—¿Dónde está D. Nicolás?

Yo buscaba á Rivero ante todo, como hubiera buscado á mi padre.

—Debe de estar en la plaza de Antón Martín. Becerra está ya en la plaza de Santo Domingo, allí le hemos dejado; ¿vienes? Nosotros vamos á la plaza del Progreso.

—¡Déjame ir por mi lado, yo tengo que estar con Rivero!

Ya se notaba gran animación por el centro, ordenanzas que galopaban, oficiales sueltos, paisanos en todas direcciones, y, detalle importante, entre los que iban á batirse dominaban las personas de levita y de chaquet, periodistas, abogados, médicos, madrileños conocidos. Todo el que tenía un ideal se había echado á la calle. No se usaba entonces el sombrero hongo más que entre la gente del pueblo. Todos los que iban á ocupar puesto iban con sombrero de copa.

Llegué á la calle de las Huertas, donde vivía, con ánimo de ver un instante á mi madre antes de ir á lo otro. No tuve valor de subir. La ví en el balcón, con las manos juntas, gritándome:

—¡Por Dios! ¡Por la Virgen Santísima! ¡Sube!

Subir era quedarse allí.

—No puede ser—le grité con el corazón oprimido—¡sea lo que Dios quiera! ¡Adiós!

Y tragando las lágrimas y andando de espaldas para saludarla, la dejé allí llorando y me entré por la calle del León á toda prisa.

La plaza de Antón Martín estaba llena de amigos. Por la de Atocha venía D. Cándido Capilla, de levita y sombrero alto, al frente de setenta ú ochenta personas en su mayoría vestidas como él y armadas de carabinas y fusiles.

—Síganos usted, pollo—me dijo—vamos á sublevar el cuartel de Santa Isabel.

—¿Pero ne estaba convenido?...

—Parece ser que se resisten, ya les convenceremos.

Le seguimos todos, la guardia estaba formada á la puerta.

—¡Quién vive!

—Somos nosotros—replicó Capilla—vuestros amigos, los defensores de la libertad; venid, seamos todos unos, salid y nos uniremos en patriótico abrazo. Se oyó un tiro y Capilla cayó

muerto de un balazo; fué la primera víctima de aquel sangriento día.

Corriendo y persuadidos de que la fuerza del cuartel salía tras de nosotros, volvimos á la plazuela. Ya estaba allí Rivero dando sus órdenes. Se preparaba la horrible batalla de las calles.

Jovial, cariñoso, con su levitón negro de siempre, dando la mano á cada uno de los que llegaban, hizo levantar á toda prisa las barricadas que habían de cerrar la plaza. Aquella plaza estaba entonces habitada por la gente más liberal de Madrid. De todas las tiendas sacaban los vecinos lo necesario para hacer la muralla detrás de la cual había que defenderse, muebles, bancos, colchones, armas, municiones, piquetas para levantar el piso; trabajaba todo el mundo con tal entusiasmo, que más parecía aquello preparativo de una fiesta de barrio; entre los ciudadanos que Rivero mandaba allí había varios actores; Pardiñas, popularísmo en los barrios bajos, García, el exaltado García que después fué nuestro consul en Perpiñán, durante muchos años; el apuntador del teatro de D. Julián Romea, varios alumnos del Conservatorio... En todos los países, los artistas han sido, son y serán siempre liberales.

Apareció el banderillero Rico, que vivía por allí y era queridísimo en su barrio. Se le hizo una ovación, se aplaudió su llegada: ¡Viva Rico! Fué á saludar á D. Nicolás, que le dijo:—Hoy se

va á torear aquí con fatigas; y reían juntos. En balcones y ventanas iban apareciendo hombres armados tomando posiciones. De la tienda de Santiso salían hombres y mujeres con botellas y vasos ofreciendo vino á todos; aquella tienda fué en tal día almacén, hospital, comedor, depósito, todo. Santiso y su familia fueron los héroes de la jornada. Todo el mundo trabajaba con alegría, con entusiasmo indescriptible. Un francés, insoportable en elocuencia, vociferaba haciendo discursos y proclamas. ¿Quién era aquel hombre? ¿A qué venía allí? Venía de aficionado, de entusiasta; era joven, rubio, buen mozo. Se metió en aquello por simpatía, iba á batirse por una idea, estaba como loco.

De pronto gritaron de los balcones:

—¡La tropa!

Allá, del otro lado de la calle de la Magdalena, veíamos á Luis Blanc gesticular y dar órdenes, y se oyeron ya muchos tiros. A la alegría general sucedió un silencio imponente.

—¡A pelear! ¡Viva la libertad!—gritó Rivero.

Y allí comenzó la tremenda jornada.

Por la calle de Atocha intentaban avanzar los soldados, á la altura de la iglesia de San Sebastián La calle de la Magdalena era ya campo de batalla. La espalda, es decir, las calles de la Torrecilla del Leal y de Santa Isabel, las teníamos libres todavía; y por todas aquellas calles y por las de Embajadores y Cabestreros,

levantaban barricadas personas conocidísimas en Madrid: Joarizti, Pablo Nougués, Rubaudonadeu, Corcelles, Castrovido, Sans, Gutiérrez, Tomás Berenguer, el doctor Guisasola, D. Antonio Merino, hoy respetable anciano y en aquellos tiempos alma de todas las grandes luchas por la libertad; Montemar, Federico Carlos Beltrán, Abascal, Fernández de los Ríos, Rebullida, Morayta; tantos y tantos liberales de levita que se echaron todos á la calle á morir por una idea, confundidos con el pueblo, el cual, lo repito, estuvo en aquel memorable día escasamente representado, porque como decía la otra noche nuestro consocio D. Angel María Dacarrete, aquella fué una batalla entre militares y caballeros, y dominaba en el movimiento popular las personas ilustradas y los patriotas, que conducían al pueblo al combate, dando el ejemplo.

Ya entrado el día y cada uno en su puesto, comenzó el tiroteo. y á la alegría y ruido sucedió un silencio imponente, sólo interrumpido por el silbar de las balas y el sonar de los tiros. Cada uno en su puesto, parapetado como podía, apuntaba y disparaba, y recibía inmediatamente respuesta. Cayeron dos hombres muertos; la vista de la sangre enardeció á los demás; á cada momento se veía aparecer por los balcones de la calle de la Magdalena ó personas armadas ó soldados enfrente. En la plaza nuestra, en un balcón, estaba el actor Mata, que aun vive y puede

atestiguar lo que voy contando, y pasó el día de aficionado y arrostrando el peligro, y luego á la tarde fué amigo hospitalario de gente suelta huída. Por las calles de Atocha y de la Magdalena arreciaba el ataque de las tropas del Gobierno, y por las de la Torrecilla del Leal y adyacentes venían refuerzos de hombres y municiones. El calor de un día de Junio madrileño iba de aumento en aumento, y á las once de la mañana el sol y la pólvora, y el ardor de los combatientes y la sed que todo esto produce, tenían á cada cual en estado de increíble excitación. El hambre se dejaba también sentir, ó más bien, la debilidad, porque todo el mundo había madrugado. A eso de las doce hubo un alto, una especie de tregua; se oyeron toques de corneta; D. Nicolás, que estaba en todo, dijo:

—Por allá deben de comer, tenemos que comer también nosotros. Se pusieron centinelas en las bocas calles, y de la tienda de Santiso y otros sacaron fiambres, pan, vino, agua; de algunos balcones también arrojaban cosas de comer.

No se sabe cómo ni por dónde llegaron dos paisanos armados y jadeantes á contar lo que pasaba del otro lado de Madrid. Supimos entonces la espantosa tragedia del cuartel de San Gil; la defensa heróica de aquellos oficiales contra los sargentos que les mataron; el fracaso de la sublevación del cuartel de la Montaña, que evitó y contuvo el general Zavala; las hazañas de Se-

rrano en San Gil, que fueron estupendas. Patio por patio, piso por piso, tomó por asalto el cuartel, recibiendo en cada rellano una lluvia de balas y conquistando la casa palmo á palmo, escalera por escalera, hasta apoderarse de la fortaleza más importante del día. Manuel Becerra con Carlos Rubio, Arturo Soria y sus amigos de toda la vida, aquellos que ya en el 54 se habían batido á su lado, peleaba en la plaza de Santo Domingo y se defendía como un león contra los soldados del gobierno, que le hacían fuego en todas direcciones; *La Iberia* estaba convertida en hospital de sangre; al general Narváez le habían herido en la calle Mayor; Pierrad se había caído del caballo y no se sabía dónde estaba. Zavala, Chacón, O'Donnell atacaban todos los puntos donde había fuerzas sublevadas militares. Aquellos dos hombres contaban todo esto con cierto aire de espanto, y se les oía, comiendo á toda prisa, como agoreros de malas nuevas. Según ellos, todo lo que era insurrección *militar* estaba vencido, y O'Donnell había dicho que una vez logrado esto, en una hora daría buena cuenta de los paisanos. La lucha había sido horrible, y por toda la calle de Bailén hasta la plaza de San Gil corría á lo largo de Caballerizas, un arroyo de sangre humana.

Sonaron á lo lejos cornetas y descargas; la breve comida se suspendió. D. Nicolás gritó:

—Hay que morir por la libertad. ¡Arriba, señores!

Con su levitón negro y su sombrero de copa se colocó en medio y en alto, y así estuvo hasta la tarde dirigiendo la lucha. Comenzó de nuevo la batalla en las calles, ya con más ahinco por las malas noticias recibidas. Aumentaba el número de soldados en balcones y tejados; se hacía fuego sin cesar; las descargas se oían más cerca, y un vocerío mortal por la plaza del Progreso, por la calle de Atocha. Ya por retaguardia se vieron nuevos grupos de soldados; Rivero atendía á todo, animaba á la gente, tomó un fusil de un montón de ellos que había en el suelo, dió el ejemplo, se hirguió en la barricada, enseñando todo el cuerpo; no se oía más que ¡Fuego! ¡Viva la libertad! Y de vez en cuando, grito eterno, grito humano, grito de todas las guerras y de todos los hombres; de vez en cuando se oía gritar con moribunda voz:

—¡Madre mía!

Y entonces nos acudía el recuerdo de la que habíamos dejado con los brazos abiertos por la mañana en aquel balcón, y la veíamos llorando y rezando en angustia mortal, y el miedo sucedía al entusiasmo, y como si las balas que silban fueran las que matan, el terror de dejar una madre sin hijo nos hacía agachar la cabeza y nos quedábamos en éxtasis de espanto, que venía á disipar el héroe del día, Rivero, que

gritaba, dándonos un empujón en la espalda:

—¡Chiquillo, que te duermes... fuego!

¡Oh, qué tarde aquella! Sólo á veintidós años se pueden exponer tantas cosas... Tarde que no se acababa nunca, tarde de humo, de ruido, de llantos, de blasfemias, de oraciones secretas... De pronto, ¡oh, sorpresa terrible, fin de aquella sangrienta jornada! Se abrieron á la vez todas las puertas y ventanas del café de Zaragoza, salieron por ellas muchos, muchísimos soldados, y sonó una descarga cerrada á quemarropa... ¡Allí se acabó todo! La desbandada fué horrorosa: cada cual se salvó como pudo, en medio de un vocerío infernal. La puerta de la tienda de Santiso se abrió; cuatro ó cinco personas se apoderaron á viva fuerza de Rivero y le metieron dentro, volviendo á cerrar á toda prisa. La tropa era ya dueña del campo, y un corneta, en lo alto de la barricada, tocó yo no sé qué.

Buscando espantado una salida, me encontré junto á un oficial cuya cara reconocí porque le había visto muchas veces en el café Suizo cerca de la mesa de los amigos.

—Escape usted—me dijo—pero enseguida, ó tengo que sujetarle.

—¿Por dónde?

—¡Por allí!

Corriendo á todo correr eché por la calle del León á buscar la de San Juan. No he vuelto á ver á aquel amigo; si vive sepa que no le he ol-

vidado. Y calle de San Juan abajo, me consideré salvado, respiré, dí por terminado el día y juré no madrugar más, aunque la mismísima diosa Venus me llamara para verla temprano.

XI

A casa de la Palma.—Veintitrés días escondido en casa de Eguílaz.—La niña Rosa.—Fusilamiento de los sargentos.—Nuevo Gobierno.—Salgo á la calle.

¿Adónde iba? Mi plán era dar la vuelta por los bajos de la calle de San Juan y subir por la de las Huertas á entrar en mi casa. Solamente siendo casi ún niño se me podía ocurrir tal simpleza. Al fin de la calle me encontré un amigo íntimo, D. Nicolás Coronado, á quien había conocido en el gran mundo, que á pesar de mis ideas frecuentaba, y con quien hice amistad muy estrecha. Era vista de Aduana de Madrid y muy conocido en todos los círculos madrileños.—¡Buen día nos has dado! exclamó al verme. Dios me pone en tu camino. A tu madre la he visto dos veces, está desconsolada. ¿Adónde vas?—A verla.—¿Y por dónde? Déjate guiar y no lo eches á perder que ya te tengo yo prepara-

do escondite. Las calles están llenas de centinelas, soldados y polizontes recorren las casas, cójete de mi brazo, la Palma te espera.

¡La Palma! Coronado que era amigo suyo le había dicho que si me encontraba pasaría allí la noche. Con ella vivía un coronel, amigo suyo, ó pariente suyo... en fin, algo suyo, cada uno en su casa y Dios en la de todos y tal día hará un año. Vivían en la calle de Lope de Vega, al final. No encontramos á nadie en el camino. Subimos, la gran actriz me tenía dispuesta cena, el coronel me dió un abrazo. ¡Oh, bestia humana! Yo estaba ya olvidado de todo, llevaba dos días sin dormir, la fatiga me tenía muerto, apenas hablé, pedí una cama, una cama blanda ante todo, me llevaron á un cuarto donde había una, me quité á toda prisa chaquet, pantalón, botas, todo, caí como un plomo, comenzaron á decirme lo que se había de hacer, sí, está bien, todo lo que se quiera, que me ahorquen, que me maten, pero ahora, ahora, ahora .. no... en fin... y me quedé profundamente dormido. ¡Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos, como dijo el otro! Doce horas dormí y desperté viendo á mi cabecera á Coronado y á Josefa Palma diciéndome con cariñoso acento: — Vamos, pollo, ya se descansó; están prendiendo y persiguiendo á todos los de ayer; hay sitio seguro donde pasar este nublado: Eguilaz y Luque nos esperan.

Y entre aquellos dos amigos salí y hallé dulce

y cariñosa hospitalidad en la casa del célebre autor dramático, bajo cuyo techo salvé la vida quedando allí escondido veintitrés días, mientras todos los actores de la sangrienta jornada eran ó fusilados ó perseguidos, condenados á muerte en la *Gaceta*, enviados en cuerdas á Filipinas; acosados como fieras. ¿Cómo se pueden olvidar estas cosas? ¡Oh, Luis Eguilaz, yo bendeciré siempre tu memoria!

—

Día terrible, el más sangriento que ha presenciado Madrid en el siglo, el 22 de Junio quedará eternamente consagrado como principio de la nueva era. En el principio, ya era la palabra, dice San Juan al comenzar su evangelio. Pues bien, antes de la Revolución que cambió por completo la faz de España y de cuyos restos aun se vive, ya éramos nosotros y aquella sangre que corrió por las calles de Madrid en tan trágico dia fué el bautismo de todos los que habían de predicar la nueva era.

—

Veintitrés dias de relativa calma. Un interior tranquilo, unos amigos cariñosos, una conversación literaria que reposaba el espíritu de las prosaicas cosas de la política. Se me dejaba

dormir cuanto quería, se esperaba á que yo me levantase para comer; me habían colocado en el mismo cuarto donde dormía el cuñado de Eguilaz, persona ilustradísima, y de cama á cama charlábamos y me consolaba de la ausencia de mi madre que era lo que más sentía en aquellos días. Mi madre quiso venir dos veces á verme pero había policía á la puerta de nuestra casa y la seguían y no se atrevió á llegar hasta mi escondite por temor de descubrirme. Eguilaz y Luque salían indefectiblemente á las dos para ir á pasar la tarde en un rincón del café de la Iberia junto á una ventana. Toda una generación les ha visto allí durante muchos años y á hacerles la tertulia acudían Eduardo Gasset, Fernández Florez, Barrantes, Oudrid y otros amigos. En aquellas horas solía yo leer junto al balcón de la casa del poeta que tenía vistas atrás en la calle de San Juan, ó me dedicaba con amoroso afán á su niña Rosa, la hija del poeta, que hacía poco había enviudado; la niña estaba en ama y fué para mí una amiga de año y medio sin la cual no sabía pasar las horas de la tarde. Otras veces mi distracción consistía en oir el arpa de un saboyano, un niño que no pudo soñar el dinero que había de hacerme ganar más tarde aprovechando su recuerdo en una zarzuela. Se ponía debajo de las ventanas y cantaba siempre lo mismo: «Me gustan todas, me gustan todas, me gustan to-

das en general.» Por algo se me quedó en la cabeza la copla. Era la única diversión de aquellas tardes de verano, porque desde el balcón, al que no podía asomarme, solo veía un triste escaparate de taberna y un cartel más triste todavía en que el tabernero anunciaba el plato del día. Decía: hay tal ó cual cosa, pero escribía *hay* sin *h*; de modo que estuve condenado á suspirar con él tres semanas: ¡Ay chuletas! ¡Ay pepitoria! ¡Ay albondiguillas! Desconsolada vecindad era aquella. Pero también llegaban ayes de veras, ayes de la nación, ayes de muchas madres. En dos días fueron fusilados cerca de allí en las afueras de la Puerta de Alcalá sesenta y dos sargentos. Si había corrido mucha sangre por las calles en aquella sangrienta jornada que ós he descrito, si hubo cerca de trescientos muertos y heridos en el cuartel de San Gil en una mañana, el pueblo siempre sentimental esperaba clemencia y no la hubo y los fusilamientos y las persecusiones y la crueldad oficial llegaron á su colmo, y ya no se pensó en pronunciamientos, sino en una verdadera revolución. A O'Doneil que había extremado el rigor, le quitó el poder la Corona como haciéndole exclusivamente responsable de la sangre vertida. Desde entonces, todo cambió de aspecto, y aquellos mismos generales que nos habían vencido y acosado y en la batalla de las calles al grito de viva la Reina, se unieron

á nosotros, fueron el alma de la revolución que ya estaba en el aire y dos años después entraron en Madrid juntos con el caudillo de la revolución y con todos fuimos unos. Sorpresas y misterios de la política, que á nada se parece. Por algo dijo un cura famoso cuando en 66 andábamos todos ocultos ó perseguidos: «Los que os persiguen hoy os buscarán mañana.»

Por la noche, al volver Eguilaz y Luque de su tertulia, se cenaba en familia, el poeta no salía de noche jamás; venían á entretenerle la velada Picón, Mario, Oudrid, Oltra, después de los teatros. Nos contaban lo que sucedía en Madrid. iban á los estrenos y traian noticias del resultado. Eguilaz contra lo que creian los envidiosos de sus grandes éxitos era un hombre muy bueno, de corazón muy tierno, trabajaba y producía y no gustaba de ir á los saloncillos ni adonde pudieran envenenarle la vida con chismes, cuentos é intrigas. Estaba entonces muy triste por haber perdido á su santa mujer, vivía dedicado al cuidado de su hija. Diego Luque se ocupaba de todo, y cuantos literatos y autores le rodeaban, consultaban con Diego Luque, que era y es gran director de escena y muy práctico en el arte de hacer comedias.

Un día los ciegos gritaron por las calles la caída del Ministerio. ¡Gran novedad! El general Narváez se encargó del poder, González Bravo del Ministerio de la Gobernación. Eguilaz y Lu-

que eran íntimos amigos suyos. Diego Luque fué á verle y sin temor y sin rodeos le declaró que yo estaba oculto en su casa. González Bravo dió su palabra de que no se me perseguiría ni molestaría y salí á la calle y volví á abrazar á mi madre, después de besar como á una hija á la niña Rosa que fué mi compañera de prisión cariñosa y en estas Memorias he de consignar la gratitud que debo á aquellos fieles y hospitalarios amigos.

XII

Los bufos.—«El joven Telémaco».—Doña Rosa.

En aquel verano volvió de París el actor Arderius. Se había gastado sus ahorros en ir á ver la gran ciudad. Pensaba en ser empresario y fué en busca de novedades. Vino encantado del género bufo que allí vió. Por entonces, en los teatros de opereta parisiense, se satirizaba al imperio con más facilidad que en la prensa. Sacaban los autores á la escena dioses y diosas, reyes de la antigüedad y el público hallaba en todo aquello alusiones más ó menos disimuladas al emperador y á su corte. Offenbach estaba en todo el apogeo de su gloria; era el músico más popular de Europa. Eran los tiempos de *Orfeo en los infiernos, La bella Elena, La gran duquesa de Gerolstein;* en aquel París rico, fastuoso, se acercaban los días de las grandes

catástrofes, se bailaba el can-can en *Mabille* y *Valentino;* la corte imperial irritaba al pueblo con sus aventuras y derroches, y la única tribuna donde todo esto se combatía era en el teatro.

Arderius pensó que aquel género de opereta, nuevo aquí, podría ser de grandes resultados. Tomó el teatrito de Variedades, aquel mismo donde habíamos visto á Romea y la Palma, allí donde yo había nacido á la vida escénica. Nadie creyó en el éxito de género tan estrafalario, nadie entendió bien lo que Arderius deseada.

—Un disparate, una alegoría cualquiera, algo como lo que se hace por allí—me dijo.

Él tenía 10.000 tristes reales para empezar. Con ellos contrató una compañía de medio pelo. Me puse á escribirle una quisicosa cualquiera que se llamaría *El joven Telémaco*; la escribí en una semana, velando todas las noches y con un miedo horrososo, no de la obra, sino del gobierno, porque en aquellas veladas veía pasar á deshora masas de hombres silenciosos, en largas filas conducidos por la guardia civil.

Eran aquellas famosas *cuerdas* á Filipinas; patriotas cogidos en sus domicilios, restos de la jornada del 22 de Junio, que Narváez iba recogiendo, y de ciento en ciento, de mil en mil, iban los presos por las calles á las dos ó las tres de la madrugada, con las cabezas bajas marchando á compás.

Interrumpía yo mis versos disparatados para asomarme al balcón y oir aquel *trás, trás, trás*, de los pasos sordos, que ponian terror en el alma; y mi madre y yo nos mirábamos, como diciendo: ¡Si vendrán aquí! Confiado en aquellos amigos que me sacaron á la calle, volvia á mi tarea, y así, entre ruido de persecuciones y buen humor forzoso, fué saliendo aquella opereta que ensayamos Arderius y yo, de prisa y corriendo.

—¡Nos van á matar!—le decía yo.

—¡No será eso lo peor, sino que se acabarán los 10.000 reales en diez días!

No nos mataron; el público, siempre amigo de novedades, le hizo á aquel disparate un éxito colosal; la obra se representó todo un año; produjo el mismo ruido y éxito en provincias, en América, en todas partes, y se dió por creado el género bufo.

Pues he de protestar, treinta años después, de que ni pensé en *crear* nada, ni *creé* nada, ni me metí en nada; porque no hice de estas obras *sui géneris* más que dos, y me fuí á escribir comedias de costumbres al Español, mientras todos, *todos* los autores de mi tiempo se entregaron al género bufo en cuerpo y alma, y desde Ayala hasta Hurtado, y desde Retes hasta Puente y Brañas, durante cinco años ó seis, cultivaron género tal, si género puede llamarse, y en tanto yo, que sólo un año, el primero, asistí al teatro de Arderius, después no volví á poner

los pies en él sino de vez en cuando y como amigo del director y rico empresario.

No creó solamente un género Arderius, creó una docena de mujeres bonitas con una pierna al aire cada una; coristas de nuevo aspecto, á quienes el público les dió nombre. Por aquello de que cantaban en el *Telémaco* un coro en griego macarrónico en el que dominaba la palabra *suripanta*, que no quería decir nada, las coristas de Arderius se llamaron *suripantas*, y fueron lo menos la mitad del éxito del género y del teatro.

¿De dónde vinieron, y adónde fueron á parar? ¡Este estudio del *Suripantelismo en sus relaciones con el medio social*, no dejaría de ser curioso! Eran unas señoritas desperdigadas, que no tuvieron inconveniente, al ajustarse, en enseñar las piernas. Hasta entonces, las coristas de la Zarzuela no habían pasado del vestido corto de aldeanas ó *cosas así*. Para el *Telémaco* y lo que viniera después, tendrían que vestirse á la griega y llevar una túnica abierta por un lado. ¡Grave cuestión! Pero en fin, como ya entonces se pedía en tantos periódicos *la enseñanza libre*, Arderius no hizo más que adelantarse á los acontecimientos, y la juventud aristocrática y literaria tomó tal afición á aquellas señoritas, que todas ellas, en vez de lanzarse á vida *non sancta*, fueron en realidad las novias de los abonados, supuesto que casi todas se casaron con

ellas y llevan hoy nombres conocidos y alguna de ellas es excelentísima señora. De donde resulta que el llamado género bufo, ni fué inmoral ni sus intérpretes tampoco.

En aquellas obras no se dijo nunca un chiste mal sonante que pudiera escandalizar á nadie. Impresas están, y no hay más que consultarlas para convencerse de ello. Que aquello no era arte ni literatura, dicho se está; pero no era ofensivo á la moral, y todo el mundo pudo oir aquellos disparates cómico-líricos sin tener que protestar; y no es manía de viejo el asegurar que ahora se dicen cosas en las obras á la moda, que nosotros no nos hubiéramos atrevido á decir en aquel teatro.

Desde la inauguración hasta el tercer año de su existencia, el teatro de Arderíus fué una honesta diversión del pueblo de Madrid, y aun se hicieron en él obras perfectamente literarias, como *El sarao y la soirée*, de que voy á ocuparme, porque fué el bautismo literario de dos escritores que hoy figuran entre los más conocidos y uno de ellos entre los primeros de nuestros autores dramáticos.

Parece que les estoy viendo. Eran dos jovencitos muy modestos, sumamente modestos, empleados en la Junta de Estadística con sueldos de 4 ó 5.000 reales. Se me presentaron un día en mi cuarto tercero de la calle de las Huertas, donde vivía con mi madre y mi hermano, y ¡es

claro!, como el éxito del *Telémaco* me daba en el teatrito de Variedades mucha influencia, venían á leerme una obra que para dicho teatro habían escrito; entonces, como ahora, tuve siempre empeño en ayudar á todo el que empieza, y en esto creo que me diferencio de muchos viejos, á quienes parece que les estorban los jóvenes.

La obra y los autores me fueron simpáticos. Tenía el libreto sus inexperiencias, pero estaba muy bien escrito. A Luque y Eguilaz recomendé los autores noveles para que leyeran la obra y la corrigiesen si algo había que modificar, porque de hacerlo yo, si la obra fracasaba podía tener responsabilidad; y al maestro Arrieta, mi amigo del alma, le pedí que escribiera la música. Y cuando la obra, después de muchos ensayos y puesta con el mayor cuidado por Diego Luque, se estrenó, tuvo un éxito grande, franco, ruidosísimo, tan grande ó mayor que el del *Joven Telémaco*, y al salir á la escena juntos los autores sonaron por primera vez sus nombres en el mundo de las letras; aquellos principiantes modestos se llamaban D. Miguel Ramos Carrión y D. Eduardo de Lustonó, y desde entonces hasta hoy han sido mis fieles y sinceros amigos.

Lustonó se dedicó más al periodismo y al libro, en el que tantos éxitos ha obtenido. Ramos Carrión ha hecho desde entonces más de ochenta obras dramáticas, todas con éxito, por-

que es el único autor de nuestra generación á quien no le ha fracasado obra alguna.

Ya se veía en aquella primera que el modesto empleado era lo que se llama *un hombre de teatro* y pocas fortunas han sido mejor ganadas que la suya, porque este dramaturgo es una excepción, un caso raro, no ya en España, sino en el mundo, un escritor que ha sabido conservar su dinero, y debiéramos entre todos hacerle por suscrición una estátua de plata, porque sus coronas podrán conservarlas sus hijos.

Ramos, Lustonó, Arrieta, Eduardo Bustillo, Melchor de Palau, Quirós de los Ríos, Mata, Matoses, Menéndez Escobar, hoy coronel, López Carrafa, después subsecretario de la Guerra, Carrascón, Antonio Zamora, Ramón Altarriba, ó sea el barón de Sangarrén, cuando estaba en Madrid, Inza, Gaspar, Mozo de Rosales, eran la reunión íntima de mi casa; eran más que amigos, algo como la familia. Mi madre, era para ellos la mejor amiga, todos ellos consultaban á Doña Rosa sus amoríos, sus versos, sus artículos.

Arrieta dejaba las intimidades de Ayala para venir á pedir á Doña Rosa que su hijo acabara un primer acto; Bustillo le leía las pruebas de un periódico que hacía entonces; López Carrafa le daba á guardar papeles de conspiraciones; Antonio Zamora le contaba sus quejas con las empresas; Inza la divertía contándole cosas

graciosas, mientras yo vivía oculto; y Doña Rosa, á quien hicimos entre todos trasnochadora, hacía vida literaria, seguía con interés la marcha de la política, daba su opinión, siempre discreta, sobre las escenas que veía escribir y oía leer, y á las doce de la noche ponía á la chimenea de mi despacho, infaliblemente, una gran chocolatera, para que cuando á la vuelta de los teatros, cuatro ó cinco amigos tomáramos todos el chocolate, hecho por su mano.

Eran tiempos de revueltas y persecuciones, y Doña Rosa no dormía, por si ocurría uno de aquellos odiosos registros domiciliarios tan en uso. De tarde en tarde, porque siempre estaba ocupado, subía Castelar á ver á Doña Rosa y á contarle los sudores con que tenía que sostener su periódico; y otras veces, Carrascón ó Inza, al ver luz tras los cristales, en vez de retirarse á casa, llamaban al sereno, subían, y Doña Rosa, siempre alerta, abría, y ellos decían tras el ventanillo: «¿Queda chocolate?»

Vivíamos todos muy unidos; Ramos Carrión hizo costumbre de venir todos los días, y con Doña Rosa se pasaba las horas esperándome á mí para dar un paseo.

Y en medio de todo este grupo literario, mi hermano, que apenas tendría ocho años, se educó en las letras de *oídas*, y fué adquiriendo nociones de todo, oyendo á unos y á otros.

Avilés le enseñó á leer. Ramos le sacó más ed

una vez á paseo. Arrieta le tenía en las rodillas mientras esperaba que yo acabase la letra de una romanza y de un coro. Inza le regalaba libros de historia ó de geografía recogidos en la redacción de *Los Sucesos;* y cuando fué á la escuela, fué tarde, porque ya la familia literaria aquella le había impuesto de lo más esencial, y aunque quiso la madre que fuese matemático, ya el gusto de las letras adquirido en la infancia le impulsó á cultivarlas con el éxito que hoy lo hace.

Doña Rosa vió nacer obras, artistas, hombres políticos, fortunas, posiciones; fué la maternal amiga de un grupo de escritores que no la han olvidado. Alma aragonesa, el destino la llevó á París, á ella, hija de aquellos que en la puerta del Portillo defendieron la ciudad santa presentando el pecho á las balas del invasor; y en aquella tierra de Francia murió, y allí ha quedado enterrada, sin que sus hijos, pobres para gastos tan grandes, hayan podido restituirla al suelo aragonés; y por eso, al dejar para siempre aquel París donde tantos años viví, pienso siempre en volver, no por vivir en él de nuevo, sino por arrancar de tierra extraña y volver á la suya huesos tan sagrados, ¡Dios proveerá, y sólo le pido que antes de morir pueda traer conmigo á mi muerta adorada!

XIII

El padre Laforga.

Hablé el otro día de un cura ateo, y hoy he de hablar de otro popularísimo en Madrid durante veinticinco años, y cuyas *cosas* han pasado á ser recuerdos de toda una época. Éste no es censurable, porque á pesar de su manera de ser, aparte de lo vulgar, era cura y cristiano, y se desvivía por el prójimo; es decir, que era para un fregado como para un barrido, y lo mismo casaba de balde á un amigo pobre que le daba dos bofetadas si le ofendía. Gran amigo de la nobleza y de los cómicos; pasando el día en la sacristía de San Sebastián y la noche en el teatro de los Bufos; ora asistiendo á un moribundo y la noche en vela, ora presidiendo una becerrada. Tipo esencialmente español y madrileño, chispero con sotana, aconsejando al *Labi* desde

la barrera cómo se pasa un toro, y rezándole un responso á *Pepete*, muerto en la enfermería.

Asiduo servidor de los duques de Medinaceli y regenteando admirablemente la iglesia de Jesús, y yendo á Italia por encargo de Arderíus á contratar un cuerpo de baile. Éste era el padre Laforga, que dos generaciones sucesivas han conocido, y de éste quiero hablar para terminar la conferencia de esta noche.

Era un cura azul; de esos que á fuerza de afeitarse las barbas les va quedando la piel del color del añil, y toman aspecto temible Agradable en sus maneras, dulce de palabra con los amigos, y con los enemigos atrevido y valiente; y cuando no podía hacerse amar, se hacía temer, que es todo el arte de la guerra de la vida. Pero de muy buen corazón, y ejerciendo de padre de almas y de cristiano sin fariseismos Que un muchacho tenía un enredo con una *suripanta* y del enredo resultaba lo que suele resultar de esas cosas... pues D. Vicente bautizaba al niño y lo recogía y lo educaba; que otro venía después con otro niño venido al mundo por idénticos procedimientos... D. Vicente lo prohijaba también.

Temporada hubo en que la casa parecía un asilo, pero no consentía que se arrojaran niños al arroyo. Que moría un librepensador furioso conocido por sus ideas radicales. Aquel cura que echaba chicoleos entre bastidores á las co-

ristas de Arderíus, se transformaba á la cabecera del enfermo y con elocuencia sui géneris le volvía al seno de la Iglesia; pero, en cambio, cuando pasaba seis noches seguidas en casa de un cómico que tenía la agonía muy larga, al oir una madrugada que el moribundo dijo:—¡D. Vicente! ¡Agua!—D. Vicente, abandonando el brasero y yendo á la cama, le daba un achuchón exclamando:—¡Qué agua ni qué vino! ¡A morirse ya, que tengo que hacer mañana!

Escribió Eguilaz una zarzuela, en la cual, había una procesión y era necesario un palio. Y mi D. Vicente, porque la escena estuviera bien servida sacó el palio de la iglesia y lo llevó al teatro; y naturalmente, el obispo le quitó las licencias y hubo tal escándalo que tuvo que intervenir la corte de Roma; y cuando en la corte de Roma se hicieron averiguaciones sobre la vida de aquel cura, resultaron en su favor tantas obras de caridad, tantos huerfanos recogidos, tantas limosnas y tantos favores, que se le perdonó una falta grave en compensación de tantas buenas obras. En los días terribles del cólera se multiplicó asistiendo á los enfermos con riesgo de su vida; y en una casa donde le confesaron que el colérico se moría por haber cometido la imprudencia de comer escabeche y pimientos en tiempos tan peligrosos, al encontrarse con que el moribundo era un amigo, quiso morir con él y dijo: «Traigan el escabeche y los

pimientos que queden», y los comió á la cabecera, diciendo con valeroso acento: «Venga el cólera y seremos dos contra uno». El amigo se murió y á D. Vicente no le pasó nada y exclamaba con aire de vencedor:—«¡El que no sabe comer escabeche, no merece la vida!»

Venía á las reuniones de última hora en los teatros ó en los cafés, y decía: «Buenas noches, señores, y colocaba á derecha é izquierda sobre la mesa dos pistolas de dos cañones. ¡Claro! Como se retiraba tan tarde, tomaba sus precauciones, porque lo que él decía: «¡Los ladrones no tienen por qué respetar al clero!» Y aquel hombre, que venía armado hasta los dientes, ni cenaba ni tomaba nada, porque tenía que decir su misa á la mañana temprano. Era tan cura como cualquier otro y tan hombre como los demás, pero un hombre originalísimo.

En cierta ocasión en que fué cura del cementerio del Este, nos convidó á almorzar al maestro Casares, á D. Leopoldo Ortega y á mí. ¡Un almuerzo en un cementerio! Se habla mucho de las cosas estupendas que se hacen en París, en el mundo de los decadentes, de los impresionistas, de los incoherentes y de todos los entes de moda en la República vecina. Pues esto no se le había ocurrido á nadie. Lisbonne creó en París un restaurant en el que las mesas eran féretros y los mozos estaban vestidos de enterradores. Pero esto era pura ficción. ¡Eso de dar

un arroz á tres amigos en un camposanto entre responso y responso, eso hay que hacer un viaje por España y encontrar un cura especial para verlo!

Fuimos allí. El pater tenía un salón inmenso, adornado con cromos, cuadros al óleo y fotografías de todos géneros. Debajo de cada fotografía había algo escrito por él; por ejemplo, en una decía: «Mi protectora, la señora duquesa de Tal,» y en otra, «*la Tal*, actriz francesa.» Entre todo esto, imágenes, armas antiguas, bonetes, casullas, una codorniz y una guitarra. Algo del cura aquel del *Diablo Mundo;* pero en cambio, muchas cartas, recuerdos preciosos de personas agradecidas por obras de caridad. El almuerzo prometía ser magnífico. La sobrina de D. Vicente trajo el arroz en una clásica cazuela; pero en esto vimos á través de la ventana aparecer una larga procesión de gente enlutada siguiendo á un carro mortuorio.

—Tío, un párvulo—dijo la muchacha.

Y D. Vicente se levantó, se puso una roqueta y un bonete y dijo:

—Esperad un poco; enseguida lo despacho.

Volvió y atacamos el arroz que estaba muy sabroso, y luego trajeron unas chuletas que decían comedme. Pero antes de llegar á ellas, apareció á lo lejos otro fúnebre cortejo, y la sobrina gritó:—¡Tío, un adulto!—¡Este es el lo-

tero!—exclamó Don Vicente, volvió á encasquetarse el bonete y salió diciendo:

—¡Comed, comed, que á éste con poco se le arregla el viaje!

Vino jadeante, se quedó de nuevo de paisano, la sobrina trajo un jamón de Trevelez magnífico, y cuando estábamos saboreándolo, he allí otra lúgubre procesión de gente triste y cabizbaja, y la criada que aparece en la puerta y grita:—¡Señor, ahí viene otra *cadávera!*

En suma: comida macabra, almuerzo fantástico, que me hacía exclamar en París muchos años después viendo las estrafalarieces de los incoherentes:—¡Yo he visto algo mejor que todo eso!

Don Vicente Laforga murió pobre y honrado; quedó su recuerdo como el de tantos madrileños populares, como el de aquel popularísimo Ducazcal, de cuyos primeros pasos en la vida daremos cuenta en veladas sucesivas. Con él y otros amigos entretuvimos el tiempo que medió entre el 22 de de Junio del 66 y el 29 de Septiembre del 68, con que empezaremos la conferencia próxima; es decir, con la revolución que hicimos todos al grito de arriba los Borbones, digo, de abajo los Borbones; perdonad la equivocación, porque en este curioso país nuestro las cosas están tan pronto arriba como abajo, y tan pronto abajo como arriba.

XIV

O'Donell pasa al campo nuestro.—Registros domiciliarios y persecuciones.—Montpensier.—Los salones de la época.—Barbarita Riquelme.—Los duques de Híjar.—«El joven telémaco» representado en el palacio de la condesa del Montijo.—Los cronistas de salones.—Conversación íntima con O'Donell.—Bailes y soirées.—María Buschental.—Carolina Coronado.—Rivero, estafado.

Al terminar la última conferencia quedamos en los comienzos de aquel período que medió entre el sangriento día de 22 de Junio del 66 y la Revolución. La caída de O'Donell después de haber sofocado aquella insurrección y después de haber vertido tanta sangre por servir los deseos de la Corona, fué para aquel general un desengaño tan grande que juró vengarse; de defensor leal de aquella monarquía se convirtió en enemigo mortal, y con todos los suyos se pasó al campo nuestro. Quiero decir que la

Unión liberal de partido de orden se convirtió en partido revolucionario y se fundió con los conspiradores más anti-dinásticos. Notad que siempre ha sucedido lo mismo y permitidme esta digresión que acaso es de actualidad. Siempre han vencido todos los rebeldes en España por la colaboración de los que no lo son sino por fuerza de las circunstancias. El partido progresista, fuerte, poderoso, con grandes raíces en la opinión, no llegó á los hechos de fuerza ni á la Revolución hasta que se procuró el concurso de los demócratas. Demócratas y progresistas juntos no llegaron hasta la Revolución sino el día en que la Unión liberal se les unió; pasaron días, sucedieron cosas que pertenecen al historiador y no al conferenciante, y cuando se quiso hacer la restauración, los borbónicos más exaltados no la lograron sino con el concurso de generales y hombres civiles de partidos que no estaban en la conspiración borbónica. Y Madrid, el Madrid íntimo, ese que sólo pueden apreciar los que han vivido siempre en él, tomó otro aspecto. Los periódicos liberales y demócratas enmudecieron. A cada momento había registros domiciliarios, ciudadanos desterrados, *cuerdas*, aquellas terribles cuerdas que veíamos pasar á deshora de la noche. Narváez y Martori usaron los antiguos procedimientos de persecución. Vivían las cadenas. No se olvidaba ni un instante la sangre derramada por el rencor de arriba.

O'Donell comenzaba á ser el alma de la conspiración, esperando llegar á un acuerdo con Prim, cuando murió. Sucedióle inmediatamente Serrano como jefe del partido unionista y como conspirador de alto bordo. Comenzóse á hablar de Montpensier como demagogo. ¡Montpensier era de los nuestros! Vino á Madrid con su esposa la Infanta y le hicimos una ovación callada. Le desterraron á poco. Fué ya enemigo declarado de su augusta cuñada; fué un personaje destinado á vivir como nadie, es decir, ayudando á la revolución y sin que ésta le amara. No gustaba. Está su familia muy viva y muy en alto, y los sucesos muy recientes y no puedo hablar de Montpensier más que de paso, y como ya se murió, repetir la española frase: «¡Dios le haya perdonado!». Ya cuando se publiquen estas Memorias hablaré de él despacio porque le conocí y traté; por hoy no es esto del caso.

Se vivía, como digo, en plena persecución, la paz reinaba en Varsovia, la guardia civil hacía el servicio de las calles que hoy hacen los guardias de orden público, la vigilancia nocturna era excesiva, se veía venir una nube negra, muy negra. Y al mismo tiempo, los que nada tenían que temer, se divertían; hubo en aquellos dos años grande animación en los salones madrileños. Una cubana rica y fastuosa á quien en el gran mundo se llamaba Barbarita Riquelme por ser la esposa del general del mismo apelli-

do, recibía en grande, estaba en moda. Los Duques de Hijar rendían culto á las letras y al arte escénico y en su casa se representaban comedias antiguas y modernas al fin de una de las cuales como ya he contado en otra ocasión, mi vecino de mesa Don Carlos Marfori me prendió á las pocas horas en mi propia casa. En Carabanchel, en la popiedad de la Condesa del Montijo, se representó con gran aparato de trajes, decoraciones y coristas de la grandeza, *El joven telémaco*, que yo ensayé y que fué hablado y cantado por el Conde de Romrée, el Conde de la Nava del Tajo y Elena Prendergast. ¡Y en el coro qué mujeres! Las suripantas ilustres eran magníficas y los trajes y alhajas dieron lugar á grandes descripciones á los cronistas de salones de la época que eran Don Ramón de Navarrete y Don Francisco de Paula Madrazo á quien se le llamaba en el gran mundo Madrazito, aunque ya tenía entonces sesenta y pico de años. Había verdadera rivalidad en esto de recibir y dar fiestas suntuosas. Aquella noche en el Palacio de Carabanchel se desplegó un lujo extraordinario. La gran cena que la Condesa del Montijo dió después de la representación con las aristocráticas artistas y las treinta señoritas vestidas á la griega, parecía banquete de los buenos tiempos de Grecia.

Y en aquella noche, el general O'Donell me llevó á un rincón del salón de fumar y me pro-

puso entrar, como él decia, en la legalidad y hacer por consiguiente, mi carrera. Le había conocido meses antes, por mediación de su ayudante D. Leopoldo Valderrábano que era amigo mio. Como le atacaba tanto en el *Gil Blas*, el general, que era tolerante y tenía el sistema de atraerse á la gente, quiso conocer al redactor que respondía de todo lo que en aquel periódico se escribía, pues yo entonces firmaba por todo lo no firmado según exigía la ley. Habíamos hablado dos ó tres veces en varias casas particulares, pero de cosas sin importancia. La noche aquella la conversación tomó otro giro. Intentó llevarme al campo unionista y sacarme del campo democrático pero ignoraba que yo estaba al corriente de los nuevos rumbos que él seguía.—Mi general, le dije, ¿para que quiere usted que yo vaya á su campo si usted va á venir al mio? Mucho le sorprendió la pregunta y noté que le desconcertó, pero siguió aconsejándome que pasara al lado suyo, al partido monárquico.—¡Pero si ha de hacerse una revolución, no habrá monarquia! exclamé con la buena fe del principiante.—¡Habrá otra! dijo. Entonces adiviné de lo que se trataba y comencé ¡incauto de mí! á sondear su pensamiento y á hablarle con tal intimidad que me cortó los vuelos enseguida.—Es usted demasiado joven y nuestras relaciones muy recientes para que hablemos de ciertas cosas; pero conste que he

querido aconsejarle bien y que para un cambio radical de instituciones en España todavía faltan muchos años.

No podía yo imaginar entonces que los hombres que nos habían educado en ideas revolucionarias, nos obligarían á ser monárquicos al día siguiente de la caída de un trono secular. O'Donell me lo dió á entender y yo no lo entendí.

Las tertulias ó salones no aristocráticos, pero muy entonados y á la moda, también abundaban. Había bailes y *soirées* en casa de Casañas, en la calle de San Agustín; en casa de D.ª Paz Maríategui; en casa de Alvarez, D. Fermín Alvarez, hombre de mundo y músico muy distinguido, autor de varias canciones á las que yo puse la letra, entre ellas aquella de *Los ojos negros*, cuya copla que empieza:

Para jardines Granada

he visto luego en colecciones de cantos populares, atribuida al pueblo, y yo digo en este caso parodiando al gran Rey, ¡que el pueblo soy yo!

En aquellas *soirées* brillaba mucho una señorita llamada Carmela Güell, que cantaba muy bien y ha muerto há poco dejando en inconsolable viudez á un consocio nuestro. Agustina Lanuza, que luego casó con el novelista Puerta Vizcaino. Era indispensable, se la quería mucho, cantaba con muchísimo gusto. Julia Es-

pinque era una de las grandes bellezas de entonces y que ha inspirado á un poeta inmortal sus más hermosos versos. Era extraordinariamente hermosa y cantaba muy bien, porque era de familia de artistas.

Y había un profesor de canto que se llamaba el maestro Moderati, tan indispensable en todas partes como el elegante de marras á quien hoy llamamos D. Rafael y era entonces Rafaelito Huertas, alma de los salones, inevitable en todas las casas grandes y chicas, dirigiendo todos los cotillones, toreando muy bien en las becerradas, tan lindo y compuesto como lo es todavía hoy apesar de los años. La señora de Buschental tenía un salón esencialmente político y en él se conspiró y se hicieron grandes trabajos para la Revolución. De amiga, lo que se llama amiga, de Isabel II se convirtió en revolucionaria ferviente y su casa y su palco platea del proscenio del teatro Real eran focos de conspiración. Intimó con Prim y estuvo en constante correspondencia con él. Muñiz, Monteverde, López Dominguez, eran sus fieles amigos y colaboradores en los trabajos que bajo cuerda se hacían. Carolina Coronado, casada con el representante de los Estados Unidos, era de las señoras que recibían más gente ilustrada. Poetiza notable, mujer de gran talento, y muy liberal, también reunía en torno suyo á los hombres políticos revolucionarios. Al día siguiente

del 22 de Junio y durante mucho tiempo tuvo escondidos en su casa, cobijados bajo el pabellón americano, á Castelar y á Rivero. ¡Cómo cambian los tiempos! Entonces la bandera de los Estados Unidos servía para proteger á los españoles ilustres que llenaban sus salones; hoy hay que guardarla con la policía, y nadie se arrima á ella.

Los periódicos arrastraban una vida muy precaria. Tuvieron que enmudecer desde el 66; apenas si se podía publicar en ellos más que cosas literarias y aun en ellas veía alusiones el fiscal de imprenta que llegó á ser el inquisidor general del pensamiento. El *Gil Blas* pasó de político á literario.

La Discusión pasaba de mano en mano. En los últimos tiempos en que la tuvo D. Nicolás pasábamos apuros. *La Democracia*, de Castelar, apesar de los recursos que allegaba Carrascón y otros correligionarios tampoco podía vivir. Se deseaba con esto más y más el día de liquidarlo todo.

Y apropósito de esto recuerdo el suceso que luego se ha contado como cosa graciosa y que cuando ocurrió fué muy triste. Rivero no podía hacer frente á las obligaciones de su periódico, estábamos todos atrasados. Una mañana, en que estaba enfermo, me llamó y me dió una carta para D. Pascual Madoz, escrita en la cama. Dile á Morales que la lleve enseguida, D. Pas-

cual le dará treinta mil reales y todos nos arreglaremos. Corriendo bajé á dar el recado y el hombre partió como un rayo.

Pasó una hora, pasaron dos, pasaron tres, y el hombre tan esperado no venía. Don Nicolás me llamaba á cada media hora.—¿No ha venido ese hombre?—No, señor.—¿Le habrá ocurrido algo?—¡Quién sabe! Y pasó toda la tarde y toda la noche y no volvió.

Rivero se puso peor de la impaciencia. Su ama de llaves, Doña Dolores, estaba afligidísima. Viendo que eran las doce de la noche y que nuestro deseado sujeto no volvía ¡nos echamos á buscarlo por Madrid dos ó tres redactores. ¡Nada! Ni en las inspecciones ni en ninguna parte dimos con él.

Al día siguiente, á las doce de la mañana, le ví entrar en la redacción, pálido, ojeroso, sucio, con el pelo lacio y caído . . . ¡Parecía un náufrago!—¿Pero hombre, qué le ha pasado á usted?

En cuanto me contó lo ocurrido y me rogó que fuese yo á contárselo á Don Nicolás, me negué en absoluto.—Cuénteselo usted mismo.—Me va á matar.—Es muy probable.—Yo no me atrevo.—¡Arriba!

Le hice subir á empujones.

—Don Nicolás, ahí está ese.

Rivero se sentó en la cama y con las manos sobre la sábana le esperó con mirada ansiosa.

Entra y le dice:—¡Don Nicolás, máteme usted!

—Pero ¿qué es eso? ¿Y los treinta mil reales?

—¡Máteme usted, Don Nicolás!

—¿¡Quiere usted hablar ya!?

—¡Mateme usted! ¡Me los he jugado!

Don Nicolás cae sobre la almohada, se echa la sábana por la cabeza y dice: ¡El muerto soy yo!

XV

Ayala.

Uno de los amigos de mi mayor intimidad por aquella época, fué Adelardo López de Ayala. Esta amistad nació de la no menos íntima que yo tenía con su inseparable Arrieta, que había escrito la música de dos ó tres zarzuelas mias y que como dije en la conferencia anterior, era uno de aquellos fieles amigos de mi casa y de mi santa madre.

Ayala y yo no comprendimos pronto, las almas se entendieron, y como ya desde el 67 comenzó á ser, á pesar de sus antecedentes monárquicos, el revolucionario más activo y menos respetuoso, fuimos muy de acuerdo y pensamos lo mismo.

La figura de este célebre poeta, autor dramático y después hombre de Estado, es de las que más deben interesar á las generaciones que no le han conocido.

Era Adelardo López de Ayala un hombre fuerte, vigoroso, de hermosa presencia; la cabeza á la antigua española, como la de los personajes que retrataba Pantoja, y recordando aquellos españoles de hace dos ó tres siglos, melenas y bigotes de caballero español tradicional, enérgico en la palabra y en los hechos, muy poeta y muy enamorado.

Vino de Extremadura á la corte, y no fué de los que comienzan con obras menudas á darse á conocer. Conservador por educación y por convicción, abogado notable, fué uno de los redactores de aquel *Padre Cobos* que tanto ruido hizo; y al ser encausado este periódico, Ayala hizo de él tan brillante defensa que su nombre se hizo tan popular en el foro como en el teatro. Y en aquel año del 67 se le admiraba mucho. Había obtenido antes en el teatro con su *Tanto por ciento* uno de los éxitos más grandes de este siglo en la escena española.

La noche del estreno; Hartzenbusch, de pie y dirigiéndose al público, gritó: «¡Señores, Calderón ha resucitado!» Y habiéndose estrenado la obra á fin de temporada, hubo que prolongar ésta y hacer la comedia durante todo el verano; el horrible calor no impidió al público llenar la sala del Español en los meses más duros, lo cual prueba que para las comedias buenas no hay dificultades.

Hacía entonces alarde de sus fuerzas her-

cúleas. Por una apuesta, allá en su pueblo, en una temporada de descanso, mató un burro de un puñetazo en la cabeza.

Una noche en que cuatro actrices salían del Español en un *landeau*, hizo salir el coche corriendo, y cogiéndole por detrás con ambos puños agarrados á la barra trasera, le paró é hizo retroceder á los caballos. Con esto y un valor á toda prueba, no había quien se le atreviera.

La fuerza le atraía, y más de una noche me obligó á leer con él en un libro viejo las hazañas de su paisano García de Paredes, á quien se llamó en lo antiguo el *Sansón de Extremadura*. Calderón era su ídolo, y en honor de la verdad, su estilo se parecía mucho al del gran dramaturgo. Rodeado de Arrieta, Avilés, Moreno Nieto, Dacarrete, algún otro y yo, pasábamos agradables noches en su modesto cuarto de la calle de la Libertad, y no nos podíamos figurar, aunque sabíamos que había entrado en la conspiración, que había de ser principal personaje de ella.

Noches íntimas en las que aquel gran poeta solía leernos ó recitarnos fragmentos de algo, porque era trabajador desordenado, aunque tenía fama de perezoso. Y en una de aquellas noches escribió, mientras Arrieta preparaba con su habitual maestría de *gourmet*, una deliciosa ensalada, uno de los mejores sonetos. Este

salió entero, porque lo escribió para cierta linda persona ausente, una de tantas como andaban locas por él, y es sin duda alguna, una de las más bellas cosas que se han escrito en lengua castellana en nuestros tiempos.

Píntase en este soneto el amor ausente de esta encantadora manera; y aunque está incluido en la colección de sus obras, y muchos de los presentes lo conocen, es para mí grato recuerdo por haberlo visto escribir, y dice así:

La piedra imán recibe de una estrella
el influjo en que busca su gobierno
la nave audaz; y en éxtasis eterno
contempla enamorada su luz bella.
Siente en su espalda el mar la blanda huella
de la luna gentil, y amante tierno
suspira y gime, ó con furor interno
en cien montañas á la par se estrella.
Ama una flor al lumir ... del día:
dispersas y apartadas, sus amores
se comunican las flexibles palmas.
¿Por qué ausente no escuchas la voz mía?
¿Por qué sienten mejor el mar, las flores,
y hasta las mismas piedras, que las almas?

¿Quién imaginara que el poeta de estas delicadezas había de ser el que redactara poco tiempo después el manifiesto de Alcolea y á caballo iría del campo de Serrano al de Novaliches á intimar la rendición al general defensor de la monarquía? ¿Quién pensara que había de ser uno

de los primeros ministros de la revolución? En aquella época Adelardo escribía versos amorosos y seguía con interes y divirtiéndose de buena fe aquello que los tontos llamaron la creación del género bufo. A él le divertía y se reía con nosotros de los artículos en serio que escribían muchos colegas en los periódicos contra espectáculo tan inofensivo. Y para ampararlo, en cierto modo, arregló un pasillo de Calderón, titulado *El dragoncillo*, Arrieta le puso dos ó tres números de música y se representó en el teatro Arderius más de cien noches.

—A ver si viendo que también Calderón ha hecho bufonadas—decía Ayala,—no se toma en serio ni se combate esto que no tiene nada de particular ni hace perjuicio á nada.

En el verano del 68 nos dijo que se iba á su pais, y en realidad fué á precipitar el movimiento revolucionario. Dió gran impulso á todo aquello. Buscó un barco y un capitán, el capitán Lagier, para traer á los generales desterrados desde Canarias á Cádiz, se puso de acuerdo con Montpensier, redactó el célebre manifiesto de la España con honra y el poeta se convirtió en hombre político de gran talla. ¡No, no hay que creer que los poetas no sirven para estas cosas, porque cuando menos se piensa sacan las uñas!

XVI

Elogio Florentino Sanz.

«Te dedico este proverbio antes de que sea juzgado por el público respetable. Múeveme á tal proceder haberte oido aprobar completamente mi trabajo y encontrarle acomodado á tu manera de sentir. Es tan raro que tú apruebes, y suelen ser tus consuras tan atinadas, que aunque esta obra no merezca mañana la aprobación de mis espectadores, yo habré quedado satisfecho al saber que fué cosa de tu gusto, convencido como estoy de que tu gusto es delicado.»

Así decía la dedicatoria de mi proverbio *No la hagas y no la temas.*

Ya entonces Florentino Sanz y yo nos conocíamos de antiguo y éramos íntimos amigos.

El origen de nuestra amistad fué muy curiosa. Habia yo escrito en *La Discusión* cierta

quisisicosa sin firma, y se discutía en el casino de Madrid sobre de quien sería. Entré en aquel momento y dije á los ilustres desocupados que había alrededor de la chimenea.

—Señores, no discutir más: eso es mío.

Se levantó entonces Florentino Sanz y me dijo:

—¡Ah! ¿Es de usted? ¡Pues oye!

Y me llevó aparte para darme consejos y dedicarme cariñosas censuras.

Su cualidad distintiva era el orgullo.

Orgullo de su propio valer, llevado hasta la exageración: ¿que digo hasta la exageración? ¡hasta la miseria!

Prefería morirse de hambre á escribir versos que, según él decía, no habían de entender las gentes.

Desde que dió al teatro su comedia *Achaques de la vejéz*, juró no escribir más. Nuestras discusiones sobre esta resolución eran muy animadas.

Daba yo á la escena en aquella época tres ó cuatro comedias al año, y esto le parecía á mi inolvidable amigo el colmo de la abnegación.

¡Entregarse de ese modo á unos cómicos tan malos!

¡Me haces el efecto de un hombre que enjendrara hijos para arrojárselos á las fieras!

Y no había medio de convencerle de su error.

—Mira—me dijo en cierta ocasión—tengo pen-

sado y anunciado por ahí hace tiempo un drama que se llama *El puñal y la escarcela.*

—¡Ah! ¿Al fin oiremos otro drama tuyo?

—No. Espera... Tú que vás por ese mundo que aborrezco, de magnates ó de banqueros, búscame un rico muy bruto que me dé ocho mil duros por el drama y lo firme. Te respondo de que gustará, y al hombre puede convenirle ser autor dramático.

¡Cómo pintaba este rasgo su manera de ser! Quería que su drama tuviese el precio en que él lo tasaba.

¡El puñal y la escarcela!—decía yo.—¿Será un drama de capa y espada?

—No hombre, no; pero si lo anunciase con el título de *Fulano de tal, ó el gabán de pieles, ó la condesa viuda*, no llamaría la atención, porque aquí no gustan más que los dramas, y por eso empecé yo mi breve carrera con el *D. Francisco de Quevedo...*

Y añadía:

—Querido, aunque escribas más comedias que *Lope de Vega*, no harás el ruido que produce cualquier autor vulgar en un drama que destrocen á gritos los actores. Voy á ponerte ahora mismo un ejemplo del paladar nacional. Ahí tienes á nuestro amigo G*** un banquero, persona distinguida que ha viajado por Europa. Todas las noches cena en aquella mesita junto al balcón.

Y dirigiéndose á él le preguntó:

—¿Qué va usted á cenar, D. Joaquín?

—¡Hombre! He dicho que me suban de los *Andaluces* un bacalao á la vizcaína...

Florentino me dijo al oído:

—¡Dales comedias delicadas á *estos*!

Era ocurrentísimo en la conversación, y se distinguía por un buen gusto literario exquisito.

Cuando aparecieron las *Rimas* de Becquer, las impuso al Casino, que era su verdadera casa y hogar, á fuerza de repetirlas. Tenía muchos puntos de contacto con el poeta á quien celebraba. Era, como él, obscuro, soñador, impertinente y desgraciado.

Le encantaba la vida misteriosa. Se había propuesto no dar versos al público, pero hacía composiciones á un sin fin de *cursis adoradas*, como llamaba él á las mujeres que conocía por ahí en cafés apartados del centro, en teatros de tercer orden, en los paseos solitarios, en las iglesias más lejanas.

Hay mucha delicadeza oculta, me decía:—Mujeres á quienes nadie conoce, y que si llevaran un título y tuvieran un coche pasarían por modelos de *esprit*, porque el mundo es así y el vulgo llenó las dos terceras partes del globo.

Era un hombre que nunca necesitaba más que un duro. Su constante hastío parece reflejarse en aquellos versos del personaje de su drama:

Cansado estoy de cansarme
y aburrido de aburrirme:
¡Necios! ¡Venid á enseñarme
como debo de arreglarme
para poder divertirme!

En su conversación, siempre graciosa, había frases que han quedado.

Ganó una vez al juego tres mil reales que le resolvieron muchas dificultades.

Y decía:

—No lo puedo negar. ¡Hay una providencia!

Á los pocos días un amigo le pide prestados diez pesos.

El poeta, enseñando los bolsillos vacíos:

—¡La providencia no ha venido esta noche!

Hubiera sido un escritor festivo sin rival.

Él puso en moda aquellas *moralejas* de que tan graciosas muestras nos ha dejado Miguel de los Santos Álvarez, Narciso Serra, el general Ros y otros contemporáneos.

Yo tengo una de Florentino Sanz que dice:

Un sobrino carnal corto de alcances,
á vuelta de muchísimos percances
que le tenían harto,
estaba enfermo, y triste, y sin un cuarto.
Era como una malva
y madrugaba siempre con el alba;
y Dios, que es el demonio (!!!)

le hizo hablar á su tío don Antonio,
que era de los más brutos,
y conversó con él cuatro minutos.
Madruga con calor en el verano,
y también en invierno aunque haga frío,
y si hablas con tu tío muy temprano...
hablarás muy temprano con tu tío!

Gran empeño tuve de escribir una semblanza suya para comenzar con ella un tomo.

—Hablemos antes de eso.

—Hablemos cuanto quieras.

—¿Vas á pintarme como soy?

—Sí.

—¿Con todos mis defectos?

—Sin duda.

—Pues esperate á que me muera, porque entonces los defectos parecerán muy bien.

Se ha cumplido la palabra. ¡Oh, tierno amigo de mi alma! Descansa en paz: en mi memoria vives.

XVII

Moreno Nieto.

Del Ateneo y del Casino de entonces hablaremos otro día, pero de Moreno Nieto, alma entonces de esta casa, no quiero demorar más el grato recuerdo.

Toda nuestra generación literaria ha conocido, admirado y estimado al ilustre extremeño cuyo nombre encabeza el capítulo presente y cuyo retrato adorna estas paredes.

Puede decirse que el Ateneo es él. A la hora actual aun creemos verle aparecer por la puerta, dar apretones de mano á derecha é izquierda, tomar parte en todas las discusiones, y acudir después á la biblioteca y pasar dos horas rodeado de libros y tomando un sorbete; aquel helado cotidiano que parecía ser en él calmante del cerebro, excitado por la interminable discusión del dia. El sorbete llegó á ser un servicio

de tanda en la casa. Se decía entre los criados: ¿Quién está hoy de sorbete?

Eran en Moreno Nieto la oratoria, la controversia, la discusión en todo y por todo, ocupaciones constantes desde el alba hasta la media noche. Su palabra, como torrente desbordado, no cesaba de brotar á todas horas.

Más que conversación, su manera de hablar era un torbellino. Hablaba mucho, y hablaba siempre, y siempre muy deprisa. Todo era en sus labios discurso.

Asombrosa fué su memoria. Se cuentan como fenómenos determinados individuos que guardan en la mente cuanto leen. Moreno Nieto tenía esta condición, que unida á sus talentos, hacia de él un hombre un biblioteca, un monstruo de erudición, un libro constante de consulta.

Fechas, autores, libros, escuelas, todo lo tenía en la cabeza y todo lo aplicaba, ya al discurso público, ya al diálogo particular, con facilidad por todo extremo pasmosa.

Se necesita haberle conocido para juzgar bien á esta personalidad salientísima de nuestra historia literaria.

Su caracter era angelical, nunca tuvo enemigos. Amigos, muchos y muy fieles. Entre estos, descollaba Adelardo Ayala, á cuya casa iba todas las noches después de comer, complaciéndose en discutir de varios asuntos con el poeta. En aquellas intimidades, á que más de una vez

asistí, se mostraba el bondadosísimo cacacter de Moreno Nieto y el talento natural de Ayala. Lo que éste no sabía, lo adivinaba, y Moreno Nieto le recojía las frases, asegurando que eran de Leibnitz ó de Krause. Eran de Ayala; solamente, que el genio tiene este privilegio de coincidir con otros iguales al suyo.

Moreno Nieto tiene una biografía brillante; llovieron sobre él los honores y las distinciones; fué cuanto quiso y á gusto de todos. Pasó por la política, por este funesto destino de nuestros hombres eminentes, que no pueden escapar á tal epidemia en un país como el nuestro, donde la política es la ocupación y aun la pasión primera. No hizo en política grandes cosas, ni podía ser de otra manera. Su imaginación tenía más alto vuelo.

¡Había que verle en aquellas discusiones de la sección de Ciencias morales y políticas, cuando después de hacer el resumen agitaba la cabeza y hacía flotar los cabellos, apelando á todos los recursos de su oratoria para producir el último efecto!

Tenía la cabellera rizada, suelta sobre los hombros, y la cabeza, que era artística, le daba cierto aire de hombre de letras que no se compadecía mal con su personalidad de filósofo...

Una enfermedad de viruelas le había picado el rostro, pero no por eso era menos simpático y atractivo. Hablándole una vez, quedaba uno

tan amigo como si le hubiera conocido desde la la infancia. Tenía ese *no sé qué* de la simpatía, que ha hecho la mitad del éxito de mucha gente.

Por eso, cuando Rivero ó Albareda tenían que nombrar un gobernador, si no lo conocían, procuraban saber que aspecto tenía. La simpatía, decía José Luis, es el pasaporte universal.

Moreno Nieto era simpático como pocos hombres. Entusiasta de todo y de todos, admirador de cuanto tenía relación con la ciencia, la literatura ó las artes, no hubo principiante que no hallara en él, no ya un protector, sino un amigo. El Ateneo de Madrid, que era como su segunda casa, le debe el bautismo de muchos jóvenes que sin él no hubieran roto el hielo.

Dentro del establecimiento se le llamaba *Don José*, y había en esta manera de decir algo de amor de familia y de cariño íntimo, que nadie después de él podrá lograr fácilmente.

Presidirán sus sesiones los hombres más eminentes de la nación, no lo dudo; pero aquellas frases de afecto sincero, aquellos abrazos paternales después de una discusión ó de una lectura, aquel profundo amor á la personificación de una escuela literaria ó de una filosofía determinada...

Esos no volverán,

como dijo el inolvidable Gustavo Becquer.

XVIII

Gustavo Becquer.

¡Becquer! La juventud de hoy no le conoció y le ama mucho. Voy á tratar de contar como era.

Le conocí por el año de 66. Era él entonces censor de novelas. ¡Censor de novelas!

Cargo inventado por gobiernos tontos. Allí donde el novelista hubiera dicho algo que pudiera ofender á la religión ó á las buenas costumbres, el censor lo tachaba, para que la monarquía, Dios y el Gobierno no se diesen por ofendidos.

¡Cómo debía reir de esta tiranía á que un ministro amigo le destinaba, el poeta que no reconocía ni rey ni amo!

Su mundo era el ideal. Amaba, y lo decía en líneas cortas, que durante su vida apenas fueron leídas, y que después de su muerte impuso al público lector Ramón Correa, íntimo amigo del poeta.

Porque en honor de la verdad, ninguno de los que tomábamos café cotidianamente con Becquer, en el *Suizo viejo* (Bernardo Rico, el dibujante Vallejo, Angel Avilés, Inza, Luis Rivera, Robert, etc.), ninguno, repito, creíamos ni podíamos sospechar que al año de muerto nuestro amigo sus versos recorrerían el mundo y él figuraría en la inmortalidad al lado de los melancólicos poetas alemanes.

Era un hombre negro. Moreno hasta la exageración, sombrío hasta la grosería, soñando despierto, viviendo modestísimamente del sueldo de doce mil reales que su amigo González Brabo le dió como censor de los demás, Gustavo Becquer fué durante su vida víctima de la prosa de la existencia.

Vivía en la calle de las Huertas, en un tristísimo cuarto bajo que yo alquilé cuando él lo dejó, y que pareció destinado á engendrar la tristeza en el ánimo de sus habitantes. Allí perdí yo seres queridos, allí pasó él grandes amarguras, allí debió decir:

Dejé la luz á un lado, y en el borde
de la revuelta cama me senté...

Porque el cuarto bajo aquel parecía una cárcel... Su conversación, como su persona, era triste. Todo lo veía bajo un prisma distinto de los demás mortales. En cuanto tenía un puñado de duros, se iba á Toledo ó al monasterio de

Veruela... no vivía á gusto sino en lugares aislados y melancólicos: había algo de trapense en aquel hombre á quien González Brabo admiraba mucho. Pretendía de conservador, sin duda porque el lujo, la fastuosidad de que hacen alarde estos partidos, se acomodaba mejor con su temperamento de artista. Hay pocos hombres que sepan sentir la democracia vestidos de limpio, y Becquer era uno de ellos.

No es un secreto para nadie que el poeta estuvo ciegamente enamorado de una hermosura que no debo nombrar porque existe todavía y tiene ya legal y legítimo dueño. Muy hermosa criatura. Un admirable busto, pero mujer tal vez incapaz de comprender las delicadezas del hombre que quiso vivir para ella. Á él no le importaba; sabía que era ingnorante, vulgar, prosáica.

...pero
es tan hermosa!

exclamaba en sus versos; porque Becquer era esclavo de la forma, artista desde la planta de los pies hasta el cabello.

¿Cómo se explica que después de esta pasión malograda y no comprendida, fuese á caer en las vulgaridades de un matrimonio absurdo? Aun vive su viuda, á la que no he de negar honradez, carácter tranquilo y cualidades de mujer de su casa.

¿Pero era ésta la mujer del poeta?

¡Ah! El poeta no debiera tener nunca mujer: el matrimonio es enemigo mortal de la vida imaginativa; Becquer fué desgraciado en sus pasiones, pero debió serlo aún más en vida doméstica.

Imaginad á un hombre dotado de todas las altas cualidades que constituyen el genio, condenado á vivir con un sér vulgarísimo. Vulgar la novia, vulgar la esposa. ¡Qué tristes destinos! ¿Fué despecho? ¿deseo de contrarrestar aquella ambición y sed de ideal que le devoraba? Lo ignoro. Solo sé que en los últimos días de la enfermedad fuí á ver á mi pobre amigo, y su interior me hizo desear que se muriese pronto. Da placer al ánimo y envidia de la vida matrimonial ese hogar pobre y limpio donde compiten en delicadeza los niños y las flores, la alegría de la felicidad íntima é ignorada... pero la casa descuidada, el cuarto en desorden, la compañera del poeta que no sabe hablaros de nada, el enfermo solo y entregado á la desesperación sorda... ¡oh, qué triste fin, qué horrible martirio para quien nació con alas de águila y debía morir como el último de los seres pedestres!

La luz que en un vaso
ardía en el suelo

iluminaba el moribundo rostro de Becquer la noche en que su alma enamorada dejó la tierra.

La mujer mascullaba un padre nuestro en otro aposento... sentíase en derredor del fementido y solitario lecho como un revoloteo de ángeles invisibles... ¡Hace bien en morir, le dije á un compañero, porque su reino no era de este mundo!

XIX

Balart.—La Dolores.

Una tarde, saliendo de un ensayo en el teatro de la Zarzuela, Rivera, director del *Gil Blas*, me dijo:

—Robert y tú vais á ir á la cárcel el mejor dia, esto es cosa indudable.

—Lo sentiría, respondí.

—Yo también, pero quiero estar prevenido y tener un redactor de reserva.

—Como los picadores.

—Exactamente. Y he encontrado uno, de primer orden.

—¿Quién es?

—Un muchacho murciano que tiene mucho talento; el que firma con el pseudónimo de *Cualquiera* en *La Democracia*.

—¡Ah!

—Dicen que será un escritor satírico de primer orden. Ha pasado once años en el Minis-

terio de Fomento, y le han dejado cesante, según dice la cesantía, por reformas; pero, en realidad, porque se ha negado á tomar parte en las elecciones. No ha querido votar por el candidato del Gobierno; es un hombre de opiniones arraigadas. Es demócrata.

Entonces se llamaban demócratas los que después se han llamado republicanos, porque hasta el nombre de República estaba prohibido, y por eso vino. ¡No hay que prohibir nada!

Recordamos entonces los cuatro compañeros los folletines de *La Democracia*, que habían llamado justamente la atención. Revelábase en ellos un espíritu crítico más adelantado de lo que en aquella época se usaba, y sobre todo, una erudición extraordinaria. Los once años de ministerio los había empleado aquel *Cualquiera* en leer, y leer, y leer, como otros los emplean en fumar, y fumar, y fumar, y si el Estado perdió un funcionario, las letras comenzaban á ganar una gloria.

—Y ¿cómo se llama ese señor *Cualquiera*? preguntó uno de nosotros al director.

—Se llama Federico Balart. Vente mañana al café Suizo por la tarde—me dijo Rivera—porque me ha dado cita allí para traerme su primer artículo. que te llevarás á la imprenta. Es menester publicarlo en seguida.

En efecto, al día siguiente á las tres, hallándonos reunidos tres ó cuatro amigos, vi entrar

en el café y dirigirse á nuestra mesa al hombre nuevo. No se me olvidará nunca aquella primera impresión de su persona, porque fué la única vez que le vi andar de prisa y sin cojear. Era entonces todo un buen mozo, en la fuerza de la vida, porque apenas tenía treinta y cinco años. La tez morena, los ojos muy brillantes, los cabellos largos y sedosos, negros como la mora, le caían sobre los hombres. Una cabeza de moro peinada á la moda romántica. Vestía de negro como ha vestido siempre, y andaba marcialmente, como alemán altivo. Denunciaba un carácter impresionable y vivo y nos pareció á todos hombre de pocas palabras. Entró rápidamente en el café, saludó con cierta ceremonia á Luis Rivera, le tendió un rollo de papel que traía en la mano, y después de cuatro palabras corteses, dichas de pie y aprisa, saludó de nuevo, volvió la espada y le vimos salir á buen paso fumando, con aire satisfecho, su cigarro.

Era víspera de día de número.

—Yo no tengo tiempo de leer esto — me dijo Rivera—Además, los folletines que he leído de este señor y la recomendación de Castelar nos bastan; anda corriendo á la imprenta; por el camino verás si hay algo de particular. ¡Corre!

Salí. Y al leer en un coche las cuartillas de aquel primer artículo de Balart, que era muy gracioso y muy atrevido, me dió miedo por él. La última frase ya no era un chiste, era algo

peor, ó mejor dicho, era de esos chistes que ofenden. Como yo conocía á la persona á quien iba dirigido, que no era hombre de aguantar ancas de nadie, no quise arrostrar la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir. Volví al café, encontré á Rivera ya solo y discutimos la última línea del artículo.

—Esta línea promoverá un duelo — decía yo.

— Hombre, no; peores cosas hemos dicho todos.

—Sí, pero no en forma tan cruda.

—¿Y á nosotros qué? El artículo va firmado, y yo no quiero resentir á un escritor que hable por primera vez en el periódico.

—No importa, borremos esto.

—¿Y si se enoja?

—¿Y si le pegan un tiro?

—O lo pegará él.

—Bueno, pero si se puede evitar...

—Bueno está así.

—Yo, yo soy el secretario de la Redacción y borro esta frase.

—¡Ah! No. Yo soy el director y la dejo.

—Bueno, pues conste que yo he querido evitar...

—No tengas cuidado, que no pasará.

—Pasará.

— ¡Pero hombre, que son las cinco de la tarde!

—¡Allá, ustedes!

Y fuí á la imprenta y di el trabajo.

El periódico salió á la venta á las ocho de la mañana. A las diez, la persona objeto de la broma pesada enviaba sus padrinos al redactor novel. Al dia siguiente, Balart recibió un balazo en el pie que debia impedirle ya siempre andar con aquella gallardía, que era uno de sus atractivos personales. Quien sabe el daño que se puede hacer con una palabra impresa, y á dónde van á herir las balas. ¡Hubiera el adversario de nuestro escritor apuntado un poco más alto, y no celebráramos aquí esta fiesta de las letras!

Meses y meses estuvo en la cama el herido sufriendo operaciones dolorosísimas, y cerca de un año sin poder salir á la calle. Ibamos todos á verle; pero entre todos, yo, que he tenido siempre predilección por los desgraciados, sin duda, porque para mí se escribió el *non ignora malis*. La intimidad entre el herido y el sano se cimentó y fomentó en aquella enfermedad; me complacía en ir al modesto cuartito de la calle del Reloj, y darle conversación y aprender de él muchas cosas, porque sabia mucho, y en calmarle los nervios, porque siempre fué excitable, y se recomía de verse atado al hogar, y llegamos á ser como dos hermanos.

En aquellas intimidades conocí á *Dolores*.

Era la Dolores, á quien me parece estar viendo con su bata roja y la mano apoyada en la ca-

becera de la cama mirándose en su hombre, una esbelta mujer andaluza, sevillana pura, negros los cabellos, peinados hacia atrás, y pidiendo claveles, la color blanca, los ojos negros y vivos, un ligerísimo bozo sobre los rojos labios, alta, bien hecha, el talle breve, los pies como de su tierra, la presencia serrana y el andar garboso. Ese dejo andaluz en que tantos corazones caen, lo tenía sin exageración, pero bastante á cautivar al que la oía, porque, además, le acompañaba la voz, que es uno de los encantos mayores de una mujer bonita. Y á todas estas gracias unió, durante la enfermedad del escritor, una abnegación, un amor tan extraordinario, que no hay palabras con qué describirlo. Dos eternos meses pasó sin desnudarse, mal durmiendo una hora ó dos en un sofá, descuidada, despeinada, olvidada de sí, ella, que era limpia como los chorros del oro, por cuidar á su adorado compañero; y á semejanza de la Reina Católica, que juró, según fama, no desnudarse hasta que se lograse la conquista de Granada, la Dolores juraba y perjuraba que ni se había de cambiar de ropa, ni de acostar, ni de comer á la mesa mientras Balart no estuviese de pie. Probó con esto que las mujeres españolas, á diferencia de las de otros países, que parecen nacidas para fomentar los placeres, han nacido para consolar infortunios. Son á la vez amantes y amigas, esposas y enfermeras, sangre de nuestra sangre,

alma de nuestras almas, y cuando nos ven caidos, entonces es cuando, dándonos aliento y queriéndonos más. Dolores era así, toda la España femenina en una hermosa pieza.

Cuando el escritor volvió á sus tareas literarias, y en brevísimo tiempo alcanzó fama de crítico notable en el *Gil Blas*, en *La Democracia*, en *El Universal*, no ya como *Cualquiera*, sino como Balart, desplegó tal erudición, tal caudal de conocimientos haciendo críticas de teatro y de artes, que su firma adquirió gran autoridad. Escribía como siente, entre duro y expresivo, con una ironía volteriana; le salían las citas y las comparaciones como si leyera de corrido cien libros á la vez, y tenía la manía de la corrección. Se le respetaba mucho.

Al llegar la revolución, los amigos políticos le dieron, como á todos nosotros, un puesto oficial. Fué primero oficial en el Ministerio de Estado, y después subsecretario de la Gobernación. La suerte que nos había unido en el mundo literario nos reunió en el mundo antiliterario, porque más antiliterario que la vida oficial no hay nada.

De aquella época en que Balart fué subsecretario y yo secretario particular del ministro, se pudiera escribir un volumen muy cómico. La política nos era refractaria; Balart, que era esclavo de las letras, padecía horriblemente de tener que leer expedientes y redactar de prisa y

corriendo notas, circulares, oficios, todas capaces de volver tonto al más sabio. Solíamos tener nuestras expansiones por las noches en su despacho, y cuando habíamos pasado un día entre notas de orden público, telegramas, discursos, recomendaciones, y aun asuntos graves de Estado, le decía yo muy desconsolado:

—Pero dime, Federico, á nosotros, ¿qué nos importa de todo esto?

Se hizo gruñón, y le temían los empleados porque el temor de la menor responsabilidad le ponía fuera de sí, y sufría de no poder escribir cosas literarias. Un día le dijo el ministro:

—Hágame usted la petición de un crédito para empapelar los cuartos de los escribientes y porteros.

—¿Te parece?—gritaba el correctísimo escritor.—¿Es esto para hombres de letras?

A esto asoma el ministro y le dice:

—Haga usted eso en estilo levantado.

—¡En estilo levantado para empapelar unos cuartos! decia el subsecretario.

—Espera—le decía yo.—¿Dónde están los cuartos?

—Arriba, en el tercer piso.

—¡Pues por eso pide el estilo levantado!

Epoca relativamente feliz aquélla, vino á interrumpirla lo que llamamos un cambio de cosas. Balart volvió á ser «particular»; escribió con aplauso, siempre en prosa. Un día, memo-

rable en su biografía, el 25 de Junio de 1879, Dolores murió.

Aquella muerte fué como un rayo para Balart. No había pensado nunca que se iba á quedar solo en el mundo. ¡Solo! Dolores era todo para él: mujer, madre, hermana, hija, amiga... Con ella desapareció de nuestra vista también él. ¡Nueve años... nueve años! estuvimos todos sin verle. ¿Qué hizo durante esos nueve años? ¡Rezar!

Cayó, como San Pablo, en la oscuridad de la noche de su alma, oyendo algo como una voz desconocida, que cambió su carácter, su modo de ser, sus ideas, sus puntos de vista... ¡todo! Cayó anonadado, y rezó. El revolucionario se hizo devoto.

Aquella vuelta á Dios, inspirada por el amor de una mujer, impidió que la desesperación hubiera traído con ella la locura, el suicidio, ¡qué sé yo!, algo que hubiera acabado con él para siempre. Los ojos, puestos en el cielo, del amante afligido ha salido un poeta.

Un día, en uno de mis viajes á este Madrid, nido de mis recuerdos, entré al azar en la iglesia de San Ginés, los tiestos de albahaca y de claveles que venden á la puerta; los pobres con las manos tendidas; los monaguillos, con sus trajes colorados, asomando á las rejas; las campanas tocando á Misa de nueve; todo esto, bañado por el sol madrileño, era tan característ-

tico y tan local, que, sin saber cómo, me encontré en la iglesia, y me fuí derecho á la capilla del Cristo, oscura y triste como pocas.

Allí, solo, envuelto en la sombra, había un hombre de rodillas, rezando con tal unción, que no pude por menos de fijarme en él. No solamente rezaba en verdadero éxtasis, sino que, de vez en cuando, besaba humildemente el suelo. Como tenía el pelo blanco y estaba encorvado y me volvía la espalda, no pude figurarme quién era. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando, al levantarse, reconocí en él al amigo de mi alma, al festivo escritor Balart, al crítico irónico y radicalísimo en sus ideas! Evité que me viera; me salí antes de que se fijara en mí; no quise distraerle ni descubrirle, su devoción era muy respetable, porque se adivinaban en ella muchas cosas.

Todo pasa, sólo Dios es eterno, decía Santa Teresa. Poco á poco fué reapareciendo el escritor. Grilo le llevó á *La Ilustración*. *El Imparcial* se apoderó de él sabiendo cuán preciosa era su colaboración, y de pronto, cuando menos se le esperaba el público, aparece su libro *Dolores*, que produce en el país una verdadera explosión de entusiasmo. Un noble andaluz, gran amante de las letras y de las artes, amigo fraternal del autor, ha prestado á la literatura patria el servicio de publicar la obra, y este ilustre protector de los versos es el conde de las Almenas, á

quien cabe gran parte en la gloria de nuestro poeta.

Mas... ¿cómo se reveló poeta y de tan grandes cualidades? Esto es lo único que he debido decir aquí sin cansaros tanto, y el poeta mismo nos lo va á decir, porque, como periodista viejo, no puedo menos de ser indiscreto.

Acaso Bdart lo llevará á mal, pero quiero leer párrafos de una carta íntima suya.

Preguntábale yo, después de leer su libro, cuál había sido la gestación de la obra, porque el estudio, para mí, era curioso.

Y escribía él:

«La gestación del libro fué la siguiente:

Desde mi desgracia hasta el 28 de Octubre de 1879 (cuatro meses), viví como loco, sin darme cuenta de lo que me pasaba.

La noche del 28 al 29 de Octubre, á media noche empezó á llover. Yo estaba desvelado, como de costumbre, y también como de costumbre, sin poder llorar, en fin, ahogándome. El ruido de la lluvia en el silencio de la media noche, me trajo el recuerdo de mi pobre Dolores, dormida en su sepultura, sobre la cual caería el agua con el mismo ritmo monótono que yo estaba oyendo allá en la calle. Aquello me arrancó las primeras lágrimas, y con ellas salieron de rondón, no sé cómo, sin corregirles ni una sílaba, mis primeros versos, que son los que se titulan *Primer lamento*.

Desde aquel día fueron saliendo los demás, casi en el orden que llevan y en las fechas indicadas al pie.

Generalmente los componian de memoria, al volver del cementerio, adonde iba todas las tardes, y aun algunas veces en las altas horas de la noche, cuando no podía ir de día; y así fué el libro haciéndose solo.

Nunca pensé en publicarlos, esta es la verdad; pero en Febrero de 1889 se empeñó Grilo en que apareciesen algunos en *La Ilustración*, que los recibió con los brazos abiertos. ¡Dios se lo pague!

En Noviembre último, mi fraternal amigo, el conde de las Almenas, se empeñó en que los imprimiera y tomando el libro á su cargo, logró vencer mi repugnancia y mis temores. A él se debe la publicación de *Dolores*: ahí tienes lo ocurrido.»

¡Las lágrimas!

A ellas se debe la relación del poeta. Antes no era más que crítico, escritor en prosa. Le conocian los doctos y le celebraban los letrados. Después la nación se ha identificado con su obra porque el poeta ha sentido y llorado, y ha llorado todo el mundo con él. Eso es lo que importa. ¿Quién no ha pasado por esa crisis del llanto, que quiere asomarse á los ojos y se queda en el corazón ahogándole y amargando la vida? Perdemos al padre, á la madre, al hijo adorado,

pasamos esos primeros días que siguen á la muerte en el atontamiento de la sorpresa, en la prisa de los cumplimientos del deber, en ir y venir, y amortajar y rezar y dominar al sentimiento y matar los nervios que nos traen y nos sostienen. Un día, de pronto, el sitio vacío, la prenda abandonada en un cajón de la mesa, una hora de crepúsculo, una música que pasa, un detalle que despierta un mundo de recuerdos, hace saltar el volcán que hervía en el fondo del pecho, y el llanto estalla en raudales de lágrimas, que siempre parecen pocas, y ensanchan el corazón y dan la paz al alma; compréndese entonces qué bienaventurados son los que lloran, y se bendicen las lágrimas que hacen á los malos buenos, á los indiferentes apasionados, á los desdichados sufridos y á los descreídos cristianos».

XX

La batalla de Alcolea.—El 29 de Septiembre.

Ocupado en trabajar de día y en ir á eso que llaman el *mundo* por la noche, no pude seguir día por día los preparativos que se hacían para lo que después se llamó la gloriosa. En aquellos dos años escribí varias comedias y zarzuelas, dos novelas, artículos sin cuento en los periódicos, un tomo de poesías festivas; todo esto iba pasando á ínfimo precio á manos de los editores para que yo pudiera sostener mi casa. Ausentes, desterrados, perseguidos los amigos y jefes, no escribían sino con grandes precauciones. Iba uno siempre seguido por la policía, la casa estaba constantemente vigilada, aquello no era vivir.

De pronto, un día me llamó aparte Ramón Correa en casa de la Condesa de Hijar y me dijo:

—¿Te vienes?

—¿Adónde?

—A Sevilla. Pedro Antonio de Alarcón ya está por allí.

—¿Pues qué pasa?

—Que antes de tres días se da el golpe, es cosa hecha, yo he venido por cuarenta y ocho horas. Adelardo lo tiene todo arreglado, los generales deben estar en camino.

No podría yo ir, gastar en el viaje, dejarle alguno á mi madre, todo esto representaba una cantidad, dinero; ¡yo he ganado dinero siempre y no he tenido dinero nunca!

Correa se marchó y asistió con Alarcón á los grandes sucesos. Cuatro ó cinco días después Eduardo Gasset lanzó la gran noticia, en Madrid se tomaron grandes precauciones, prendieron á infinidad de personas sin motivo, ya no hubo secreto, se conoció el manifiesto de Cádiz; el poeta de las grandes ternuras, había redactado una proclama terrible. ¡Viva España con honra! se decía en ella. Este documento soliviantó á la población de Madrid, supimos todos que dos generales amigos antiguos estaban uno en frente del otro y al frente de tropas hermanas dispuestas á darse batalla. ¡Qué día aquél de Alcolea! ¡Cómo no he de recordar las dos cartas que se cruzaron entre aquéllos dos hombres, mientras Prim y Montpensier y los demás conspirados aguardaban en los barcos de guerra

ya entregados á la Revolución el resultado de la batalla!

Antes de empezar, el general Serrano escribió la carta siguiente: Portador de ella, á caballo, con bandera de paz y seguidos de algunos soldados fué el autor del *Tanto por ciento*. Y la carta decía:

Al general Marqués de Novaliches.

Muy señor mío: (¡Qué sequedad, entre amigos y compañeros de armas tan queridos!)

Muy señor mío: Antes de que una funesta eventualidad haga inevitable la lucha entre dos ejércitos hermanos, antes de que se dispare el primer tiro que seguramente producirá un eco de espanto y de dolor en todos los corazones, me dirijo á usted para descargo de mi conciencia.

Las pasiones están, afortunadamente, contenidas por la absoluta confianza que el país tiene en su victoria, pero al primer conato de resistencia estallarán furiosas y terribles y el primero que lo provoque será responsable ante Dios y ante la historia de la sangre que se derrame.

De usted affmo. amigo
EL DUQUE DE LA TORRE.

Cuartel general de Alcolea.

La respuesta fué inmediata y de tono tan levantado, tal vez más, que el que resulta en la intimación:

Señor Duque de la Torre.

Muy señor mío: En mi poder el escrito que me dirige usted por su enviado D. Adelardo López de Ayala. Profundo es mi dolor al saber que es usted quien se halla al frente del movimiento; y estoy seguro de que en el acto de escribirme y antes de recibir mi contestación, habrá usted adivinado cual había de ser ésta.

El Gobierno de la Reina doña Isabel II me ha confiado el mando de este ejército, que estoy seguro cumplirá con su deber por muy sensible que le sea cruzar las bayonetas con los que ayer eran sus camaradas.

Si, lo que es de todo punto improbable, la suerte no favoreciese este resultado, siempre nos acompañará á estas brillantes tropas y á mí el justo orgullo de no haber procurado la lucha y la historia, severa siempre con los que dan el grito de guerra civil, guardará para nosotros una página gloriosa.

De usted affmo. amigo

q. b. s. m.,

El Marqués de Novaliches.

Cuartel general de Montoro.

Ya no hubo solución, se dio la batalla ante la espectación de España entera y la curiosidad del extranjero. Todos cumplieron con su deber. Aquel general que el 22 de Junio había tomado por asalto el cuartel de San Gil para aniquilar á los que gritaban viva la libertad, en el puente de Alcolea derrumbó el trono secular é hirió de muerte á la monarquía siguiendo el irresistible impulso de los tiempos. El valiente soldado de la Monarquía, aquel Marqués de Novaliches tan respetable en su fidelidad cayó en medio del puente con heridas mortales y gritando: ¡Viva la Reina! Con él cayeron todos, se ganó la batalla, la suerte estaba echada y España entraba en una nueva era.

Y el pueblo empeñado en que no había de suceder así; la idolatría popular es ciega y sorda. Fué Serrano quien ganó la batalla, y en Madrid se improvisó enseguida esa copla de actualidad que surge siempre sin que se sepa nunca quien la ha improvisado.

En calles, plazuelas, casas y cafés se cantó enseguida:

En el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim
y por eso le esperamos
en las calles de Madrid.

¡Pero, señor, si ha sido Serrano! les gritaba Roberto Robert tres días después á los paisanos

armados que bailaban con el fusil y con la pareja á un tiempo.

Y la gente del pueblo contestaba, apuntando: ¡Viva Prim!

Y, es claro, todos contestábamos enseguida que viva!

Quiere esto decir que los delirios populares tienen en todas partes las mismas manifestaciones.

Ocultó el gobierno la noticia de la victoria de Serrano, pero se supo, se tomaron precauciones brutales, pero fueron inútiles. La *gorda* de que hablábamos en la primera conferencia era ya un hecho.

Madrid no reconocía ya autoridad el día 28 por la noche.

—

Amaneció por fin el 29. Un hermoso día de Madrid en Otoño. A las once de la mañana sacáronme de mi casa con grandes voces un puñado de hombres todos gritando ¡*Viva la libertad!* y otro grito que hoy no se puede repetir, porque si aquel día era el que corría por todos los labios, hoy es subversivo; porque aquello tan alto que el día aquél se fué abajo, hoy está arriba, por eso hay que contar estas cosas con cuidado! Pero en fin, una descripción es una descripción, y los hechos son hechos.

¡Abajo! (Esto me lo decían á mí, para que bajara.) ¡Y á la calle todo el mundo! El grupo traía una bandera española; lo componían cajistas de la imprenta de Moliner, vecinos de las calles de las Huertas, Cervantes, y Lope de Vega, gentes del barrio que me conocían y me buscaban para ir á la Puerta del Sol. !Se había ganado la batalla de Alcolea! España era libre, la revolución estaba hecha! Sonaban cohetes por las calles cercanas á la mía. Ya empezaban á entapizar los balcones por la Carrera de San Jerónimo. A cada amigo que uno se encontraba había que darle un abrazo.

Numerosos grupos con banderas acudían por todas las bocacalles al centro de Madrid. Del Suizo Viejo salían los amigos del rincón aquel, Vallejo, Avilés, Inza, Algarra, Palacio, Arturo Soria, Robert, Bernardo Rico, los economistas, los poetas, los músicos. Arrieta vociferaba contando á todos las proezas de Adelardo; los cómicos del Español y de la Zarzuela venían tam-bién en todas direcciones; oficiales y soldados brindaban por el pueblo; el pueblo vitoreaba al ejército; desapareció la policía, se metió en su cuartel la guardia civil y varios hombres del pueblo, sin zapatos ni dos reales en el bolsillo, se constituyeron en guardianes del Banco para que no se cometiera desmán alguno. *¡Pena de muerte al ladrón!*, se veía por todas partes. Y en la calle de Alcalá, en la fachada del ministe-

rio de Hacienda se escribió el cartel aquel al que se le han atribuído no sé cuantos autores. Por cierto que hace poco se ha dicho en algún periódico que lo puso el Sr. Romero Robledo. Esto es falso. Quien lo puso ya se murió, y no hay para qué atribuir ciertas cosas á quien no las ha hecho.

¡Qué espectáculo el de la Puerta del Sol, de las doce de la mañana á las seis de la tarde! No, no es posible describirlo. Llena, absolutamente llena de gente la plaza, en apretado, inmenso haz, pero dejando ancha calle para cada persona de aquellas que habían sido apóstoles de la buena nueva. A Rivero, á Figuerola, á don Antonio Romero Ortiz, á Ruiz Zorrilla, á Eduardo Gasset, al general Ros de Olano, que fué de los primeros que se pusieron en contacto con el pueblo y desde los balcones de Gobernación habló á la multitud y con acento conmovedor gritó ¡viva la libertad!, con lágrimas de emoción en los ojos. Como yo le tenía gran afección, que me conservó hasta su muerte, es una de las figuras que más recuerdo de aquel día, y parece que le estoy viendo, de uniforme, estirándose el levita, erguido y marcial, hablando, por fin, el lenguaje popular, él que dos años antes, en aquel sangriento día de Junio nos había combatido, ¡todos unos! Y antes de que declinara el sol, la Junta revolucionaria estaba constituída.

¡Qué Junta! ¡Qué nombres! Al recordarlos

treinta años después parece esto un sueño. Hay que repetir todos aquellos nombres del Comité revolucionario, que iba a cambiarlo y á derrumbarlo todo, porque algunos los lleva todavía personas que viven y que andan por otros mundos.

Madoz, Rivero, Amable Escalante, Figuerola, Carrascón, Vega de Armijo, Azara, Vicente Rodríguez, Pereda, Sorní, García, Moreno Benítez, Vallejo, Romero Robledo, Vallés, Olózaga, Jiménez, Rojo Arias, Chao, Fernández de las Cuevas, Ortíz de Pinedo, Ramos, Calvo Guaiti Abascal, Merelo, Joarizti, García López, Bernardo García, Canuto Salvador, Morayta, Muñiz Carretero, Ramos Calderón, Carlos Navarro Rodrigo, Carratala, Orense...

A éstos saludó el pueblo al verles elegidos y ya en funciones, presentándose en el balcón. Ya por la tarde comenzaron las manifestaciones populares de entusiasmo. A pie, del brazo de dos amigos, seguido de más de mil personas, llegó Tamberlik cantando y repitiendo *¡Viva la libertad!* Y su voz dominaba la de la multitud.

El actor italiano Rossi, que entonces estaba haciendo furor en Madrid, llegó en un landó descubierto, y de pie en el coche, iba haciendo discursos celebrando la independencia de la gloria de la España moderna. Toda la colonia italiana le seguía. La colonia francesa, con banderas tricolores, bajaba por la calle del Carmen y acudía al centro cantando *La Marsellesa:* las co-

lonias brasileña, argentina y mexicana venían después. Parecía que el mundo entero, en un instante, se ponía de parte de España; era un vértigo, una locura de entusiasmo, y entre tanto la Junta, allá arriba, redactaba un brevísimo manifiesto, que íbamos copiando todos y que el pueblo conoció antes de que lo publicara la *Gaceta*.

«Españoles:

»El pueblo de Madrid acaba de dar el grito »santo de libertad, y el ejército, sin excepción de »un solo hombre, fraterniza en todas partes con »él. El júbilo y la confianza son universales. Una »Junta provisional, salida del seno de la Revo»lución y compuesta de los tres elementos de »ella, acaba de acordar el armamento de la Mi»licia Nacional voluntaria y la elección de la »Junta definitiva.

»Españoles, secundad todos el grito de la que »fué corte de las Españas, y de hoy más será el »santuario de la libertad.»

Corrió como la chispa eléctrica este documento. Recorrió las calles á caballo D. Amable Escalante, muy popular aquel día. Se pasó la noche en fiestas, músicas, banquetes, alegría general. Al día siguiente se abrieron los parques; el pueblo en enormes masas acudió á coger armas; el pueblo reinaba. ¡Viva Prim! Éste era el grito general. El mismo día siguiente se co-

locó la primera piedra de la estatua de Mendizábal. El día 7 de Octubre entró en Madrid el general Prim, y jamás se vió entrada más triunfal ni entusiasmo más delirante. Cuatro días antes había entrado Serrano y dirigido la palabra desde el balcón del Principal. Se decretó como medida urgente la extinción de todas las comunidades religiosas, que están ahí ya de vuelta hace un rato. El día 8 se constituyó el primer Gobierno, presidido por Serrano, y del que fueron ministros de la guerra, Prim; de Fomento, Zorrilla; de Estado, Lorenzana; de Gracia y Justicia, Romero Ortiz; de Marina, Topete; de Gobernación, Sagasta; de Hacienda, Figuerola; de Ultramar, Ayala. Rivero fué nombrado alcalde, y tuvo por concejales, entre otros, á Gasset, á Pirala, y á Albareda. Datos curiosos, sobre todo para recordarlos ahora: uno de los primeros decretos de Guerra fué el que nombraba oficial de la secretaría á D. Marcelo de Azcárraga, y el primer decreto de Lorenzana fué dejando cesante al subsecretario que era el conde de Xiquena, á quien reemplazó D. Juan Valera.

Entretanto aquellos mismos días, es decir, del 29 de Septiembre al 4 de Octubre, Isabel II hacía su manifiesto de protesta en Pau, que no era sino el principio de su abdicación en favor de Don Alfonso, después Alfonso XII, y el Infante Don Juan abdicaba en París en favor de su hijo

Don Carlos. Todo cambiaba, todo entraba en una nueva faz. ¡Oh, novelas de la vida, sorpresas de la suerte, eterna comedia humana! Unidos en un palco del teatro del Chatelet en París, vi una noche á doña Isabel y á Don Carlos, y aquella noche aprendí á no sorprenderme ya en en mi vida de nada. Por eso la reina Isabel me decía una tarde en París con aquella franqueza y aquel dejo tan madrileño suyo, después de haber hablado largo rato de muchas cosas:

—Mira que tú y yo hablando aquí juntos ¡es gordo!

—Ya lo creo que es gordo, señora; ¡y cosas más gordas tenemos que ver todavía!

POSFACIÓN

Á LAS

MEMORIAS ÍNTIMAS

DEL ILUSTRE ESCRITOR

D. EUSEBIO BLASCO

POR EL

DR. NICASIO MARISCAL

I

¿Qué razones hay que excusen, ya que no justifiquen, el que no haya sabido declinar el honor que, más conturbado que satisfecho, he recibido con el encargo de escribir estos renglones que cierran, no encabezan, como mis comitentes deseaban, las por desgracia incompletas páginas de la vida de uno de los hombres de más mérito que ha producido nuestra patria en el siglo XIX?

A mi entender no existe más que una que pueda disculpar mi atrevimiento: yo cerré piadosamente sus ojos que tanto habian visto y observado; en mis brazos amigos exhaló el postrer aliento su pecho generoso; yo recogí con ansiedades de médico y tribulaciones de amigo los últimos latidos de su corazón, de aquel gran corazón que por tantas y tan nobles causas palpitara.

Con ánimo bien inclinado, muchos; con aviesa intención, tal vez, algunos, no busquéis, pues,

discretos lectores de Eusebio Blasco, otro motivo, otra explicación para tal hecho: la consideración expuesta es la única que me ha movido á aceptar esta póstuma colaboración con el amigo ilustre, con el genial literato.

II

Mi conocimiento y amistad con Blasco tuvieron un origen muy poco común.

Por los años setenta y tantos á ochenta del finado siglo XIX, y estando yo en la edad de la adolescencia todavía, mi paternal amigo D. Federico Muntadas, dueño del famoso Monasterio de Piedra, invitó á varios representantes de la prensa nacional y extranjera á la inauguración de unas grandes obras que se acababan de ejecutar en aquella sin igual residencia. Entre otros ilustres periodistas que aceptaron el convite y partieron para las pintorescas orillas del río Piedra figuraba nuestro llorado amigo don Eusebio Blasco, quien, si mal no recuerdo, era uno de los redactores de *El Liberal*, periódico que, por reproducción excisípara, acababa de nacer de su célula madre *El Imparcial*.

Encontrábase á la sazón Blasco en el apogeo de su gloria y de sus prodigiosas facultades de escritor, y ese *esprit gaulois*, que ha sido la ca-

racterística de su ingenio y que no había de tardar ya mucho tiempo en hallar acomodación exacta en las columnas de uno de los primeros periódicos parisienses, estaba entonces en plena floración.

Llegó á Piedra nuestro buen amigo: con espectáculos grandiosos é imponentes vió cosas que se prestaban al empleo de su fina sátira, ya en el viejo edificio, maltrecho y deteriorado, ya en los servicios de fonda, carruajes, etc., y no necesitó más para escribir un artículo, gracioso como todos los suyos, pero del que no salían muy bien libradas las cosas que pudiéramos llamar accesorias del Monasterio de Piedra.

Leerlo yo—que, entonces como ahora, era un idólatra ciego de aquel ameno sitio—, subírseme la sangre á la cabeza y coger la pluma con ánimo de escribir no uno sino varios artículos, refutando lo que Blasco decía de ofensivo, en mi concepto, para mi amado Piedra fué todo uno. En mi carácter serio é ingenuo de adolescente no encajaban bien ciertas bromas que ni entendía ni excusaba, así que mis artículos resultaron un poco fuertes para mi pobre futuro amigo, y no sé cómo me los publicaron en el periódico de Zaragoza donde, por primera vez en mi vida, solicité hospitalidad para un escrito mío. Recuerdo que le decía, entre otras cosas, que desde la primera letra de su artículo hasta la última no había una palabra de verdad, ex-

cepción hecha de cuanto se refería á las naturales maravillas que la tal residencia encierra, porque el negar éstas—añadía—fuera propio de un insensato tan sólo. Le decía, también, que se le conocía poco su origen zaragozano, pues más que nacido en las riberas aragonesas parecía engendrado en las playas andaluzas, porque aunque se escudase, al concluir el artículo que insertaba en el «Entre páginas» de *El Liberal*, con el «no se ofenda nadie por estas alegres expansiones», debía decirle que el buen humor no daba derecho á faltar del modo que él lo hacía á la verdad, gravemente atropellada en sus «Impresiones de Piedra», mucho más cuando á él se le podía decir aquello de: «¿á caballo y gruñes?», y, para terminar, le invitaba á retractarse de todo lo que *con ligera mano* había escrito, en sus «Impresiones», relativo al Monasterio de Piedra, si quería que fuésemos amigos, pues de lo contrario no podría reinar buena armonía entre nosotros.

Llegaron aquellos artículos á manos del ilustre Eusebio Blasco; por su forma y por su fondo debió de comprender que el autor de ellos era un niño y, á mayor abundamiento, aragonés como él; y, en vez de sulfurarse cual yo había hecho, miró el escrito y á su autor con aquella serena filosofía conque él acostumbraba á mirar todas las cosas de este mundo, y comprendiendo la noble y sana intención conque el joven ara-

gonés había enristrado la pluma, no tuvo á menos coger la suya, áurea y gloriosa, y dirigirse á aquel modesto y belicoso joven, diciéndole que tenía razón en lo que decía, que las bellezas de aquel hermoso sitio eran para cantadas por un Virgilio, no para descritas por un gacetillero, pero que el oficio imponía á veces duros deberes, aparte de que el gusto del público, obligaba á escribir en ese tono satírico y jocoso que tan mal me había sentado porque rara vez el vulgo transigía con lo serio, y que, después de todo, Aragón y su Monasterio de Piedra ganaban más con la forma en que él había tratado de aquella joya, que si se hubiera ocupado de ella en tono más grave y solemne, pues entonces hubieran leído el artículo de *El Liberal* media docena de personas y así estaba seguro de que lo habían leído cuantos tuvieron aquel número á su alcance.

Cedió—¿cómo no?—con tan alto honor mi enojo y le contesté pidiéndole mil perdones por las frases algo fuertes que en mis artículos le dedicara, y de este modo tan inusitado dieron principio nuestras relasiones amistosas, hace de esto la friolera de unos veintitantos años.

III

Nada volvió á saber el glorioso escritor de su nuevo amigo en mucho tiempo. Él, marchó á París á refrescar, con nuevas y más frondosas ramas, el laurel que sombreaba su radiosa frente. Yo, terminados mis estudios y tras el breve paréntesis de una ausencia de pocos años, volví á Madrid á sentar en él mis lares y trabajar en la oscura é ingrata labor de abrirme un camino á través de los egoismos, rivalidades, suspicacias, indiferencias y miserias de que está llena esta

.... selva selvaggia ed aspra e forte
Che nel pensier rinnuova la paura [1]

y que forman las grandes sociedades modernas. Pero llegó un día en que, vuelto el expatriado voluntario á la madre patria, sintió con más vehemencia que nunca el santo amor de la tierra

natal y, queriendo reunir en familiar ágàpe á todos los hijos del noble solar aragonés, organizó aquella inolvidable «Fiesta de la jota», de la que fué lástima que no supiéramos sacar lazos de fraternidad más sólidos y permanentes que unieran para lo sucesivo á todos los naturales del antiguo reino que, por nuestro bien ó nuestro mal, nos vemos obligados á residir en esta coronada y hospitalaria villa.

En la susodicha fiesta hicieron el gasto, como suele decirse, tres egregios periodistas, de los cuales, por desgracia, ya sólo vive uno: Luis Royo, Mariano de Cávia y Eusebio Blasco. El pobre Royo que, demasiado querido de los dioses, tan poco había de vivir, cantó la jota, sino con voz, con entonación digna de su tocayo el Royo del Arrabal. Cávia, la bailó, como pudiera hacerlo un mozo bien «plantao» de Ateca ó Calatayud. Blasco se prodigó por todas partes, diciendo á este una gracia, saludando á aquel en el más pintoresco lenguaje de la tierra, prometiendo á todos que en años sucesivos aquella fiesta habia de ser un acontecimiento europeo, leyendo unos versos admirables, titulados *La Jota* y escritos expresamente para esta apoteosis de ella, que provocaron en todos el mayor entusiasmo y cogiendo, por último, un enorme roscón, que habían enviado de no recuerdo qué pueblo de la provincia de Zaragoza, dividiéndole en pequeños trozos y repartiendo éstos, de uno

en uno, entre todos los comensales, aparentando una unción verdaderamente religiosa. Con su hermosa calva, sus largos bucles más plateados ya que castaños, que era su color primitivo, y con aquella cara de filósofo griego ó de Jesucristo entrado en años que le caracterizaba, parecía Blasco en aquel momento el pontífice máximo de la antigua Celtiberia que, ante el altar de Indíbil y Mandonio (?)—para ver nada que se pareciera á una ara en las mesas del Restaurant Inglés había que tener su poquito de buena voluntad—, distribuía el pan bendito de la tierra nativa á todos aquellos hijos de Bílbilis, Salduba, Turiaso, Osca, etc., en la solemne eucaristía de una patriótica función.

Excitado por varios amigos de los que me rodeaban, también yo hice algo *notable* aquella noche. Me subí encima de una silla y dije unas cuantas tonterías sobre el *leib-motiv* del amor á la patria chica, de lo grande que fué esta patria pequeña en otros tiempos, de lo valientes que somos los aragoneses, etc., etc. Aun no había bajado de la improvisada tribuna y ya se me había acercado el buen Eusebio, quien, con un fraternal abrazo, me felicitó calurosamente, por la novedad sin duda de los conceptos que habían sido el tema de mi discurso. Cuando le dije quién era y le hablé de nuestro antiguo conocimiento—hecho que, mal que pese á mi amor propio, he de confesar que tardó mucho en acu-

dir á su memoria—su contento no tuvo límites. Me hizo toda clase de ofrecimientos y me dijo que si se quedaba en Madrid, como era muy probable, no dejara de ir por su casa con frecuencia.

IV

Esta vida tan atareada de la Corte, por un lado; desgracias de mi casa y familia que, como no afectan más que á mí sólo y no tienen relación alguna con la amistad de Blasco y mía, huelga el referir aquí, por otro lado, y algo, también, de esta indiferencia que me es propia para las relaciones y las visitas, hicieron que echara en olvido el encargo de Blasco y que transcurrieran cuatro ó cinco años sin volverle á ver ni presentarme en su casa. A raíz de la publicación de un libro mío, que tuvo alguna resonancia en la prensa política y profesional, me tropecé con él en la librería de mi buen amigo y cliente don Pedro Vindel. Apenas cambiado un breve saludo entre nosotros me habló Blasco de mi libro, diciéndome que lo había hojeado en casa de un amigo suyo que lo poseía y que de lo poco que leyó en él dedujo que le era tan necesario como el pan, por lo que me rogaba que no dejara de mandarle al instante, la «Higiene de la

Inteligencia»—que éste era el libro en cuestión—y que él, en cambio, me mandaría todas sus obras, amén de alguna otra, que le habían dedicado los médicos franceses durante su estancia en París, que me había de agradar: cosa que hizo en seguida, no imitando á otro paisano de ambos, ilustre también como nuestro gran escritor, aunque haya llegado á la celebridad por otros derroteros, el que habiéndome hecho idéntico ofrecimiento por igual motivo, me mandó, cuando al cabo de algún tiempo le recordé que la mitad del trato, ó sea la remisión de sus libros, estaba por cumplir, la más cara de sus obras. . pero acompañada de la factura para que la abonase en el acto.

Mi libro en poder suyo y leída buena parte de él, supo una tarde que se me esperaba en la librería de Vindel por haber pasado á casa de éste á ver un niño suyo que se hallaba enfermo y aguardó mi regreso tan sólo para decirme que al día siguiente, domingo, sin excusa ni pretexto de ninguna clase me esperaba en su casa, donde—fueron sus palabras—tenía que curarle á él y á Mariana, su esposa, su idolatrada esposa.

V

Fiel á mi palabra, me presenté al día siguiente en casa del insigne escritor y á la hora que él me había indicado, que era la en que, con asistencia de buen golpe de amigos y compañeros, celebraba uno de sus clásicos domingos.

Eran éstos unas verdaderas fiestas artísticas donde se cantaba y casi siempre por notabilidades líricas, se recitaba, se discutía de todo y sobre todo, se daban las primeras y más auténticas noticias del drama, la comedia ó la zarzuela que ensayaban en tal ó cual teatro, del acontecimiento político que se avecinaba, de lo que se decia en los círculos y salones acerca de este ó el otro suceso ocurrido entre personas de viso, etc., etc., terminando tan agradables reuniones, que solian prolongarse hasta las primeras horas de la mañana, pues Blasco, sino era «gran madrugador y amigo de la caza», como dice Cervantes de Don Quijote, era muy trasnochador y

amigo de la charla, con el obligado obsequio á los venturosos concurrentes á ellas, por parte de la amable familia de nuestro generoso anfitrión, de un delicado y confortativo refrigerio para los estómagos exhaustos ya en aquellas altas horas de la noche, compuesto generalmente de té, pastas, dulces, cerveza, etc., todo de lo mejor y con esplendidez verdaderamente aristocrática.

Uno de los mayores encantos de esas veladas era la conversación de Blasco. Aparte de sus oportunidades, sus ocurrencias, sus gracias, sus pintorescas definiciones, sus buenas palabras sobre cuantos asuntos surgían en las conversaciones que se entablaban, cosas todas que hacían de él el primer *causeur* de los ingenios españoles, sus grandes viajes, el mucho tiempo que había vivido en el extranjero, sus relaciones personales y por escrito con las primeras figuras de Europa y América, pues contaba entre sus corresponsales emperadores, reyes, presidentes de república, pretendientes á varias coronas, grandes ministros, ilustres artistas, eximios literatos, sabios dotados de la más profunda ciencia, etc., etc., suministraban á su conversación un caudal de conocimientos tal y tan vario, que se le oía horas enteras sin experimentar la menor fatiga, como se lee un libro ameno é instructivo.

De su esposa, de sus hijos no debo decir nada:

retratados quedan en sus versos inmortales, y lo único que creo oportuno consignar por cuenta mía acerca de ellos es que, en cuanto dice Blasco de los suyos, no hay pasión ni exageración alguna, son tal cual él tantas veces los ha descrito, predominando en esta grata y cariñosa familia la nota simpática y loable de un amor inmenso de unos á otros, que se irradiaba á sus amigos y á los que Blasco presentaba en su casa como tales.

Debido á esto, sin duda, fuí recibido en ella como un amigo antiguo: todos me conocían, todos sabían lo poco de notable que yo había hecho en este mundo, y todos me consideraron desde el primer instante como el paisano y el amigo á quien se le habla, se le trata y se le consulta con la mayor intimidad, con el más cordial afecto.

Tan amable recibimiento por parte de esta familia y el empeño de Blasco de que «había de encargarme de su cabeza» hicieron que repitiera mis visitas bastante á menudo, si bien en las consultas que con este último motivo celebrábamos sólo nos ocupábamos un poco de los achaques de su cerebro y, en cambio, lo hacíamos un mucho de infinidad de asuntos que él se complacía en poner sobre el tapete, ya con el fin de que emitiese sobre ellos mi opinión, á la que aparentaba, por lo menos, conceder suma importancia, ya con el de que le diera cuenta de

mis observaciones ó estudios en ciertas materias que él no había hecho más que desflorar en en el curso de su afanosa vida.

Con frecuencia, á poco de llegar yo los domingos á su cuarto de la calle de Cervantes, y apenas por mí cumplidos los más elementales deberes de cortesía cerca de su señora é hijas, y cambiado breve saludo con algunos de los asiduos asistentes á sus tertulias, me cogía del brazo y llevaba á un despacho contiguo á las habitaciones donde recibía, y allí *tete á tete*, hablábamos de todo, de lo humano y de lo divino, de lo temporal y de lo eterno, aunque por indicación y ruego suyos más veces me tocaba actuar de interpelado que no de interpelante, pues desde la primera noche que crucé los umbrales de aquella casa tuve en mi amigo Blasco un oyente tan benévolo y atento que, cuando, merced á sus instancias, una y otra vez repetidas, y con el único objeto de dilucidar cuestiones planteadas por él hacia uso de la palabra, no sólo me escuchaba sin perder una sílaba de mi relato, sino que imponía silencio á su alrededor para que con nuevas excitaciones mentales no distrajesen su fatigado cerebro.

Esto no era debido—y holgaba del todo que hiciera aquí aclaración semejante—á méritos de mi palabra é ingenio, que en nada descuellan de los de los demás, sino á la simpatía conque miraba á un hijo de su tierra que se había

presentado á él de tan singular modo, que decía las cosas según las sentía, pues la vida cortesana no ha podido modificar todavía mi rústica franqueza é ingénita sinceridad, y á quien Dios, en la adjudicación fortuita ó premeditada de las facultades del espíritu, tuvo la ocurrencia de dotar de un poquito más de memoria que á otros muchos, merced de la que no debo ni puedo envanecerme porque sabido es que la memoria es el patrimonio de los tontos.

VI

Unas noches me rogaba que le refiriese cosas de la tierra. Aunque ausente de ella hace muchos años, debido á mi buen padre, que es un cuentista aragonés de primer orden, con toda la gracia y la sal en grano que los chistes aragoneses necesitan, tenía un rico repertorio de anécdotas y sucedidos del país, que el ingenioso Blasco aprovechaba muchas veces para sus más celebrados cuentos baturros. Y no era yo solo en referir hechos y dichos de Aragón. También mi buen amigo podía formar una original floresta con los casos y cosas, buenas palabras, felices ocurrencias, profundos pensamientos, etcétera, etc., que sabía, y que tenían por protagonistas honorables baturros de las tres provincias hermanas: de Zaragoza, Huesca y Teruel. Para probarme el buen sentido y la sana filosofía que marcan con un sello especial el carácter y modo de ser de nuestros paisanos, hasta en los más zafios y de menos cultura, me refirió

más de una vez que, preguntando su padre al torrero ó cultivador de una finca que poseían en las cercanías de Zaragoza lo que opinaba acerca de la improvisada fortuna de uno de sus convecinos, le contestó con esta frase digna de un Cicerón ó un Séneca: «No he visto nunca que crezca el río con agua clara». Alabando lo profundo de este pensamiento, que parecía dictado por una persona muy versada en ciencias morales, le dije yo que podía hacer pareja con él lo que un clérigo aragonés, de misa y olla, decía á los habitantes del villorrio de cuya cura de almas estaba encargado, refiriéndose al verdadero valor de los sufragios para salvar las almas de los que no se hayan hecho acreedores á ello con sus buenas obras en el mundo, y es que: «Nadie sube al cielo con escalera ajena»; y que, aunque á gran distancia, también podía ir tras los referidos dichos la explicación físico-fisiológica que daba otro baturro á varios amigos suyos que, rodeando al factor, telegrafista, etc., de una estación ferroviaria en el momento en que transmitía un parte á la inmediata, se maravillaban de que, moviendo aquel *rabico* alrededor del *redoncho*, hablara el aparato en la otra estación de modo que le pudiesen entender; explicación que fué la siguiente: «No sé como no caís en la cuenta; esto es lo mesmo—y valga la comparanza—que cuando cogís á un perro por el rabico y le pegáis un buen tirón:

vosotros tiráis del rabo y el perro ¿por dónde chilla?, ¿por el rabo?, no, por la boca; pues igualico es lo que pasa a qui: este siñor tira del rabico y, como este estrumento es pal caso un perro muy largo, la boca, que está en la otra estación, es la que chilla y les entera allí de que está aquí este siñor tirando del rabico y de lo que quié icir» ¿Habría en este símil algo de una intuición grosera, sí, pero intuición al fin, de lo que es la corriente y la transmisión nerviosa, de lo que son las acciones reflejas—impresiones transformadas en acciones, como las llamó Rouget—con su excitación inicial de un nervio sensitivo—tirón en la cola del perro—, excitación de un centro nervioso intermedio ó centro de reflexión—bulbo del perro—,excitación de uno ó varios nervios motores y movimientos reflejos que la acompañan—el laríngeo y el recurrente del perro, y la contracción ó tensión de sus cuerdas vocales?

Gustaron mucho á mi gran amigo Eusebio tanto la reflexión ascética del buen cura aragonés como la explicación científica del Morse de Calatorao, y como en su entusiasmo por nuestro país no desperdiciaba ocasión de prodigarle algún elogio, me dijo:—Crea usted, querido Mariscal, que ésa—la nuestra—es una raza única en el mundo y á la que no le hace falta más que mejores maestros de escuela, para ser un poco más ilustrada, y entonces me río yo de la su-

perioridad de los anglo-sajones. Allí, allí está el plantel que ha de mejorar la familia española; de allí ha de venir la verdadera regeneración de nuestra patria.

Era tal el amor que profesaba á nuestra tierra natal y á todos sus hijos, que siempre encontraba argumentos conque disculpar las mayores atrocidades que cometieran y modo de presentarlas bajo una fase que hiciera resaltar alguna buena circunstancia ó, cuando menos, alguna cualidad que, si mala en el fondo, revelase algo de heróico ó de inusitado. Comentábamos una noche, con hondo dolor de parte mía por los lazos de parentesco y estrecha amistad que con el muerto me ligaban, el bárbaro asesinato—impune todavía—de mi desgraciado primo Jacobo Jaime, barón de Llumes, ocurrido, por aquellos días, al regresar, de noche y á caballo, á la posesión que le servía de residencia habitual, junto al célebre Monasterio de Piedra; y una aristócrata aragonesa, que solía frecuentar las reuniones de Blasco, exclamó al oir los pormenores de tan horrible crimen, dirigiéndose á los dos:—Hay que confesar, señores, que nuestros paisanos son muy animales. ¿Qué quiso oir Blasco?—No, señora—dijo—; en todas partes ocurren esas cosas, y, precisamente, en Aragón las hacen así, con más valor, con más nobleza. —¿Valor? ¿nobleza?—dije yo.—¿Llama usted valor y nobleza á esperar á un infeliz en mitad del

camino y dispararle por detrás un trabucazo tan bestial que sólo en el corazón le metieron siete proyectiles?—Pues ahí verá usted; eso se llama serenidad y buen pulso y ojo certero; y, volviendo á mi dicho ¿qué encuentra usted de traidor ni de cruel en ello? Era su enemigo, lo odiaba á muerte, pues un tiro en mitad del corazón; nada de ensañamiento, ni de puñaladitas aquí y cuchilladitas allí, como hacen en Madrid y en otras partes. ¿Hay que quitarlo de en medio? Pues á quitarlo, y alli termina todo.—Vaya, amigo Blasco, cuando se trata de defender á nuestros paisanos hay que dejarle á usted. Estoy viendo que si siguiéramos discutiendo, hasta iba usted á proponer que se diera al cobarde asesino el primer premio de tiro ó que se le nombrara campeón de España..., sólo por ser aragonés.

VII

Otras noches discurríamos sobre asuntos históricos, en los que me hacía el honor de creerme algo versado; y quizá hayan quedado en su cartera los esbozos de más de cuatro composiciones dramáticas basadas en relatos que yo le hacía, tomados ó aprendidos, muchos de ellos, en las memorias de ilustres personajes extranjeros, á cuya lectura soy bastante dado por lo mucho que en ellas se profundiza en lo que respecta al conocimiento del ente moral humano, asunto que me ha interesado siempre sobremanera.

En una de estas ocasiones gozó lo imposible con la aventura ocurrida á Federico Guillermo I, rey de Prusia y padre de Federico el Grande, aventura que tuvo por origen su empeño en casar á los gigantescos granaderos de su guardia, reclutados á peso de oro ó por medios menos lícitos en las diferentes naciones de Europa, con

las mozas más altas y robustas de sus estados, quieras que no quieras.

Hablábame, Blasco, de lo mucho que le había llamado la atención ver las altas estaturas que alcanzaban los prusianos, sobre todo los de las cercanías de Berlín, y diciéndole yo que esa era una raza artificial creada por Federico Guillermo I de Prusia gracias á la manía que le dió de tener los granaderos más altos del mundo y á la idea que tuvo, con el fin de disponer de un buen plantel de ellos y no necesitar ir buscándolos por toda Europa, de crear una casta especial de hombres grandes casando, como ya he dicho, sus granaderos con las mejores mozas de su reino y países adyacentes, añadí que no siempre se había salido con la suya y que una tosca aldeana sajona le jugó, en cierta ocasión, una partida á propósito para servir de asunto al más gracioso pasillo cómico.

A instancias de mi interlocutor, le referí el caso en estos ó parecidos términos.

El procedimiento que el buen Federico Guillermo I empleaba para verificar dichos matrimonios era bien sencillo: primeramente ordenó en sus estados una requisición general de todas aquellas muchachas que fueran aptas para hacer *pendant* con sus granaderos. A medida que los oficiales encargados de esta especie de remonta le traían jóvenes de las dimensiones apetecidas, las casaba por riguroso é invariable

orden numérico con el granadero que les correspondía. Llevaba casados así trece de sus guardias; el número catorce esperaba su costilla, cuando cierta mañana, desde el balcón de su palacio á que estaba asomado, vió pasar por la carretera de Sajonia, á horcajadas sobre magnífica yegua mecklemburguesa, una campesina tan grande y fuerte que á Federico Guillermo le dió el corazón un brinco en el pecho, de alegría, y bajó corriendo al encuentro de la que ya en su mente destinaba al número catorce de sus patagones.

—¿Dónde vas, buena moza?—preguntó á la joven.

—A Dresde, señor, para servir á V. M.

—Pues bien, sí, quiero que me sirvas. ¿Eres casada?

—Todavía no, señor; pero por San Miguel espero casarme, si Dios quiere, con mi primo Fritz.

—Aguarda un poco. Para ir á Dresde tienes que pasar por Potsdam. Voy á escribir una carta para su gobernador, el coronel Bredow, y se la entregarás al paso.

Entró el rey en su palacio, saliendo al poco tiempo con una carta, lacrada y sellada con las armas de los Brandeburgo.

—Toma—dijo á la joven y, al par que la carta, le dió un florín por la molestia.—El coronel Bredow te dará, además, un escudo.

Tomó carta y florín la campesina y volvió á emprender el galope, muy contenta, en un principio, con verse honrada con semejante misión por parte de tan alto personaje. Pero á poco empezó á sentir, sin saber por qué, una extraña inquietud relacionada con el raro encargo que del rey de Prusia había recibido. Como buena campesina, su ingénita malicia adivinó en él algo que atentaba contra su felicidad y la de su querido primo Federico. Daba vueltas y más vueltas, en sus manos, á la real carta, y cada vez se inclinaba menos á ser la portadora personal de ella. Llegó, en esto, al castillo de Potsdam; detuvo su montura para reflexionar todavía algunos instantes más y, en tanto que deliberaba, acertó á pasar una vieja mendiga con las alforjas al hombro y apoyándose en recia cayada. Verla y formar su plan, fué todo uno. Llamóla y le dijo si quería ganarse un florín y después un escudo. Miróla con desconfianza la vieja; pero, cuando le advirtió que todo consistía en entregar una carta al gobernador de Potsdam, y vió en sus manos la carta y el florín, se encaminó hacia la puerta del castillo, en tanto que la despierta sajona emprendía otra vez el galope, espoleando ahora con sus talones á la noble mecklemburguesa para huir más de prisa.

Entregó la pordiosera la carta del rey al coronel Bredow, quien inmediatamente se puso á leerla con las mayores muestras de respeto.

Concluída la lectura miró á la vieja, no sin cierto asombro, y preguntóle:

—¿Qué edad tiene usted, buena mujer?

—Sesenta años cumplidos—respondió la vieja.

—Ya no abrigará usted la pretensión de tener hijos.

—Búrlese su señoría lo que quiera, Sr. Gobernador; pero si en mis verdes años hubiese querido oir á todos los buenos mozos de mi país...—Y creyendo que había acabado su misión, cogió el palo y las alforjas é hizo ademán de retirarse.

—Poco á poco—dijo el coronel;—no se ha terminado aún la ceremonia.—Tocó la campanilla de su mesa de despacho, acudió el sargento de guardia y le ordenó que fuera á buscar al número catorce. Volvió á los pocos instantes el sargento, acompañado de un soberbio granadero cogido en un villorrio de Moravia.

—Ve á buscar ahora al capellán, y dile que venga preparado para ejercer su ministerio.

Un momento después entraba en la habitación del Gobernador el pastor del regimiento con su biblia bajo el brazo y en traje de oficiante. El coronel dijo entonces al granadero:

—Te vas á casar con esta mujer.

—Está bien, mi coronel. ¿De diario?

—De diario, hombre, para que no haya tanta diferencia entre tu vestido y el de la *señora*. Capellán—añadió el coronel Bredow,—case usted

á este granadero, con esta mujer. El sargento y yo serviremos de testigos.

Quiso protestar la vieja, al oir esto; pero el Gobernador la obligó á callar diciéndole:

—Nadie le pide á usted su opinión.

Celebrado el matrimonio, se acercó el joven esposo respetuosamente á su coronel y le dijo:

—Perdón, mi coronel; ¿cómo es que me he casado con esta bruja?

—Por orden de S. M.

Y, tomando el real despacho, leyó con grave entonación lo que sigue:

—Sr. Coronel Bredow. Al recibo de la presente llamará usted á su presencia al número catorce de la primera compañía y le casará incontinenti con la dadora de ésta. Dios guarde á usted, etc.—La carta no hablaba nada del escudo prometido. Rasgo que pinta la avaricia del padre de Federico el Grande.

Al oir la vieja el contenido de la carta del Rey, dijo riéndose:

—La joven á quien S. M. se refería en ese despacho. galopa á más y mejor por la carretera de Dresde. Pero consuélate, pobre joven, que esta bruja, como tú has dicho, te devuelve la libertad.

Cuando Federico Guillermo supo, más tarde, la comedia de enredo que, sin querer, había esbozado, se incomodó mucho y hasta tuvo la intención de declarar la guerra al rey de Sajonia, reclamando aquella nueva y fugitiva Elena que

había tenido la habilidad de escapar de sus redes casamenteras; pero vino la reflexión al poco tiempo y se limitó á declarar nulos los votos y juramentos de fidelidad del pobre granadero hacia la encantadora esposa que la voluntad real le había deparado.

Concluído mi relato, tomó Blasco sobre el terreno algunas notas del gracioso episodio y, haciendo que lo refiriera otra vez en el salón á nuestros contertulios, anunció que sobre ese asunto iba á escribir una comedia ó zarzuela que haría desternillarse de risa al público. Yo le indiqué que podía titularla *La megalantropogenomanía ó El déspota burlado por una zafia* ó *La tema del papá de Sans-Souci*, comedia de enredo escrita en colaboración con S. M. el rey de Prusia D. Federico Guillermo I.

Esto sucedía un mes antes de contraer Blasco la enfermedad que le llevó al sepulcro.

VIII

Fué motivo, también, de nuestras conversaciones reanudado en tres ó cuatro veladas sucesivas, un español, un aragonés de hace veinte siglos, pero en quien el crítico nacional que lo estudie con algún detenimiento encontrará cosas y rasgos que vemos todos los días en los más genuinos representantes de nuestra actual cultura literaria. Me refiero con esto al poeta bilbilitano Marco Valerio Marcial.

Me habló una noche, mi llorado amigo, de sus deseos de pasar una temporada en Calatayud, junto á las márgenes del Jalón, del ingrato Jalón que nace en Castilla y riega Aragón, según el dicho vulgar; y en broma, le dije yo que una empresa digna de un poeta aragonés moderno era ver si descubría el sepulcro de Marcial.

Al oir este nombre se apresuró á decirme:
—Hombre, es poeta éste con el que, además del de ser nacidos en la misma tierra, creo tener algunos puntos de contacto.

—En efecto— le contesté—, se parecen ustedes en muchas cosas: primero y principalmente, en su amor al patrio suelo. He visto pocos poetas que tanto se ocupen en sus producciones de los lugares en que nacieron y junto á los cuales trascurrieron los venturosos días de su primera edad, como Marcial y como usted. En su libro *Corazonadas* tiene usted una composición, que si mal no recuerdo se titula *Nostalgia*, que parece escrita, no en París y por un poeta moderno, sino en la Roma antigua y por el gran poeta latino; así como algunas producciones de éste, pudiera usted suscribirlas, cambiando los nombres antiguos por los modernos. Tal sucede, por ejemplo, con las que dedica al personaje celtíbero Liciniano, que abandona definitivamente Roma por el país; á Lucio y Manio, paisanos nuestros también; á Juvenal, á su esposa Marcela, etcétera. La terminación de *Nostalgia* no parece sino una libre traducción del pensamiento fundamental del epigrama dedicado al célebre satírico latino. Habla en él, Marcial, de los placeres del campo anejos al grato cultivo de la tierra, y dice para concluir:

Sic me vivere, sic juvat perire (3);

y usted, termina su sentida poesía, que es un canto de amor y de eterno recuerdo á la tierra natal, exclamando:

«¡Señor, tú que adivinas lo que ambiciona el alma:
»por premio á los afanes con que al azar viví,
»morir déjame un día labrando en paz y en calma,
»humilde y olvidado, la tierra en que nací!»

¿Se quiere una comunidad de pensamientos más perfecta?

Se parecen ustedes, también, en que los dos marcharon á lejanos paises en busca de mejor fortuna; allí, alcanzaron más gloria que provecho, y la *querencia* de la patria les ha traido á morir en ella; y siguen ustedes siendo semejantes por su fecundidad literaria, por su gracia y buen humor, por la ingenuidad y lealtad de su carácter, por...

—Sí, sí, en todo eso nos parecemos—me interrumpió Blasco—; pero convendrá usted conmigo, amigo Mariscal, en que soy un escritor más decente y menos mordaz que nuestro antiguo paisano.

—Sobre esto—respondí yo á mi vez—, se ha exagerado mucho, se le ha vituperado en demasia sin tener en cuenta los tiempos en que Marcial vivió; sus usos y costumbres, tan diferentes de los nuestros; el que, en muchas cosas, la moral de entonces no consistía en lo que ahora entendemos por tal; que es muy difícil que un hombre, por mucho genio que tenga, prescinda del todo, en su vida y pensamientos, del medio social que le rodea; que Marcial, por su miserable situación, podia menos que cualquier

otro desentenderse de los usos y sobreponerse á los prejuicios de aquella sociedad que, mal que bien, le alimentaba y le vestía; y, por último, que no hay ningún poeta de la antigüedad de quien se haya conservado lo que de él y, tanto por el género de sus escritos como por la inmensa cantidad de ellos, podemos conocerlo en lo bueno y en lo malo mejor que á otros muchos, de quienes si se tuviera lo que se tiene de Marcial formaríamos otro concepto distinto que el que nos merecen. No podía ser malo un hombre que dice en el primer libro de sus epigramas, en la epístola al lector con que los encabeza, que «lo último que quiere que se alabe en él es el ingenio», y que más adelante confiesa que «si sus versos son libres su vida es irreprochable» (4) Y por lo que respecta á la licencia que reina en sus epigramas, nos ha conservado Marcial, nada menos que del emperador Augusto, seis versos en una de sus composiciones (5) que, en lo obscenos y en lo claros, dan quince y raya á los más desenvueltos de Marcial.

—¡Cómo ha estudiado usted, doctor, á nuestro compatriota de hace dos mil años! ¡Y cuánto me gustaría que me dijera todo lo que sabe acerca de él!—me indicó entonces Blasco.

—Sí, lo he estudiado; lo he estudiado con amor: no en balde procedo de tierra de Calatayud, soy bilbilitano como él. Epigrama por epigrama, he leído todas sus obras y visto mucho de lo que

los críticos nacionales y extranjeros dicen de Marcial. He recorrido, con sus conceptos y anhelos patrióticos en la mente y sus versos latinos llenos de nombres celtíberos en los labios, los montes y las riberas, los valles y las colinas que él cita en sus catorce libros, y me he bañado, como él, en las frías y rápidas aguas del Causso y en las más templadas del Salo, y he cazado en los viñedos que hoy cubren las desnudas lomas donde arraigaban en tiempos sus pobladas selvas de Boberca, y he saboreado las deliciosas frutas de Botrodo y de Platea, y visitado con religioso recogimiento el Vadaverón, sagrado hoy como ayer, y bebido el agua incomparable de la caudalosa fuente de Dircenna, junto á la cual nací.

—¿Pero sería esa fuente la famosa de Bijuesca de que tanto habla Mariana?—me preguntó Blasco.

—La misma ó, por lo menos, yo tal pienso; tal me complazco en creer; me hago la ilusión de que debía de ser esa, de que no podía ser otra, pues en sus versos, Marcial, no sólo habla de Bílbilis y lo que le rodea, sino que se deleita enumerando todo lo que encierra de curioso su amada Celtiberia y, desde el Tago, el de las arenas de oro, hasta el nevado Cauno, no deja nada de notable por citar (6).

—Desde chico—me dijo entonces Blasco—no he vuelto á leer seriamente nada de Marcial.

fuera de alguno de esos epigramas, modelos en su género, que los autores modernos, principalmente los franceses, se complacen, unas veces en traducir y otras en imitar ó acomodar á su lengua y gusto; tal como sucede, verbigracia, con el de La Harpe contra un mal abogado y con el de Voltaire sobre Leandro, el amante de Hero, calcados casi al pie de la letra sobre otros dos epigramas (7) de Marcial, que yo traduje cuando estudiaba humanidades y que le podría á usted recitar, ahora mismo, en latín y en francés. En aquella época sí que lo estudié, todo lo que un muchacho puede estudiarlo, y nos sabíamos de memoria su vida y sus aventuras, porque el buen padre que me enseñó el latín en Zaragoza tenía un verdadero culto por su paisano, mucho más que creo que era de Munébrega ó de Terrer—antes *Monóbriga* y *Terrere*, según él decía—casi suburbios de la antigua Bílbilis. De lo que entonces aprendí recuerdo que, el pobre Marco Valerio, era una especie de mendigo genial que, soñando con su patria, recorría las suntuosas calles de la soberbia Roma en busca de un hueso que roer ó un pingajo con que cubrir sus carnes

—¡Pobre Marcial! —respondile; —en el fondo es verdad todo eso. Nuestro mísero compatriota, cual hacen hoy los jóvenes de provincia que se sienten con inteligencia y voluntad bastantes para abrirse paso en esta villa y corte de Ma-

drid, dejó su pueblo á los veintiún años de edad, por la capital de la nación y del mundo, que olvidado tiene usted la que era entonces, y en ella penetró como gota de agua que cae en el Océano, pues si en la capital de un estado tan pequeño cual es hoy el nuestro, la competencia y la lucha por la vida en las distintas clases sociales son todavía muy grandes ¿qué no sucedería en Roma, cabeza del orbe y donde confluían todas las fuerzas vivas de aquel dilatadísimo imperio? No nos ha quedado más que el nombre de los que vencieron en esa lucha homérica que tuvieron que sostener para conseguir el triunfo y aun de éstos no conocemos todos, pues el tiempo se ha encargado de hacer la última selección, devorando muchos nombres aún de entre los vencedores; pero á juzgar por el gran número de millones de habitantes que llegó á contar aquel vasto imperio los que, á semejanza del joven celtíbero, acudirian á la capital en busca de fortuna debían de llamarse legión.

Marcial no encontró á su llegada, como Lucano, por ejemplo, parientes ricos y encumbrados que se encargaran de protegerle y de allanarle el camino, y tuvo que hacerlo todo á fuerza de ingenio, sin más armas que su osadía y su talento. La poesía producía entonces, poco más ó menos, lo que ha venido produciendo hasta hace muy pocos años, y digo hasta hace muy pocos años porque hoy han cambiado las

circunstancias y los poetas, principalmente los dramáticos, van convirtiendo su antes solo honorífica profesión en una especie de industria lucrativa, y como no se ha oído nunca que las musas frecuenten el trato de Mercurio, dios de los comerciantes y de los ladrones, de ahí que las producciones de muchos de los vates que ahora disfrutamos, ó mejor dicho padecemos, miren más bien al *industrioso* Hermes que no á las inspiradas deidades Melpómene ó Talía, estén menos orientadas hacia el arte elevado y sublime que no hacia el trimestre vil y rastrero.

Agotados, pues, los pocos recursos que, con una esmerada educación literaria, constituían todo el capital que los buenos campesinos bilbilitanos, padres de nuestro poeta, le pudieron entregar al darle, en la que había de ser eterna despedida, los últimos besos y abrazos, se halló Marcial solo en aquella ciudad babilónica, desconocido de todos y sin un protector que pudiera socorrerle en tan críticas circunstancias. Por fortuna su facilidad en versificar y la sal y pimienta de sus epigramas, debieron de llamar pronto la atención de los romanos hacia él, mas como no le vieron rodeado de los prestigios que dan el nacimiento ó la fortuna, se limitaron, el uno, á hacerle esperar, como su patrono, con la espórtula en la mano, la mísera ración que entre sus clientes distribuía; el otro, á regalarle, cuando el Soracta empezaba á lanzar sobre la ciudad

de Rómulo las primeras escarchas, una toga de lana en buen uso, que él celebraba en versos inmortales (8) como si aquel abrigo de desecho fuera el manto de púrpura en que se envolvían los emperadores.

Cuando, ya más famoso, lo ocurrente y vivo de su ingenio le abrieron las puertas de los triclinios de aquellos opulentos señores, fué para sazonar con sus chistes los delicados manjares venidos exprofeso del Africa ó del Asia para el dichoso anfitrión. Concluído el banquete, y ebrios casi todos los comensales, pasaba Marcial á la mesa de los esclavos á apaciguar un hambre aguijoneado con la vista de tantos suculentos platos como habían desfilado ante sus ojos.

—De cuán poco le servían sus excesivas adulaciones á Nerón—me objetó Blasco al llegar aquí.

—¡Excesivas adulaciones! Esto han dicho algunos críticos casquivanos que no consideran más que el hecho escueto, sin tener en cuenta otras muchas circunstancias que se deben examinar antes de pronunciarse en ningún sentido. ¡Que adulaba al emperador! ¿Quién no le adulaba entonces? ¿Qué de extraño tiene que Marcial, un pobre poeta muerto de hambre y de frío, tratase de llamar la atención de Domiciano—que éste era y no Nerón el emperador á quien Marcial dedicó algunos epigramas—con frases ingeniosas, inspiradas en los cumplidos que era cos-

tumbre emplear al dirigirse al César, para que éste se dignara arrojarle algunas migajas sobrantes de su opípara mesa, si el Senado en masa, compuesto de lo más noble y rico del imperio, de hartos no de hambrientos, descendía con este mismo emperador y con otros tan malvados como él, con Tiberio, Calígula y Nerón, á las más bajas y denigrantes humillaciones? A quien deshonran estas adulaciones no es á Marcial, pues ya lo dijo Franklin «es difícil que un saco vacío se tenga de pie» (9), sino á Domiciano: á Domiciano que, viéndose ensalzado un día y otro día por las pocas cosas buenas que se podían contar de él — porque hay que fijarse en que Marcial no elogia en Domiciano sino lo honesto y loable; para sus actos viles ó crueles no tiene una palabra de alabanza — se limitaba á conceder al poeta sublime, cuyos versos iban á trasmitir á las generaciones más remotas los hechos dignos de un monarca que ejecutaba el hermano de Tito, en pago de tan señalada merced, honores y derechos que, en las especiales circunstancias en que el pobre Marcial se hallaba, casi parecían una burla, ó le regalaba una casucha en el campo tan ruinosa y desmantelada que ni tejas tenía que preservasen de la lluvia á sus moradores.

—En fin, menos mal que era solo y sin familia que sostener y, teniendo como tenía plato, vestido y espectáculos gratis—pues, si mal no

recuerdo, no debía perder ni una fiesta del circo, á juzgar por los muchos versos que á estos juegos consagra—ya tenía todas sus necesidades cubiertas y saliéndole por una friolera, como ahora decimos—indicó entonces mi amigo Blasco.

¡Por una friolera! ¿Usted sabe lo que él tenía que trabajar para conseguir todo esto? Levantarse con el día; ir, lleno de frío, mal vestido, peor calzado, calle arriba, calle abajo; lloviendo, nevando; hasta la cabeza de lodo, unas veces, cegado por el polvo que el cierzo levantaba, otras, en busca del pan de cada día. Esperar horas y más horas en glacial antesala el despertar del patrono, para luego dirigirle sus cumplidos á través de los cuales tenía que aparecer siempre un ingenio y un buen humor que no eran aquellas las mejores circunstancias para engendrar. Escribir, improvisar á voluntad de sus patronos, con pie, con asunto impuesto por el que mezquinamente retribuía su trabajo, sin ser dueño de elegir ni la ocasión, ni el instante, ni el motivo de sus producciones intelectuales, siendo un á modo de condenado á inspiraciones forzadas por toda la vida... ¡Inspiraciones forzadas! Usted, amigo Blasco, no debe de saber lo que es esto, qué suma de trabajo, cuánto esfuerzo mental supone el producir así, por poco que sea. En lo que sí tiene usted razón es en lo de los espectáculos: sin duda

en aquella época ya debían de ser nuestros compatriotas muy amigos de presenciar las luchas de los hombres con los animales, y Marcial, como buen español, era aficionadísimo á los juegos del circo. Yo no sé cuántas composiciones poéticas dedica á Carpóforo y sus triunfos en las luchas que con las fieras sostenía. Hasta le dice en una de ellas que ha superado á Hércules en sus hazañas (10). A otro gladiador, Hermes, le consagra una especie de letanía: «Hermes es tal cosa, Hermes es tal otra, Hermes es lo de más allá» (11), exclama, repitiendo por énfasis su nombre en todos los versos. Estos Carpóforo y Hermes debían de ser los Lagartijo y Frascuelo de entonces.

—Y Marcial el Lope de aquellos tiempos, porque su fama debió de ser inmensa—afirmó Blasco.

—Sí; fué, como él mismo dice, el poeta favorito de Roma, el

Toto notus in orbe Martialis
Argutis Epigrammaton libellis

esto es «el Marcial conocido de todo el mundo por sus agudos epigramas (12).» Sus versos los sabían de memoria todos los ciudadanos romanos, lo mismo los que vivían en la gran urbe metrópoli de aquel estado descomunal, que los que habitaban las más lejanas provincias del imperio. Los leía el centurión, acampado sobre

el duro y helado suelo de la Germania, y el rico negociante de Gades ó Alejandría; el grave senador, que descansaba de las fatigas de la ciudad en su preciosa villa de la Campania, y la austera matrona, rodeada de sus afanosas esclavas en el *oecus* corintio de su palacio.

Y se comprende un éxito semejante: los versos de Marcial eran el espejo en que se reflejaba la sociedad romana de aquella época, con todos sus vicios, con sus malas costumbres, pues ya lo decía el poeta, que no eran las suyas sino las de los otros las que él describía (13), con todas sus cómicas y, á veces, ridículas debilidades. Las anécdotas picantes, las historias secretas y más ó menos fidedignas, las buenas ocurrencias de éste ó aquél, la crónica escandalosa de adulterios y liviandades de todo género, hallaban sitio en sus libros, refiriéndolos, con gracia y brevedad inimitables, en un par de versos agudos é intencionados.

—Según eso, los epigramas de Marcial son una especie de enciclopedia social de la época de los Césares, y no es el menor mérito de nuestro paisano haber sabido poner en verso cosas tan desemejantes y poco poéticas—me objetó Blasco.

—¿Enciclopedia? Vaya si es una enciclopedia la obra de Marcial. ¿Quiere usted creer que hasta la historia de la medicina le debería grandes descubrimientos, si hubiera muchos médicos ilustrados que, á imitación de lo que han hecho

en estos últimos tiempos los doctores Meniére, Daremberg, Rosenbaun y Dupouy, tomaran á su cargo el desentrañar tantas cosas relacionadas con las ciencias biológicas como contienen sus eruditos versos? Y eso que Marcial debia de tener una gran inquina á los médicos, pues no hay insulto ni desvergüenza que no les diga, metiéndose, cuando el colega á quien elige como blanco de sus tiros es invulnerable, con su mujer ó sus hijas, si tienen algún lado flaco. Pero dejando á un lado estas venganzas que nuestro poeta tomaba de los personajes, grandes ó chicos, que le daban motivo de enojo, es lo cierto que en sus epigramas he encontrado cosas muy interesantes desde el punto de vista de mi profesión, como son, entre otras muchas que sería pesado enumerar, el conocimiento que indica de la sintomatología y el tratamiento de la histeria, de la génesis y etiología de la famosa fiebre hemitritea ó hemitritaica de Galeno y de la pedagra y la quiragra y, por último, las claras alusiones que en varios pasajes de sus obras hace á una enfermedad que sino era la sifilis tenía con ella muchos puntos de contacto. Díganlo sino aquellos versos que usted comprenderá sin necesidad de que los traslade á nuestro idioma del honesto latin en que están escritos:

Mentula quum doleat puero; tibi, Naevole, culus:
Non sum divinus, sed scio quid facias (14).

Vea usted, por lo tanto, si existen motivos para asegurar que sus versos son una enciclopedia del siglo I, y cuantos y cuan variados conocimientos atesoraba nuestro pobre Marcial.

—Y, sin embargo, se moría de hambre—advirtió Blasco.

—Se moría de hambre; lo cual indica que en todos los tiempos el mérito á secas no es bastante para que gaste coche el que lo posee, y que también en Roma se hubiera acostado sin cenar Cervantes la noche que terminó su obra maestra y el esclavo de Camoens habría tenido que pedir limosna para que su indigente amo no pereciese de inanición.

—Tengo idea,—me dijo entonces Blasco,—de que Marcial salió al fin de aquella miserable situación casándose con una rica heredera aquí en España... ¿como pasó eso? Cuéntemelo usted, cuéntemelo usted.

—Es quizá el episodio más interesante y delicado de la vida de Marcial, episodio del que el verdadero protagonista no es Marcial sino la que fué luego su esposa: una mujer noble y magnánima como solo las cría el hermoso país que riegan el Ebro, el Jalón, el Huerva, el Gállego... (15). En una de esas noches que he descrito á usted y en la que el sin ventura Marco Valerio hacía las delicias de los comensales y parásitos de un viejo anticuario tan rico en dinero y en preciosidades de todas clases

como avaro y mezquino en sus obsequios, y el cual, según la bonita frase de Marcial, le hacía beber en la copa del viejo Priamo un vino mas nuevo que su nieto Astianacte (16); noche en la que, como suele ahora decirse, se excedió Marcial á sí mismo en lo ocurrente, en lo oportuno, en lo agudo, en la facilidad en improvisar y en hallar siempre para el asunto más trivial, de las muchas insulseces que le proponían, frases ingeniosas y felices pensamientos conque presentarlo; en esa noche memorable de la vida del poeta y digna de eterno recuerdo para todos sus admiradores, principalmente para nosotros los aragoneses, pues por ella volvió á integrarse á la tierra originaria el «polvo animado», como dice nuestro paisano Zapata, de que se formara su ser material y que del «fértil suelo» patrio había recibido, entre las grandes damas romanas que le escuchaban embebecidas se encontraba una noble y rica joven celtibera que había ido á pasar una temporada en Roma, la cual, ardia en deseos de oir y conocer á su célebre paisano, y cuyos ojos arrasaron varias veces las lágrimas durante esta larga velada, apreciando el mérito extraordinario del infortunado genio y viendo por su traje, por su aspecto y por lo que de él exigían, y que él se apresuraba á ejecutar, la profunda miseria en que había caído el poseedor de tan nobles cualidades y ricos talentos.

Terminó el suplicio á que sometían unos y otros el ingenio de Marcial; retiróse éste á su miserable tugurio, cuyo desvencijado mueblaje se complace en describir en sus epigramas, añadiendo que lo único que tenía de valor en tan pobre casa eran los volúmenes que encerraban las obras de sus escritores favoritos; pasó una noche más en brazos de la negra miseria; á la mañana siguiente llamaba á sus puertas la fortuna presentándosele bajo la forma de aquella hermosa celtíbera que la noche anterior no separaba la vista de él, alma grande y generosa que había comprendido todo el mérito, todo el sacrificio de su desgraciado compatriota y que, mitad por compasión mitad por la admiración que le inspiraba el poeta, sentía nacer en su alma un amor santo y sublime que iba á poner á los pies del genial mendigo con su mano, sus encantos y sus riquezas.

Marcial, creía que soñaba; pero cuando, después de oir aquella voz melodiosa que sonaba en sus oídos como el acento sobrenatural y compasivo de misteriosa deidad, vió avanzar á Marcela en actitud suplicante, con sus grandes ojos negros bañados por el llanto y, ya más serena, sentarse en el claudicante sitial que Marcial ocupaba, único que el poeta pudo ofrecerla, para decirle que su miseria había acabado ya, que de hoy más no tendría que pensar sino en ser feiz y en escribir epigramas cómo y cuándo qui-

siera, que las hermosas quintas y los espléndidos jardines que ella poseía en las riberas del Jalón le verían pronto amo y señor de todo ello, su alegría no tuvo límites, aceptó la mano y la fortuna de Marcela, dejó aquella soberbia Roma donde tanto había sufrido y porfiado, y partió para Bílbilis, la ciudad donde había nacido y en la que, gracias á la encantadora y noble Marcela, iba á esperar tranquilo y satisfecho el instante en que la madre Naturaleza le reclamase su postrer tributo.

—¡Oh, bendita sea mil veces esa Marcela incomparable que redimió de la miseria á nuestro poeta insigne y le trajo á la amada patria para que los átomos de que se formaba su cuerpo, se mezclaran con la tierra natal! Quien sabe si en el organismo de usted ó en el mío habrá alguna partícula que haya pertenecido al cuerpo de Marcial—exclamó visiblemente emocionado Blasco. Y añadió después:—También yo vine á España de países extranjeros con mi Marcela, quiero decir con mi Mariana; pero yo no torné rico, sino tan pobre ó más que salí del patrio suelo, lleno de grandes proyectos y nobles ilusiones. Y diga usted—siguió diciendo—¿en la estatua, que supongo habrán erigido en Calatayud á su poeta Marcial, no hay algo que recuerde el proceder sublime de Marcela?

—Ya conoce usted á nuestros paisanos: no son de los que se entusiasman facilmente, ni de

los que se apresuran á honrar á los hijos ilustres de su país. Usted mismo se me ha lamentado muchas veces de esta indiferencia y apatía de nuestros, á pesar de ello, queridos conterráneos, por los genios que han brotado de su suelo. Y sinó ¿cuánto tiempo ha sido necesario que transcurra para que caigan nuestros paisanos en la cuenta de que la epopeya de los sitios y el mártir de su deber en la noble causa de la defensa de los fueros merecen un monumento que conmemore tanto heroismo en el primer caso, tanta abnegación en el segundo? Y esto no quiere decir que sea yo partidario de los fueros ni para nuestro país ni para ninguna otra región de España. Soy de opinión, como ya he dicho en otra parte, que no debe haber más que una ley para cada pueblo, de igual modo que opino, también, que no debe tener cada nación sino un idioma; pero no obsta el que así piense para que *mutatis mutandis* crea que se debe honrar á los que en circunstancias dadas han hecho el sacrificio de su vida por lo que ellos creían, y entonces era, una causa noble y legítima. Mas, en fin, aunque tarde, ya se hallan en camino de ejecución uno y otro monumento; pero ¿dónde están las estatuas del marqués de Villena, Servet, Zurita, Antonio Agustín, Antonio Pérez, los Argensolas, el venerable Palafox, Gracián, Luzán, Goya, Príncipe y tantos otros hombres ilustres como ha producido nuestra

tierra? D. Jaime I el *Conquistador*, el monarca más grande de la Edad Media; D. Alfonso V el *Magnánimo*, el principal impulsor del Renacimiento y uno de los reyes más sabios y heroicos que han existido, reclaman también las estatuas que, para perpetuar sus altos méritos, han debido elevarles los aragoneses. D. Fernando el Católico, al que los castellanos con un desconocimiento completo de la verdad y de la historia se empeñan en colocar por debajo de su esposa doña Isabel I, y el que, no obstante esa manera de pensar de los suyos, un escritor político castellano, D. Diego de Saavedra Fajardo, ofrece en sus *Empresas políticas* á la consideración del príncipe D. Baltasar Carlos, á quien éstas van dirigidas, como el modelo que ha tratado de diseñar en los ciento dos capítulos de que constan, cual «una planta de él—del príncipe político cristiano—, ó un espejo donde se represente como se representa en el menor la mayor ciudad», espera todavía de sus paisanos el desagravio á la estatua de la Castellana, aunque nosotros, más serios y justos, debemos pensar, no en erigir una sencilla efigie á nuestro antiguo soberano, sino en alzar un soberbio monumento que pregone los altos hechos de los Reyes Católicos, pues á nadie se le ocurre separar en el homenaje lo que la historia, la realidad, la costumbre y la obra común de ambos ilustres monarcas, que es la reconstitución de

la nacionalidad española, tienen unido para siempre de un modo indisoluble.

Y menos mal que no nos ha dado á los aragoneses por levantar, como han hecho en otras partes, y en el sitio que debiera reservarse para las de los hombres verdaderamente ilustres, las efigies de los corifeos de la política contemporánea, las de los Cánovas, Sagastas, Elduayen y otros *anergos* por el estilo, en lo que respecta al engrandecimiento y prosperidad de la patria, que nada les debe desgraciadamente, y es más bien su acreedora, cuando no la víctima de sus desaciertos; engrandecimiento y prosperidad de la patria, morales y materiales, que es lo único que debiera perpetuarse en mármoles y bronces, no los chismes de vecindad de esta política menuda que aquí se ha venido practicando y, lo que es peor, que no lleva camino de interrumpirse en mucho tiempo todavía.

Sobre esto de las estatuas alzadas á troche y moche, y casi siempre encumbrando en ellas más á los que menos altos están en la escala del verdadero merito, he pensado muchas veces en que si un viajero desconocedor de nuestra historia emprendiera un paseo por las calles y plazas de la capital á media noche, como el Don Cleofás de nuestro Vélez de Guevara, pero sin el acompañamiento del avisado Diablo Cojuelo y, por consiguiente, sin nadie que pudiera con-

testar á sus preguntas, y llegando al pie de cada estatua de las que se alzan en Madrid reparara en las de Cervantes, Lope, Murillo, etc., y luego alzando mucho su vista, se fijara en la de Cánovas, por ejemplo . . .

—Ya sé á donde va usted á parar, querido Doctor—dijo interrumpiéndome Blasco—; creería que el hombre más grande de todos ellos era este último, á quien saludaría como el Cisneros, el Richelieu, el Cavour ó el Bismarck de nuestro país y tiempo; á Cervantes lo tendría por un tenor de zarzuela y á Lope por el dómine Lucas, porque ¿cómo había de caber en su cabeza que el primero había sido tan sólo el jefe de un partido de gobierno, sin más títulos para la posteridad, pues por los literarios no es de suponer que le hubieran alzado tanto sobre su ciclópeo pedestal, y que los otros dos eran unos pobrecitos saludados en todo el mundo con los nombres de *Príncipe* y *Fénix de los ingenios*, *Monstruo de la naturaleza*, etc., etc.?

—Ha completado usted mi pensamiento, amigo Blasco. ¿Y qué diremos de las estatuas de los reyes? Pensar en que los dos monarcas peores de la casa de Austria—porque el nieto del primero é hijo del segundo ya no fué ni rey ni hombre, sino una sombra de ambas cosas—tienen sendas estatuas ecuestres, y que no la tiene el Rey Católico, ni el gran emperador Carlos V, ni el buen rey Carlos III, ni el valeroso

príncipe D. Juan de Austria, á quien yo, poniéndole por modelo á nuestros jóvenes, le alzaría una gran estatua, llamándole, á imitación de lo que hacían en Roma con algunos césares, el *Príncipe de la juventud española*, saca de quicio á cualquiera que discurra como entre seres razonables se debe.

—Buena idea, amigo Mariscal, buena idea esa de la estatua é inscripción del gallardo D. Juan de Austria; de tópicos asi necesitamos y no la echaré en saco roto, porque ese personaje, prescindiendo de por ser el protagonista de «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros», me es sumamente simpático por sus cualidades personales, tan españolas, tan de su siglo. ¡Poder de la educación! Cualquiera dice que nuestro gran D. Juan era hijo de dos tudescos. Más parece hijo de su ayo el buen Luis Quijada... Y volviendo al origen de toda esta amena é interesante conversación sobre las estatuas, que es lástima que no se escriba y de la cual algo he de decir yo al público, Dios mediante: me voy temiendo que los de Calatayud no hayan caído en que es deber suyo erigir una buena estatua á su glorioso y viejo poeta.

—Y no les injuria usted, querido amigo, con esa suposición: en Calatayud no hay estatua de Marcial. Sólo me parece que hay una plaza, y no de las principales, que lleva su nombre.

—Pues es necesario animarles á que la erijan, y á que den el encargo á un Querol ó un Benlliure, indicándoles que más que estatua sea un grupo de Marcial y Marcela, pues tan merecida tiene la estatua el uno como la otra. Ya verá usted el partido que saben sacar cualquiera de estos dos escultores de esa poética leyenda del amor y la abnegación, verdaderamente sobrehumanos, que inspiró á la noble y hermosa joven celtíbera el ya machucho y no muy bien trajeado vate. ¿Y se sabe que lugar ocupaba Bílbilis? ¿Era el mismo en que está situado ahora Calatayud?

—No, no era el mismo que ocupa hoy Calatayud; pero la famosa Bílbilis Augusta estaba situada en su término municipal, en un cerro llamado Bámbola, que dista tres kilómetros próximamente de dicha ciudad. Ya lo expresa Marcial en dos de sus epigramas: *altam Bilbilim*, la elevada Bílbilis (17), y en otro lugar y refiriéndose á sus paisanos dice de ellos que son nacidos *Bilbilis acri monti*, en el áspero cerro de Bílbilis (18); lo que excluye la idea de que pudiera estar en la parte que hoy ocupa Calatayud, que si de algo peca es precisamente de estar demasiado bajo y expuesto, por lo tanto, á inundaciones y á que quizá el mejor día, si fuerzan las aguas el famoso *Azud sagrado*, como creo que le llama el vulgo, desaparezca del mapa, como á poco sucede por los días del Corpus de

1878, en que me encontraba yo dentro de su agradable recinto.

¿Y se ven ruinas? ¿Han hecho alguna escavación?—siguió preguntándome Blasco.

—Se nota la dirección que llevaban las antiguas murallas, y algunos restos de la población celtibero-latina. Respecto á escavaciones, no sé más sino que el conde de Guimerá, según refiere el docto D. Juan Agustín Cean-Bermúdez en el «Sumario de las antigüedades romanas que hay en España», encontró entre las ruinas barros saguntinos marcados con los sellos de los artífices, lo cual indica que hizo alguna escavación y que ésta no fué infructuosa.

—Pues nada, nada—exclamó con el mayor entusiasmo Blasco al llegar á este punto de nuestro coloquio—, es preciso que vayamos allí en cuanto dispongamos de unos miles de pesetas, y va usted á ver las escavaciones que hacemos y lo que vamos á descubrir en las ruinas de Bilbilis. ¿Quién sabe? puede que tropecemos con la tumba de Marcial y de Marcela; porque, por brutos que fueran nuestros paisanos de hace veinte siglos, no los irían á enterrar como á unos perros. Nos bañaremos en el Jalón, imitando á nuestro viejo poeta y aunque me cueste un reuma el chapuzonazo; beberemos agua de esa fuente de... vamos de Bijuesca, como dice Mariana, y subiremos en medio devota medio pa-

gana romería al... ¿cómo le llamaba usted? Al Vada...

—El Vadaverón—dije yo.

—Eso es, al Vadaverón sagrado... Hombre, qué bonito título para una zarzuela de gran espectáculo: *¡El sagrado Vadaverón!* Para descansar de nuestros trabajos arqueológicos la he de hacer cuando vayamos á Calatayud. Ya verá usted, ya verá usted: Aragón en tiempo de la dominación romana; templos por aquí, procesiones por allá; un sacrificio de cien toros blancos y un morueco negro; bailarinas de Gades y flautistas de Tiro; Marcial, Liciniano, Trajano Marcela, Juvenal, Manio, Lucio..., por personajes principales; vestales, sacerdotes, legionarios, eméritos, pretorianos, gladiadores, etc. Algún cristiano ó cristiana nuevos que no quieren adorar á los dioses. El césar ó él procónsul que se emperran en que han de sacrificar hasta en los altares del dios Priapo; Marcela y Marcial que interceden... Ya verá usted, ya verá usted.

Que así era aquel genio único en nuestros tiempos, el nieto legítimo de Lope, como le llamó Mariano de Cávia; con una imaginación y una fantasía creadoras tan grandes y tan inverosímilmente rápidas para concebir y producir que en el momento trazaba el plan de la obra más genial, abarcando con su prodigioso talento el conjunto de una época ó de un acontecimiento

histórico con sólo cuatro palabras que se le apuntasen.

Me he extendido más de lo que tenía intención, y quizá de lo que debiera, en reproducir, con muchos de sus pormenores, las dos ó tres veladas que consagramos Blasco y yo á nuestro común paisano el glorioso escritor Marco Valerio Marcial; y digo que me he extendido más de lo que debiera, porque esto que mi pobre amigo y yo encontrábamos tan interesante, es muy posible que no interese á nadie en la actnalidad y que, fuera de algún aragonés de tierra de Calatayud, amante de las glorias de su país, de los que ya hemos visto que no hay gran número, ó de algún iluso por el estilo de los interlocutores de la calle de Cervantes, almas soñadoras que ansiosas de más vida que la limitada del hombre y de la generación á que pertenecen se complacen en abismarse de cuando en cuando en las profundidades de la *charmante antiquité*, como dijo Voltaire, para desvanecer tan impenetrables tinieblas con la luz de su fantasía y hacerse la ilusión de que ven y oyen á todas aquellas sombras augustas que llenaron en pasados siglos con sus nobles figuras el escenario del mundo, y de que alternan y conviven con ellos, cosa que—entre paréntesis—sino colma la gaveta de dinero, extasia el alma de los que así son y les proporciona exquisitos goces y más que humanas emociones, no haya otros lectores para estas pá-

ginas que, en mal hora, me he comprometido á sumar á las precedentes de mi querido amigo Eusebio Blasco.

Demos aquí, pues, un corte á las muchas cosas que por decir nos quedan acerca de las tres inolvidables noches que pasamos haciendo, sino la novena, como dijo Cávia de cosa parecida, el triduo en honor de nuestro glorioso antepasado, el gran poeta latino; y consagremos las páginas en blanco que veo todavía sobre la mesa, en espera de que mi pluma las emborrone, á referir otras conversaciones y nuevas circunstancias de la interesante vida de mi buen amigo, que por ser testigo de las unas y partícipe de las otras puedo hacerlo en las obligadas condiciones de la más perfecta autenticidad.

IX

Hablábamos cierto día, Blasco y yo, de las manifestaciones que estuvieron en boga hace unos cuantos años y que lanzaban á los cuatro vientos cardinales de la publicidad los redentores ó regeneradores que entonces nos salieron, y en el curso de la conversación hube de hacer á Blasco la siguiente pregunta:—¿Qué opina usted de eso que por ahí dicen, referente á que es necesario, para que volvamos á ser grandes otra vez, cerrar el sepulcro del Cid con tres ó cuatro buenas cerraduras inglesas ó candados de abecedario?

—Pues empezaré diciendo á usted, amigo doctor—me contestó Blasco—, que sería lo único que supieran hacer bien cosas inglesas en nuestra pobre España: echar dos vueltas de llave á nuestro antiguo valor, al genio nacional, y seguiré diciéndole que de cuantas tonterías he oído por ahí en estos últimos meses ésa es la que mayor me ha parecido. ¿Qué tiene que ver

el pobre Cid con nuestras desgracias y decadencia? Si precisamente hemos caído por olvidar lo que fuimos, por haber, sino perdido, puesto en desuso la bizarría, el vigor de nuestros antepasados. ¡Vaya un modo de regenerarnos! Es lo mismo que si en una familia que empezara á malearse, y á raiz de algún tropezón en que hubieran estado á punto de ir al palo ó á presidio por toda la vida, hubiese uno de ellos que dijera á los demás:—Vaya, señores, es preciso regenerarnos; desde hoy hay que cambiar de vida y de costumbres, y como primera providencia hay que empezar por olvidar que somos descendientes de personas dignas y honradas; hagámonos la cuenta de que no ha habido en nuestra familia nunca más que pillos... ¡Bonita regeneración iba á ser entonces la suya! ¿No está usted conforme conmigo, amigo Mariscal?

—Conforme de toda conformidad. Por algo hay en nuestra rica lengua aquel hermoso refrán que dice: «nobleza obliga.» Si en mi concepto ese es el principal papel de la historia, el ponernos delante el espejo de las gloriosas acciones de nuestros antepasados, para que no desmerezcamos de ellos y seamos dignos de llamarnos sus hijos. Y tan es esto cierto que, lo de la nobleza de las razas, no obedece á otra cosa. En una familia oscura, el recuerdo no pasa en sus menguados anales más arriba del abuelo ó

el bisabuelo; el espejo es pequeño, el ejemplo tiene que ser, por consiguiente, pequeño también. En una familia ilustre, la historia se apodera de ella, y nos muestra como fueron sus antepasados en una y otra generación, en un siglo y otro siglo; el espejo es, por lo tanto, muy grande; el ejemplo no tiene más remedio que ser mayor. ¿Qué ocurre con las familias reales? ¿No es asombroso que cualesquiera que sean los defectos y hasta los vicios de algunos de sus individuos, cuando llegan críticas circunstancias ó trágicos acontecimientos todos saben estar á la altura de su puesto, de la historia, casi siempre gloriosa, de su linaje, demostrando un ánimo y unas virtudes que jamás hubiéramos sospechado en ellos, tomando un aire de soberana majestad enfrente de los más graves sucesos que contrasta con la abyección en que los veíamos caídos, sabiendo, en fin, morir si es que no supieron reinar, como dice con sublime elocuencia Víctor Hugo?

Creo, por consiguiente, en la bondad de la historia. El hombre que, según Shakespeare, «es un sér que mira para adelante y para atrás», tiene la mitad de su existencia en el pasado y la otra mitad en el porvenir: el presente es un momento tan fugaz que casi puede decirse que no existe. Grande, hermoso es lo moderno; pero hay que pensar en que si al acervo común del progreso en cada uno de los conocimientos hu-

manos se le dejase sólo lo actual, quitándole lo que poco á poco han ido sedimentando en él los siglos, no serían enormes montañas cual són en la actualidad, sino montoncitos parecidos á los que forman las hormigas en derredor de sus viviendas. No seamos, de ningún modo, misoneistas; la ley del progreso es ley de vida; el que no marcha delante de él y á su mismo paso, no tiene ni aun el recurso de quedar estacionado en una sección del camino, es arrollado por la terrible avalancha de la civilización; pero tampoco seamos *misarqueistas*—y perdóneme usted la novedad del vocablo. Renegar del pasado es como renegar de nuestros padres; de ellos nos vienen la sangre, los nervios, la vida, el sér, en una palabra; sin pasado no existiría el presente, no habría ciencia ni progreso alguno.

—Muy bien, muy bien, querido Doctor; sus palabras son el eco de lo que yo pienso; estamos tan compenetrados en este asunto que oyéndole no sé si es usted el que habla ó yo el que sigo traduciendo en voz alta lo que mi alma siente...; más dígame, á su vez, ¿qué juicio le merecen todos esos catalanistas, bizcaitarras *et ejusdem furfuris?*

—¿Que qué juicio me merecen? Pues se lo diré á usted en dos palabras y con franqueza y laconismo esencialmente aragoneses: que «á tal cabeza tal montera.»

—No comprendo bien... ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Pues que todas esas gentes, á quienes les parece grande todavía una nación como la nuestra, y que se empeñan en dividirla y subdividirla, deben de ser tan infinitamente pequeños que á su lado serían unos titanes los habitantes de Lilliput. No hay que darle vueltas: á grandes pueblos grandes hombres, á hombres pequeños corresponden pueblos pequeños; principios que, para mayor claridad, podemos resumir todavía, en la fórmula siguiente: tal pueblo, tal hombre. Qué juicio quiere usted que forme de los que desearían que Cataluña fuera una nación y Vizcaya otra, yo que me parece pequeña, muy pequeña esta noble patria que la suerte nos ha deparado; yo que, ya que no nos es posible volver á los tiempos en que España era una provincia, nada más que una provincia de la República ó el Imperio romanos, desearía que todas las naciones latinas, España, Francia, Italia... formasen una confederación, un imperio poderoso, en el que, además de las grandes ventajas económicas que obtendríamos con la supresión de aduanas, aranceles, tratados de comercio, etc., tendríamos el porvenir, la salvación de nuestra raza que, sino se une, será absorbida tarde ó temprano por las del Norte, donde, sin duda, como hace más frío, tienden á unirse más, á estar más juntitos y apretados:

díganlo sino los Estados Unidos y el Imperio Británico, de la raza anglo-sajona; el alemán, de la germánica; el ruso, de la eslava... ¿Cuántos reinos y reinecitos, repúblicas y republiquitas no hubieran formado esos ilusos de la raza hispana con tan vastas nacionalidades?

—Hermoso, magnífico ideal el de esa confederación, el de ese imperio...; pero, por supuesto, con nuestro D. Alfonso por emperador—se apresuró á añadir Blasco.—Y dígame usted ¿de Portugal y de las repúblicas hispano-americanas, qué haríamos?

—De Portugal, de Portugal... yo no he reconocido todavía la independencia de Portugal; para mí continúa siendo España. Su mismo Camoens lo dice mil veces en su inmortal poema, y allá va un trozo de *Os Lusiadas* para demostrarlo:

«Ouvido tinha aos fados, que viria
»Huma gente fortissima de Hespanha
»Pelo mar alto, a qual sujeitaria
»Da India tudo quanto Doris banha:
»E con novas victorias venceria
»A fama antigua, ou sua, ou fosse estranha». (19)

Ya ve usted si dice bien claramente que los portugueses son españoles, que Portugal es una parte de nuestra querida patria. Y con respecto á los hispano-americanos tengo, también, mis ideas, que no sé si encontrará usted aceptables:

no me entusiasman mucho esos nuestros descendientes; siempre están pensando en guerras civiles, en formar nuevos estados y estaditos, algunos de los cuales deben de ser una reproducción de los microscópicos reinos de Lilliput y Blefuscu. Luego, me hace mucha gracia eso de su amor á la madre España, de la que se llaman hijos. Hijos, hijos... por el estilo de los alacranes que, según la vulgar conseja, para formarse ellos devoran á la madre. Pobre España con tales hijos: por poco dan fin de ella.

—Pero, en fin, si en adelante son juiciosos y buenos chicos ¿qué haremos con ellos?—me preguntó Blasco.

—Pues admitirlos en la confederación; sino están perdidos; antes, quizá, ellos, que nosotros.

X

Ya dejo dicho en páginas anteriores que uno de los argumentos de más fuerza que mi amigo Blasco empleó para que no pudiera excusarme de asistir á sus reuniones fué que tenía que curarles á él y á su amable esposa.

De las dolencias de esta excelente señora no hay para qué hablar, pues esto no es un tratado de clínica médica y, de serlo, no había de llevar mi indiscreción hasta el punto de sacar á plaza, como caso notable, dama tan distinguida.

De la enfermedad de Blasco sí debo decir algo, aunque no sea más que para que se aprecie todo el mérito y el sacrificio que encierra su labor de publicista en estos últimos años.

Desde luego inferí que me las había con un neurasténico de forma cerebral, principalmente; pero en quien la obra inmensa de tantos años, siempre en el palenque, había determinado un agotamiento general en todas las fuentes de la vida, del que había que temer cualquiera ca-

tástrofe en el momento que menos se esperara y con el motivo morboso más fútil.

El estado de su privilegiado cerebro por aquella época era tan lastimoso que en cuánto se despertaba su atención por cualquiera causa, le parecía que dentro de él, dos mazos, movidos por misteriosa fuerza, golpeaban las paredes interiores de su cráneo con tal ímpetu, que temía no llegase un momento en que cada trozo se fuera por su lado.

Esto, que no era otra cosa que la exacerbación en grado máximo de los ruídos que sienten los neurasténicos en la parte más íntima de sus oídos, y que tan pronto consisten en latidos más ó menos fuertes como en zumbidos, silbidos, ruídos de soplo, de sierra, de batán, etc., le producía una molestia tan grande durante los períodos de trabajo mental que, cuando se sentaba en su mesa á escribir el artículo literario más sencillo, si con una mano cogía la pluma con la otra se veía obligado á sujetarse y oprimirse la cabeza, para mitigar algún tanto aquellos golpes secos y rudos que en ella sentía; y cuántos de esos artículos que han regocijado á la actual generación, fueron escritos en estas circunstancias tan poco á propósito para inspirar á nadie.

Otras veces era tan intenso el malestar que, *intus et extra*, sentía en todo su cráneo y se acompañaba de tal falta de fuerzas en el organismo entero que, si en esos instantes obligába-

le la dura necesidad á componer lo que á la vez reclamaban los treinta ó más periódicos y revistas de distintos países en que colaboraba, deseoso de cumplir los compromisos adquiridos se ponía á trabajar, pero siéndole imposible tener la pluma en la mano, se arrojaba desanimado en una butaca, y, desde allí, sujeta con ambas manos la hermosa y dolorida cabeza, dictaba á su buen hijo Wenceslao ó á alguna de sus cuatro angelicales hijas lo que ya estaban esperando las veloces rotativas, sin cuidarse para nada del desgraciado que así tenía que elaborar las concepciones de su espíritu. Cuando, privado del sentido de la vista, dictaba á sus hijas, Milton, las sublimes estrofas del *Paraíso perdido*, no debía de sufrir tanto como nuestro infortunado escritor, sintiendo el desgarrón que en su cerebro producía cada nuevo pensamiento que brotaba de él. Al fin la ceguera era un medio para Milton de abstraerse mejor en sus meditaciones; pero tenía el cerebro sano y no daba á luz lo por éste concebido como si también á los alumbramientos mentales hubiera extendido Jehová su terrible maldición paradisíaca.

Otro síntoma de la neurastenia que influía mucho en sus hábitos de escritor era el pertinaz insomnio que le aquejaba, insomnio que no le permitía conciliar el sueño hasta bien entrada la mañana. Como consecuencia de esto tomó la costumbre de trabajar mientras los demás dor-

mían, y cuando en las primeras horas de la madrugada abandonaban sus contertulios la modesta casa de la calle de Cervantes, era cuando Blasco, en vez de retirarse á descansar, poníase á escribir, demandando al silencio y misterio de la noche la inspiración que su cerebro no encontraba facilmente á otras horas más regulares.

Por uno de esos caprichos tan frecuentes en el estómago de los neurasténicos, era ésta, también, la hora en que sentia más despierto su apetito y en la que, por consiguiente, hacía su comida mejor y más copiosa, á cuyo fin quedaba siempre una criada en vela y, en el momento que placía á Blasco, cosa que solía ocurrir entre dos y tres de la mañana, daba de mano un rato á sus cuartillas y se preparaba á yantar fuerte y abundantemente, mano á mano con los manjares y, parodiando á Lúculo, con Blasco sólo como único invitado.

Aunque no todas, conseguí que observara algunas de mis capitales prescripciones, especialmente las referentes á más higiene en su método de vida y en las labores mentales á que, por su profesión, tenía forzosamente que entregarse; y, ayudado por la lectura del libro mío que había provocado nuestra aproximación, libro al que llamaba Blasco enfáticamente «la medicina de mi cabeza» y el que llegó á ser para él una especie de breviario del que todos los días leía algunas páginas, alcanzó alivio tan

notable en sus achaques de neuropático que agradecido á lo que él creía un milagro, ó poco menos, me colmaba de elogios, en gran parte inmerecidos, delante de sus contertulios y en cierta ocasión al presentarme á un personaje extranjero que había ido á visitarle lo hizo en los términos siguientes: «Le docteur Mariscal, l'illustre médecin de ma tete» á cuyo cumplido contesté diciéndole que era para mi una fortuna y una desgracia el ser médico de órgano tan noble, lo primero por el honor de estar encargado de la parte principal de su organismo, lo segundo porque no podría titularme especialista en tales cabezas y allí acabaría mi clientela, pues dónde encontrar otra cabeza parecida.

Y ya que incidentalmente he hablado de la lectura de esa obra mía en que Blasco se manifestaba tan asiduo, creo pertinente añadir que, escaseándome mucho los ejemplares el editor que la publicó, tuve que dar á Blasco, cuando me pidió que se la remitiese, uno que yo había mandado encuadernar con una hoja en blanco entre cada dos impresas, á fin de poder escribir en dichas hojas las enmiendas y adiciones que se me fueran ocurriendo hasta que se publicara otra edición, si es que la buena acogida del público la hacía necesaria. Encontró Blasco excelente la idea y, á los pocos días, me dijo que iba á llenar él las hojas agregadas con las muchas observaciones que la lectura de mi libro le suge-

ría, y que cuando lo hubiera hecho me entregaría el ejemplar para que viera yo si, entre lo por él escrito, había algo que debiera aprovechar.

Algunos meses después de muerto mi ilustre amigo, y huroneando con sus hijos en su magnífica biblioteca, tropecé con mi obra, que continuaba ocupando un lugar en la pequeña librería que tenía junto á su mesa de trabajo y en la que colocaba sus autores favoritos para tenerlos más á mano. Cogí el libro al instante y abrílo—lo confieso—con honda emoción: las hojas añadidas continuaban luciendo su inmaculada blancura; ni una sóla de las reflexiones que le asaltaran, había sido escrita en ellas. Cómo lo deploré y cuanto partido se hubiera podido sacar de sus observaciónes.

XI

Y vamos llegando, poco á poco, á la última parte de este trabajo, con harta complacencia mía, que bien ó mal voy dando cima á esta empresa, superior á mis fuerzas, que manos amigas echaron sobre mis hombros, y seguramente con no menor júbilo del lector, suponiendo que éste haya sido tan piadoso que no me haya abandonado hasta aquí.

Estando, si mal no recuerdo, ausente de Madrid, leí en no sé qué periódico que mi querido amigo y paisano D. Eusebio Blasco—el cual había ido á Aranjuez á rusticarse un poco y hacer algún reparo en los estragos que una vida, intelectual con exceso, hacía incesantemente en su ya débil organismo—había caido gravemente enfermo. Juzgando que en un caso así todos serían pocos para atenderle y escaso su tiempo para ello, no quise embargarles ni un momento de tan preciosos instantes en la

contestación de cartas ó telegramas míos, y me limité á seguir con afán el curso de su dolencia en la prensa política que, diariamente, le consagraba buena parte de sus columnas. Mejorado algo su estado y trasladado á Madrid, me apresuré á ir á ofrecerme como amigo á la familia, pero no quise ni aun penetrar, por entonces, en la alcoba de Blasco, porque estando encargado de él un práctico distinguido de esta Corte juzgué poco oportuno y hasta inconveniente correr el riesgo con mi oficiosa visita de ser interrogado é inquirido por enfermo y familia acerca de su padecimiento, pues el médico, aunque entre como amigo en la habitación de un paciente, no puede dejar á la puerta de la alcoba su personalidad científica y, por otra parte, es tan humano y natural el deseo del que sufre de conocer nuevos pareceres, que es punto menos que imposible excusarse, en circunstancias tales, de emitir el suyo.

Después de muchas alternativas y de mejorías y alivios más ó menos aparentes, recibí un día la visita de su excelente hijo Wenceslao, quien, con lágrimas en los ojos, me dijo que el estado de su padre distaba mucho todavía de ser satisfactorio, que por la prensa me habría enterado de la venida de un médico que, espontáneamente, se había ofrecido á curarle con ciertos tratamientos exóticos (20) que él sabía, y que, efectivamente, había empleado en nuestro querido

enfermo con resultado favorable; que este médico no podia seguir en Madrid porque su salud ó sus ocupaciones le llamaban á otra parte y que invocaban mi tierna amistad hacia el pobre doliente para que me encargara de continuar el método curativo del colega forastero hasta la completa curación de Blasco, cosa que, según aquél, estaba ya muy próxima.

Por falta de tiempo y no gustarme emplear el poco libre de que dispongo en la lectura de la prensa, que me robaría el que pudiera consagrar á otros estudios y lecturas más provechosos, no leo casi desde que tengo uso de razón sino un periódico al día, que no nombro, aunque es el mismo desde entonces, para que no se tome esta digresión por un reclamo de mejor ó peor modo traído, y ya añadiré—aunque á nadie interese el conocerlo—que leo este periódico para saber en el mundo en que vivo é ir poco á poco instruyéndome en la historia de la generación á que pertenezco, aunque en esto de tomar por historia contemporánea al periodismo haya sus más y sus menos, pues á pesar de tener tan á mano las mejores fuentes de información, suelen padecer errores muy crasos los encargados de escribirla. Este periódico, que llamaré mío, nada había dicho de la intervención de ese médico, que de tan luengos países venía, en la enfermedad de mi buen amigo Blasco; así es que desconocía todo lo sucedido y le creía aún en las

hábiles manos del distinguido médico á quien aludía al principio de este capítulo.

Tardé, pues, bastante en entender por completo lo ocurrido, y ví en ello—lo diré con franqueza—una incorrección disculpable en el enfermo y su familia, un entremetimiento anómalo é inexcusable de un profesor extraño á médico y enfermo, y una justa protesta y digna retirada del médico de cabecera, á quien justifiqué en su noble conducta, primero, ante mi joven interlocutor y, después, ante su señora madre y hermanas.

Pero el mal estaba ya hecho, el digno médico de esta Corte hacía ya tiempo que se había despedido con carácter irrevocable, y yo encontraba al enfermo tratado por otro médico que, al parecer, no rehuía una consulta conmigo, cosa que propuse en seguida al hijo de Blasco, señalando una hora de la tarde para que nos viéramos en casa del paciente y advirtiéndole que si se trataba de asistirle allí me tenían, como siempre, á su disposición, pero que si era tan sólo para continuar el plan ideado por el trashumante compañero, aunque yo era un médico muy modesto y sumamente sencillo, no lo era lo suficiente para servir de ayudante á un profesor completamente desconocido para mí, y cuya conducta con el médico de cabecera encontraba, cuando menos, algo irregular.

Tras esta explicación y confesando mi joven

amigo que por lo menos durante seis ú ocho días habría que continuar con el tratamiento terapéutico á que estaba sometido su pobre padre, me presenté á la hora indicada en el domicilio del enfermo, acompañado de mi auxiliar y amigo el Dr. Mendizábal quien, á ruego mío, no tenía inconveniente en poner en práctica lo por el otro dispuesto durante el plazo indicado.

Grande fué nuestra sorpresa al encontrarnos en el portal de la casa del enfermo al hijo de éste y oir de su boca que, teniendo que partir el otro colega al poco rato, me rogaba en su nombre pasásemos, sin subir por entonces al cuarto del paciente, al domicilio de aquél, que estaba en una calle próxima, y que luego tendríamos tiempo sobrado de ver y reconocer al enfermo. Contrariado por esta nueva irregularidad, pues aquella entrevista ya no podía ser una consulta desde el momento en que yo no iba á hacer más que escuchar lo que el otro me dijese, nos personamos en la fonda donde aquél paraba y, después de las presentaciones de rigor, nos dijo en tono familiar que dejaba á Blasco en plena convalecencia y que todo se reducía á que estuviese yo á la mira por si alguna nueva complicación se presentaba, y á que el amigo que me acompañaba siguiera durante seis ú ocho días practicando las inyecciones que él dejaba dispuestas, con lo que sin otros remedios se pondría completamente bien.

Deseando que el estado del pobre Eusebio fuera el que su último médico indicaba, me despedí de éste y marché, acompañado de Wenceslao Blasco y del doctor Mendizábal, en dirección de la calle de Cervantes. En ésta ya y en la casa á donde nos dirigíamos, subí de dos en dos los escalones, pues tenía verdadera impaciencia por ver á mi amigo, después de tantos meses de no haber tenido esta satisfacción. Crucé las dos habitaciones que separaban la puerta de entrada de su alcoba, penetré en ésta y, en efecto, allí, en mullido lecho, donde se desvanecía la sombra, nada más que la sombra de mi pobre amigo, yacía—no se puede decir que descansaba—éste, ó mejor dicho el esqueleto, el cadáver de lo que había sido Eusebio Blasco, porque en aquella cama no estaba Blasco ya, lo que en ella quedaba no era sino el despojo fúnebre de una noble organización, los restos, vivos aún por un prodigio de resistencia vital, de un gran hombre.

Entonces comprendí todo: la marcha precipitada del médico que, momentos antes, aseguraba que lo había curado, que lo dejaba en plena convalecencia; sus prisas, astucias y estratagemas para que yo no viera antes de que él partiese á mi infortunado amigo . . . todo lo comprendí entonces, todo lo comprendí.

Con voz que parecía venir ya del otro mundo quiso contarme el pobre mártir de la vida inte-

lectual sus cuitas, sus dolores, su agonía de tantos meses . . .; ni él pudo articular sino débiles gemidos, más bien que palabras, ni yo se lo consentí. Piadosamente le engañé; le dije que aquello había pasado ya, que poco á poco iría recobrando las fuerzas perdidas, que después me lo referiría todo, todo, despacio, muy despacio, pues tendríamos tiempo de sobra para ello, y recordando, más vivamente aún por el doloroso contraste, los inolvidables coloquios sostenidos en aquel mismo gabinete, trasformado ahora en alcoba de enfermo, ó mejor dicho, en mortuoria habitación, le añadí, que volveríamos á hablar otra vez de todo, de lo humano y de lo divino, de lo temporal y de lo eterno.

Como el náufrago que se ase á frágil tabla confiándole su salvación, así el pobre Eusebio Blasco se había entregado al médico exótico, viendo en él una esperanza, débil sí, pero esperanza al fin, de conseguir mejores días. La ida de éste, anunciada discretamente para de allí á poco tiempo, le preocupaba hondamente. Leyó en el fondo de mi alma el purísimo y desinteresado afecto que le profesaba, y á esto, sin duda, no á la confianza que mis conocimientos científicos pudieran inspirarle, debiéronse las palabras que seguidamente dirigió á su afligida esposa, manifestándole que si me encargaba de asistirle podía irse aquél ya cuando tuviera por conveniente. Respondímosle á la par su esposa

y yo, que sí, que me encargaría de él, y que no le abandonaría hasta su completo restablecimiento, y el infeliz me manifestó su gratitud con un débil apretón de manos y con una triste sonrisa que se dibujó un momento en su demacrado semblante; y, fatigado por la emoción que mi visita le produjo, cerró los ojos, en tanto que yo me retiraba silenciosamente de la habitación, conteniendo á duras penas el llanto que pugnaba por asomarse á los míos.

Como pude, con frases entrecortadas, informé á la entrañable esposa de mi amigo y sus hijos acerca del verdadero estado de éste, llevando la desolación con mis palabras á aquellos oprimidos corazones fundidos, pudiérase decir, en uno, con el del egregio y malogrado escritor que en tan críticas circunstancias se hallaba, desolación que se extendió rápidamente á cuantos tuvieron noticia de lo que ocurría: á parientes, amigos, conocidos, lectores... á todo el mundo, en una palabra. ¿A todo el mundo, he dicho? No, á todo el mundo no. Hubo una persona—trabajo me cuesta honrarla con este calificativo—; hubo una persona que gozó con mi fatídico pronóstico, que saboreó con placer la noticia de la próxima muerte del gran escritor zaragozano, que aquel día, nefasto para todos, lo señaló ella con piedra blanca en los negros anales de su existencia. Esta persona, ó mejor dicho, este monstruo, venía desde el principio

de la enfermedad dirigiendo anónimos al ilustre valetudinario, en que, unas veces, le manifestaba cuánto se alegraba de su estado; otras, le anguraba un fin próximo; otras, y cuando coincidían aquéllos con algún alivio en la dolencia, le advertía con crueldad implacable que desconfiara de aquella mejoría, pues sus días estaban contados y no saldria de tal enfermedad. Y esto hoy y mañana y pasado mañana, dirigiéndoselos á Aranjuez, á Alhama, á Madrid, á todas las partes donde el infeliz iba en busca de un poco de alivio á sus males.

Blasco, que no tenía enemigos, achacaba estos anónimos á un compañero ó compañera de profesión—el sexo no hace al caso—que no habría salido muy bien librado de su pluma en ocasión que él suponía memorable en los fastos de su vida de escritor, y cuya inquina y malevolencia había ya tenido ocasión de experimentar. Si era hombre, hay que creer que se trataba de un sér tan cobarde y miserable que, no habiendo sabido arrostrar, cuando Blasco podia ofender y defenderse, ni las gallardias de su pluma, ni las bizarrias de su espada, había esperado la ocasión de encontrarlo enfermo, débil y afligido para á traición y á mansalva, como el que tras una esquina acecha á inerme y descuidada víctima, hundir el puñal en el generoso corazón del que aun en aquellas circunstancias no se atrevia á combatir de frente; y si mujer, habría

que pensar en que la raza execrable de las Locustas, Lucrecias Borgias y marquesas de Brinvilliers no había desaparecido, por desgracia, de nuestro planeta todavía.

Chasco se llevaba, sin embargo, quien procedía de tan perversa manera. Blasco no hacía caso de tales anónimos, los despreciaba del modo más soberano, y cuando su afligida familia no podía interceptarlos y llegaba á sus manos cualquiera de estos papeluchos, siempre tenía alguna feliz ocurrencia con que contestar á los criminales conceptos que en ellos vertía el sospechado autor de correspondencia tan infame. Una de las últimas veces que pudo abandonar la cama, cosa que coincidiendo con cierta débil mejoría dió motivo á que la prensa anunciase su pronto restablecimiento, le entregó la sirviente una tarjeta postal en que su encarnizado y misterioso enemigo le anunciaba, valiéndose de una sentencia latina, que iba á morir pronto. Sonrióse al leerla el acabado Blasco y dijo á su esposa é hijos jovialmente: «Vaya una noticia tan fresca que me da ese esperpento: *Morir tenemos — Ya lo sabemos*, he oído muchas veces á los amables hermanos de la Trapa».

Si, cuando me ocupaba en cierto libro mío de los efectos de los celos y la envidia en la vida de los intelectuales, hubiera conocido este hecho inconcebible que acabo de referir, no habría citado como ejemplo de hasta donde puede

llegar el encono de tan abominables pasiones los asesinatos de Pérdix, Regiomontano y Domenico de Venecia, cometidos por émulos ó compañeros suyos, pues mil veces peor que quitar á uno la vida airadamente es amargar por esos medios inicuos los últimos dias de un desgraciado. 21

XII

Blasco se moría, pues; pero—habrá quien me pregunte—¿de qué se moría? De la fatiga del vivir, del exceso de pensar, de haber vivido tres vidas en una para el trabajo, para la inteligencia, para el corazón. Blasco, puede decirse que moría sin enfermedad: no tenía fiebre, no tenía disnea, no tenía pérdida importante alguna; de las lesiones que en él se observaban ninguna bastaba á producir la muerte; comía y digería bastante bien, dormía algunos ratos, secretaba y excretaba con normalidad...; moría como sucumbe el animal que no pudiendo con tanta carga y fatiga, llega un momento en que flaquean sus miembros, abrumado por el peso que agobia sus lomos se desploma en medio del camino y, sin una convulsión, sin un estremecimiento, dobla la cerviz y expira.

Era, por consiguiente, una víctima más de la larga serie que, á través de las edades, ha ido inmolando, en la sagrada falange de los genios,

el ruinoso trabajo mental: terrible y dura faena á la que de tal modo había consagrado toda su vida que, aun en los días aquellos que precedieron á su muerte, recostado en dos ó tres almohadas, cogía con mano trémula la pluma y escribía, escribía, unas veces por sí, otras valiéndose de socorro ajeno, crónicas y artículos, siempre con el bien por norte, siempre con el amor al desgraciado y la protección al desvalido por norma de su conducta (22). No sé si la antevíspera ó el día antes de expirar, intentó todavía escribir un artículo. Viendo la imposibilidad material de hacerlo, quiso dictárselo á uno de sus hijos; también las fuerzas mentales le faltaron, y abatido, desanimado, sin esperanza alguna ya, se echó en la cama á morir, comprendió, sin duda, que su último momento había llegado. ¿Lo comprendió, he dicho? ¿Se daba cuenta de su estado? ¿Sabía que se moría? No sé en qué sentido contestar á estas preguntas. Unas veces me parecía que sí: aquella implacable melancolía, aquel mutismo casi absoluto, aquella indiferencia á todo lo que le rodeaba, parecían indicar que sí, que conocía su situación, que sabía que sus días estaban contados. Y en ese caso, ¡qué dolor tan grande el suyo, considerando que tras cerca de medio siglo de trabajo rudo é incesante, no habíale bastado éste para asegurar el porvenir de su viuda y de sus hijos, y sólo les dejaba la gloria de su nombre por

único patrimonio, pues parte por su indiferencia hacia el dinero (23), parte por su inagotable caridad y su generosidad sin límites, parte, también, por lo poco que produce la pluma en nuestro país, aun á genios tan extraordinarios como el suyo, siempre había vivido al día, no sabía lo que era poder ahorrar una peseta!

Otras veces, sin embargo, en sus pocas palabras, que denunciaban futuros propósitos, se adivinaba que contaba todavía con vivir, con vivir muchos años quizá, á cuya creencia no sería extraña, por una de esas singulares superticiones tan frecuentes en los grandes hombres, además del ejemplo de la longevidad de muchos individuos de su familia, la lisonjera predicción de madama de Thébes de que había de vivir noventa años.

Extinguiéndose poco á poco como una lámpara á la que va faltando el óleo que la mantiene, vivió mi caro amigo, todavía, ocho ó nueve días. Durante el transcurso de éstos, una circunstancia fortuita y accidental hizo que me convenciera más aún de que el pobre Blasco estaba irremisiblemente perdido.

Salía una tarde de su casa y, al pasar, entré un momento en la librería de Vindel. Preguntóme éste por el estado del interesante enfermo, quien además de ser asiduo parroquiano suyo, era su vecino, y al decirle mis impresiones, llevado de un laudable optimismo muy propio de

la manera de ser de dicho simpático librero, me dijo:— Yo tengo aquí una cosa con la cual se pondría bien—. Olvidéme por un momento de que yo era médico y Vindel un profano en la ciencia de curar, y le pregunté con ansia:—Dígame usted cual es—. Pues un libro— ¿Un libro? —dije yo, moviendo incrédulamente la cabeza, pensando en que á mi pobre amigo le tendrían ya sin cuidado todos los libros de este mundo.—Sí, un libro— me respondió Vindel. — Hace varios años que D. Eusebio me tenía encargado le buscase y adquiriese un ejemplar del primer libro que publicó (24), titulado *Arpegios* y único que le faltaba de los suyos en su biblioteca por haberse agotado hace más de cuarenta años. No había echado en olvido su encargo, y hace pocos días lo he podido adquirir, y aquí lo tengo á disposición de él—concluyó diciendo Vindel, presentándome á la par un tomito de poesías en bastante buen estado de conservación. Cruzó por mi mente la idea de que aquel libro podía servirme para hacer un experimento en mi infortunado amigo y convencerme de si, cual sospechaba, estaba tan moribundo su espíritu como su cuerpo, y dije á Vindel:—Pues bien, sí; yo le adquiero á usted, con destino á mi amigo Blasco, este libro; y voy á ver si, en efecto, puede servirle de remedio moral. ¿Cuánto quiere usted por él?—Si los vaticinios de usted se cumplen— respondió Vindel—dentro de poco no habrá di-

nero con qué pagarlo; pero, en fin, se lo cedo por un ejemplar de su «Higiene de la Inteligencia» y, encima, todavía le daré á usted mi gran catálogo ilustrado de obras antiguas que aparecerá en breve.— Aceptado por mí el trato, me hice cargo del libro, que leí con fruición aquella noche; y al día siguiente, á primera hora, me presenté con él en casa del pobre enfermo.— Amigo Blasco—le dije en cuanto entré—le traigo un buen regalo, un libro que hace años buscaba usted inútilmente—¿Sí?—me preguntó con acento tan débil como indiferente.—Sí, son los *Arpegios*, el primer libro que usted compuso y del cual no posee ningún ejemplar.—No observé ni una contracción en su semblante, ni ví animarse un momento sus ojos, ni nada que me revelase que, en aquel corazón, que en aquel cerebro, quedaba aún algo de las ilusiones de este mundo; le entregué el libro, que palpó un momento casi de un modo inconsciente, y salí de su alcoba profundamente apenado, juzgando á mi amigo muerto en la materia, muerto en el espíritu. Después supe que, durante ciertos instantes en que se animó algo, hizo que una de sus hijas le leyese una composición dada de las que contenía el tomito; luego, creo que no volvió á acordarse más de lo que, meses antes, hubiese considerado como un precioso regalo.

Conociendo sus arraigados sentimientos religiosos que le llevaron, entre otras cosas, á pre-

sentarse candidato á la diputación á Cortes con el carácter de «socialista cristiano», se pensó varias veces durante aquellos días de verdadero período agónico en prepararlo espiritualmente, desistiendo médico y familia de hacerlo porque suponíamos que había de ser aquél un golpe terrible para el desgraciado escritor, dado el estado de lucidez mental en que todavía se hallaba; y como de un momento á otro preveía que había de suceder lo que todos esperábamos ya desde que fué conocida su más que grave desesperada situación, tenía dicho á la familia que, en cuanto notaran ciertos síntomas, que enumeré, me avisasen inmediatamente, fuese la hora que fuese, para tener tiempo de poder ocurrir á aquellos menesteres espirituales á que está obligado todo el que muere dentro de nuestra comunión.

Acababa una noche de regresar á mi casa, rendido á la fatiga de un día entero más invertido en múltiples y variadas ocupaciones, cuando me anunciaron á Wenceslao Blasco, quien no tuvo necesidad de decirme una palabra para que al instante comprendiera lo que significaba su visita. Volví á ponerme el abrigo y el sombrero de que acababa de despojarme, y á los pocos minutos penetrábamos en la consternada habitación de la calle de Cervantes. La pobre señora de Blasco, que hasta entonces no había acabado de creer en la inminente desgracia que

le amenazaba, me empujó hacia la alcoba con uno de esos ahogados gritos de supremo dolor que expresan más por el tono conque se les emite que por las palabras de que se acompañan. Penetré en el cuarto del agonizante, me acerqué al lecho de mi buen amigo y, sin un débil tenuísimo latido que aplicando el oido á su costado izquierdo pude percibir, le hubiera creído muerto. Púsele inmediatamente dos inyecciones hipodérmicas, que á prevención tenía dispuestas. Al sentir penetrar en la piel la aguja de la jeringuilla, contrajo dolorosamente su semblante, y como la acción de los medicamentos así aplicados es tan rápida en sus efectos, abrió aquellos grandes ojos que, por lo demacrado del rostro, casi llenaban la mitad de él, y con la mirada y un flébil suspiro entendí que me daba las gracias por el poco bien que en tan tristes momentos recibía de mí. Juzgando que aquel efecto pasaría pronto, manifesté la conveniencia de que viniese el sacerdote. Llegó éste á los pocos instantes; recibió los sacramentos de la iglesia que su agónico estado permitía. Un nuevo síncope le dejó sin pulso, sin respiración, inanimado otra vez. Reanimóse, aunque ya más debilmente, á favor de los diferentes remedios que se le aplicaron; cayó en el coma estertoroso que precede inmediatamente á la muerte; hubo otro instante en que pareció revivir nuevamente; quiso balbucear una

palabra, quiso volver los ojos—*ultimum moriens* en la cabeza exánime—hacia la imagen del Pilar que tenía á su derecha, y la vida huyó de aquel cuerpo que por conservarla tan recia y larga lucha venía sosteniendo. Con el gesto, más que con la palabra, indiqué á la atribulada familia que todo había concluído; como impulsados por una misma fuerza, lanzáronse viuda y huérfanos sobre el cadáver del ser á quien tanto habían amado, y al que la muerte sorprendió de tan blando modo que parecía dormido: las frases cariñosas, las dulces remembranzas, los ayes, los lamentos, los ósculos de amor en aquella noble frente que, con su suave y blanca curua, se destacaba en las sombras de la alcoba y todavía parecía irradiar inteligencia y genio... formaron un cuadro tan patético y conmovedor que, para describirlo, haría falta tener el ánimo más sereno que lo está el mío en estos instantes, y poseer una elocuencia y una fuerza de expresión de que en absoluto carezco.

Al llegar, pues, á este punto de mi relato, para tratar el cual me declaro, como ya he dicho, impotente, limpio y cuelgo mi pluma que, aunque pobre y vieja y con los puntos embotados por el uso, merece guardarse religiosamente, no por ninguna otra cosa sino por haber empleado su existencia material en conservar para la posteridad algunas páginas de la vida del glorioso escritor Eusebio Blasco.

NOTAS DE LA POSFACIÓN

Á LAS

MEMORIAS INTIMAS

(1) DANTE ALLIGHIERI: *La Divina Commedia*; INFERNO, canto primo.

(2) Erijo un altar á estos desgraciados caudillos ilergetes—ya que ni calle ni estatua tienen en la capital de España los primeros que se rebelaron contra toda dominación extranjera en nuestra patria—porque ¿quién duda que, si aquellos aragoneses primitivos hubieran triunfado en su heróica lucha contra romanos y cartagineses, no se les habria considerado como unos semidioses y hubiesen tenido aras y culto entre los antiguos habitantes de la peninsula ibérica?

(3) Libro XII, epigrama 18.

(4) Libro I, epigrama 5.

(5) Libro XI, epigrama 20.

(6) Aunque sea en forma de nota y, por consiguiente, dejando al lector en libertad de leerla ó no

leerla, sin temor á que quede interrumpido el hilo del discurso, voy á consignar algunos de los motivos que tengo para creer que conozco muchos de los lugares citados por Marcial en sus libros, no obstante saber que sus comentadores suelen decir que no se han podido poner nunca de acuerdo los críticos acerca de este importante extremo de las obras del célebre poeta español. Y lo consigno aquí, aprovechando el relato de mis conversaciones con Blasco acerca de Marcial, por aquello de que á la ocasión la pintan calva, y porque, si bien serían mis deseos, como fueron los del poeta hispano-latino y los de Blasco, retirarme algún dia á las orillas del Jalón á dejar alli en la madre tierra mis mortales despojos, en cuyo caso qué mejor ocupación podría dar á mis últimos días que escribir la vida de Marcial y poner en claro todos estos puntos, como pudiera suceder que no me sea dado verificar ni lo uno ni lo otro, evacuaré ahora esta diligencia por lo que pueda tronar.

El *Caussus* debia de ser el rio Piedra. En toda la antigua comunidad de Calatayud no hay un rio de corriente tan rápida ni de aguas tan frias. Cuando hace diez y nueve ó veinte años me bañaba yo en el Jalón, cuatro ó cinco kilómetros más abajo de la desembocadura del Piedra en dicho rio, al cruzar á la orilla derecha, que es el lado en que desagua el último en el primero, notaba la frialdad de aquellas aguas tan heladas como cristalinas, sensación que á mi me causaba, sin embargo, una agradable impresión, parecida al que tropieza en su camino con una persona amada á quien no ha visto en mucho tiempo, ó, tras larga ausencia, siente en sus mejillas el tierno beso de una madre; porque en las márgenes del

Piedra se meció mi cuna, allí pasé los mejores años de mi vida.

El *Salo* ya se sabe que era el Jalón. *Boberca*, *Vobisca* ó *Valisca* pues de las tres maneras lo he visto escrito, porque éste, así como los demas nombres celtíberos que cita Marcial, varian en casi todos los manuscritos y ediciones de sus obras, debia de ser Bubierca. *Botrodus* ó *Boterdus*, cuyas huertas y frutos exquisitos pondera tanto Marcial, añadiendo que era un vergel próximo á Bilbilis y amado de la venturosa Pomona, me figuro que seria lo que ahora se llama Campiel, célebre por sus melocotones.

Platea la de las armas, rodeada por el Jalón que, en aquel sitio, era más estrecho y turbulento que en lo restante de su curso, y famosa también, por sus deliciosas frutas, presumo estaria situada junto á Castejón de las Armas, en la parte que circunscriben el Piedra y el Jalón, donde, si mal no recuerdo, se ven todavia algunos restos de antiguas fortificaciones.

El alto *Vadaveron* que en otros lugares y ediciones de las obras de Marcial se llama también *Vaduveron* y *Baradon*, aislado en medio de las otras montañas y cubierto de verdes robles no puede ser otro que lo que hoy se llama la *Sierra*, situada en la parte norte del termino municipal de Villarroya, importante y rica población de la antigua tierra ó comunidad de Calatayud. Esta montaña es la mas elevada de todo el pais, y desde su cumbre se descubre un hermoso panorama compuesto de montes, valles, vegas, llanuras, rios y los términos y poblados de muchos lugares, villas y ciudades de las provincias de Zaragoza, Soria y Guadalajara. Marcial

llama siempre sagrado á este monte, sin duda porque en la época de la dominación romana debia de ser el asiento de algún famoso templo pagano, ó porque el espeso bosque de robles que le embellecia estaria consagrado a algún dios, como era costumbre en aquellos tiempos.

En la actualidad se alza en él la ermita de nuestra Señora de la Sierra, lugar de mucha devoción, principalmente para los pueblos llamados de la Cañada ó sean Amñón, Bijuesca, Cervera, Moros, Torrijo, Villalengua y Villarroya, y otros comarcanos, como son Añón, Aranda, Calatorao, Clarés, Gotor, Jarque, Malanquilla, Oseja, Pomer, etc. Antes de principios del siglo XVIII, en que la guerra de Sucesión destruyó los importantes edificios que allí existian, habia en lo alto de dicha fragosa sierra, y adosados á la secular ermita, una hospedería y un hospital. Lo vasto de la primera y el concurso de peregrinos que á este sitio acudian lo dice el haberse allí reunido muchas veces en otros tiempos, según refieren los cronistas de la milagrosa imagen, mas de mil quinientas personas «sin que á nadie faltase dentro de la Casa, comida, y lugar correspondiente para dormir (*)». D. Alfonso I el *Batallador* fué el monarca que mandó trazar y levantar primeramente la planta de esta casa y ermita, entregándolas al

(*) *Hermandad espiritual, historia y novenario de la Virgen Santísima baxo el nombre de* LA SIERRA, *que se venera cerca de Villaroya en Aragón*, escrita por el doctor D. Joaquín López, Abogado de los Reales Consejos, Familiar del Santo Oficio de la Inquisición del Reyno de Aragón, Vecino de la Ciudad de Calatayud, en obsequio de la misma Virgen.—Pamplona, 1790.

cuidado de los caballeros templarios. Recibió importantes donaciones y privilegios de muchos reyes y pontífices, en especial de D. Pelayo (*), D. Alfonso I, D. Ramón Berenguer IV, D. Fernando el Católico, el emperador Carlos V y D. Felipe II, y los papas Juan XXII, Clemente VII, Paulo II, Inocencio VIII, Adriano VI, Paulo III, y Gregorio XIII. Entre los muchos milagros que de tan veneranda imagen se leen en las antiguas crónicas del reino de Aragón, hay dos muy interesantes: son éstos que al librarse la batalla de Lepanto y el día que entraron en Aragón las tropas que al mando del terrible D. Alonso de Vargas envió Felipe II para cortar la cabeza al Justicia y acabar con los fueros, las campanas de la Virgen de la Sierra tañeron por sí solas para celebrar, en el primer caso, la victoria obtenida sobre los infieles y darnos aviso, en el segundo, de los grandes peligros que se avecinaban, con objeto de que pudiésemos prevenirnos. Lo malo es que, en esta ocasión, muy pocos cumplieron con su deber; pero, en fin, la culpa no fué de la Virgen: ella cumplió con el suyo. En los gozos que se cantan á esta milagrosa imagen, en la novena que celebra su cofradía, se alude á lo de Lepanto en los siguientes términos:

«En la cumbre soberana
dió aviso, quando en Lepanto
oyó el Turco con espanto
la lengua de una campana:

(*) Mucho me extraña que D. Pelayo extendiera sus donaciones—que no podían ser muchas aunque quisiera—á un lugar tan distante de su pequeño reino, pero así lo he leído en un viejo cronicón de esta imagen.

El vencido, España ufana,
Y la Campana es señal,
que esta Reyna Celestial
los enemigos destierra:
Señora, rogad por nos
Virgen Santa de la Sierra.»

Y basta del Vadaverón, que por algo le decía yo á Blasco que era sagrado hoy como ayer.

La fuente de *Dircenna*, ya lo digo en el texto, no puede ser otra que la de Bijuesca, mi pueblo natal y el de la rama materna de la familia de mi padre: los Aguarones. Ni en la comarca bilbilitana ni, quizá, en toda la península, habrá una fuente natural que pueda compararsele. Tiene veintiocho hermosos caños, por donde sale el agua potable más excelente con tal ímpetu que forman una muralla de cristal, y todavía una cabeza de angel ó amorcillo que hay en el centro de fuente tan caudalosa, echa agua en abundantes chorros por ojos, boca y narices: si no es ésta ¿qué otra fuente de la antigua comunidad de Calatayud iba á ser digna de que la musa de Marcial la inmortalizase con su

Avidam rigens Dircenna placabit sitim? (*)

El *Tagus* no hay que decir que era el Tajo; el viejo *Caunus*, cubierto de nieve, el Moncayo; el *Congedus* ó *Considus*, río de tibias y lentas aguas y con un lago en sus cercanías, el Giloca que, como es sabido, pasa cerca de la laguna de Gallocanta y aun me parece que recibe un afluente de ella, etc., etc., pues no quiero extenderme más en estas interpretaciones.

(*) Libro I, epigrama 50.

(7) Libro VI, epigrama 19.—Libro de los espectaculos, epigrama 28.

(8) Libro VIII, epigrama 28.

(9) *Memoires de Benjamin Franklín*, écrits par lui-meme; chap. VII. — Traducción francesa de Eduardo Laboulaye.

(10) *De spectaculis libellus;* epigramas 17, 25 y 30.

(11) Libro V, epigrama 24.

(12) Libro I, epigrama 2.

(13) Libro VIII, epigrama 3; libro XI, epigrama 15.

(14) Libro III, epigrama 71.

(15) En este episodio de la vuelta de Marcial á Bílbilis y su casamiento con Marcela, acepto como verosímil, sino rigurosamente auténtica, la versión de Mr. Julio Janin en sus tituladas «Memorias de Marcial», precioso estudio que forma parte de su interesante libro *La poésie et l'éloquence à Rome au temps des Césars*. Por lo demás, sabido es de todo el mundo que el opulento Plinio el Joven, al comunicar á su amigo Prisco en una de sus cartas la muerte de nuestro compatriota, á quien llena de elogios, le dice que á su partida de Roma le dió con qué ayudarse en el viaje, «pobre recurso—añade—que debía á nuestra amistad y á los versos que había hecho para mí».

(16) Libro VIII, epigrama 6.

(17) Libro I, epigrama 50; libro X, epigrama 104.

(18) Libro X, epigrama 103.

(19) *Os Lusiadas;* canto I; XXXI.

(20) Estos, después de todo, se reducían á procedimientos terapéuticos y agentes farmacológicos conocidos de todo el mundo.

(21) Contrastando con esta infame conducta y cuando la extrema debilidad del gran Eusebio Blasco hizo pensar en la transfusión de la sangre para prolongar sus días, hubo un espíritu generoso, diré su nombre en honra y gloria suya, D. Joaquín Laorga, que se ofreció á dejarse abrir las venas y prestar al ilustre escritor cuanta sangre necesitase.

(22) La última vez que estampó su firma fué en un bono de caridad para proporcionar alimentos á una pobre viuda.

(23) Esta poca importancia que daba Blasco al dinero era consustancial con él desde los primeros años de su vida. Todos sabemos lo mucho que gustan los cuartos á los niños, y que, por pequeños que sean, si se les da á elegir entre un perro chico y una peseta eligen casi siempre la peseta. Pues bien, teniendo Blasco siete ú ocho años de edad, heredó su señora madre veinte mil duros, cantidad que se le entregó en onzas de oro: apiladas encima de una sólida mesa de nogal, ofrecían un aspecto fantástico y deslumbrador, y queriendo ver su padre el efecto que aquel tesoro producía en su hijo Eusebio, quien a la sazón estaba en otra habitación entretenido con sus juguetes, le mandó llamar. Presentóse al instante el niño Blasco, y cuando le dijeron el motivo porque se le llamaba, dijo con enfado dirigiendo una mirada de enojo á las brillantes peluconas: «¿Y para ver esto me habéis llamado? Vaya una cosa.» Y volvióse incontinenti á buscar la compañía de sus amados juguetes.

(24) Así lo creía Vindel y quizá Blasco, también, olvidado, en una producción de cerca de cincuenta años, del orden en que habían nacido sus hijos espi-

rituales; pero después de su muerte se supo que su primer libro apareció en Zaragoza, contando el autor quince ó diez y seis años de edad, bajo el título de «Veladas de verano».

FIN DEL TOMO CUARTO

ÍNDICE

Páginas.

Páginas.

Publicaciones venales del Doctor Mariscal.

ENSAYO DE UNA HIGIENE DE LA INTELIGENCIA. — *Contribución al estudio de las relaciones que existen entre lo físico y lo moral del hombre, y manera de aprovechar estas relaciones en beneficio de su salud corpórea y mental.* Obra premiada con diploma de primera clase (medalla de oro) en el IX Congreso internacional de Higiene y Demografía, y con el gran «Premio Salgado» por la Real Academia de Medicina de Madrid.—Segunda edición. — Madrid, 1903. — Un tomo en 4.° mayor, 10 pesetas en rústica.

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE MEDICINA LEGAL DE PARÍS DE 1889.—Memoria presentada al Excelentísimo Sr. Ministro de Gracia y Justicia por el Dr. Nicasio Mariscal, Delegado que fué del Gobierno español en el expresado Congreso, y premiada por dicho Ministerio con la encomienda de número de la Real orden de Isabel la Católica á favor del autor. - Madrid, 1890.— Un tomo en 4.° mayor, 5 pesetas en rústica.

LA CIENCIA DE LA BELLEZA.—*Datos para la dirección higiénica de la hermosura humana*, Madrid, 1899.—Un tomo en 8.° con ilustraciones de Comba, 4 pesetas, rústica.

Localización de los venenos en el organismo animal.—Madrid, 1903.—Un tomo en 8.°, 2 pesetas, rústica.

Higiene de la vista en las escuelas.—Obra premiada por la Sociedad Española de Higiene y por el IX Congreso internacional de Higiene y Demografía. —Madrid, 1888.—Un tomo en 8.° con once fotograbados, 2 pesetas, rústica.

Profilaxis de la difteria.—Obra premiada por la Sociedad Española de Higiene y, con medalla de oro, en la Exposición de Higiene de la Infancia de París de 1887. — Madrid, 1886. — Folleto en 4.° mayor, 1 peseta.

La neurastenia en los hombres de estado.—*Reflexiones de medicina política.*—Madrid, 1901.—Un tomo en 8.°, 2 pesetas, rústica.

El Morfinismo.—La higiene de Zaratustra.—Madrid, 1902.—Un tomo en 16.° (el XXVI de la *Biblioteca Mignon)*, con ilustraciones de Valera, 0,75 pesetas rústica.

Epístola antitaurómica. — Mis reflexiones.—Segunda edición.—Madrid, 1902.—Un tomo en 8.° con ilustraciones de Velasco, 1,50 pesetas, rústica.

LISTA DE SUSCRIPTORES

Á LAS OBRAS COMPLETAS DE

EUSEBIO BLASCO

D. Gumersindo de Azcárate.
Marqués de Ayerbe.
José Alvarez Mariño.
Alberto Aguilera.
Enrique Alba.
Luis de Ahumada.
Arturo Alvareda.
Rafael Andrade.
José Baena.
Luis Baena.
Tomás Bretón.
Antonio G. Bejar.
Marqués de Barzanallana.
Aureliano de Beruete.
Domingo Blanco.
Luis Barceló.
Juan Carbó.
José de Cubas.
Marqués de Casa Laiglesia.
Jesús Cánovas del Castillo.
Pablo Cruz.
Joaquín Cañabate.
Barón del Castillo de Chirel.

D. José Canalejas.
Alonso Coello.
Marqués de Castro Serna.
Eleuterio Delgado.
Angel M.ª Dacarrete.
Eduardo Dato.
Gabriel R. España.
Julio de la Escosura.
Conde de Esteban Collantes.
Nicolás Estévanez.
Nilo Fabra.
Carlos Florez.
José Goyenechea.
Angel Gómez Rodulfo.
Juan Gómez Renovales.
Federico García Patón.
Ricardo Hinojosa.
Daniel de Iturralde.
Francisco A. de Icaza.
Señora Viuda de Igual.
José de Igual.
José López Dominguez.
Joaquín López Puigcerver.
Joaquín Larregla.
Federico Loygorri.
Manuel de Llano y Persi.
Conde de Llobregat.
Manuel Manrique de Lara.
Federico de Madariaga.
Eduardo Murga.

D. Tomás Maestre.
Nicasio Montes Sierra.
Javier Muguiro.
Conde de las Navas.
Francisco Navarro y Ledesma.
Miguel Otamendi.
Joaquín de la Puente.
Alfonso Retortillo.
Conde de Reparaz.
José de la Rica.
Francisco Romero y Robledo.
Conde de Romanones.
Conde de Ramiranes.
Manuel Ruiz de la Prada.
Joaquín Sainz de la Maza.
Francisco Silvela.
Señora Viuda de Soriano Murillo.
Conde de San Luis.
Barón del Sacro Lirio.
Ricardo Spottorno.
José Sánchez Guerra.
Duque de Sotomayor.
Emilio Sala.
Duque de Tamames.
Manuel de Tolosa Latour.
Eduardo Terán.
Marqués de Tavara.
Enrique Traumann.
Marqués de Tovar.
Manuel Ubao.

D. Javier Ugarte.
Conde de la Viñaza.
José Villalobos.
Marqués de Villasegura.
Conde de Vilches.
Benito Zozaya.

Ayuntamientos de:

Zaragoza.
Bilbao.
Cádiz.
Pontevedra.
Jaca.
Cartagena.
Valencia.
Badajoz.

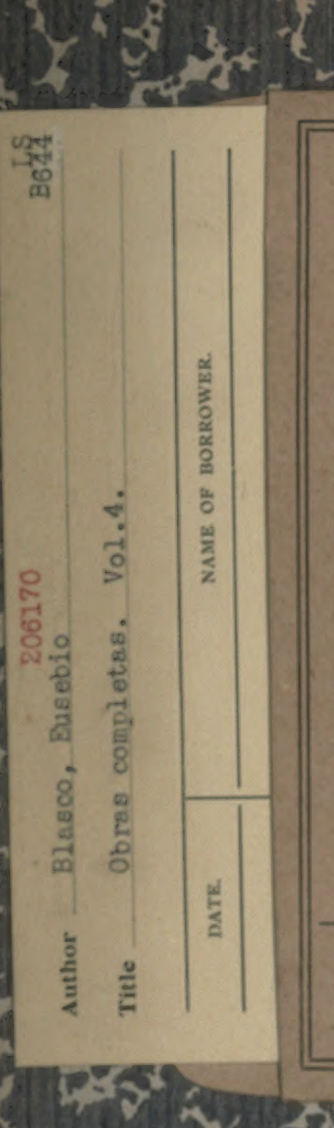
ALTAS

D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
Duque de Bivona.
Conde de Casa Valencia.
Salvador Muñoz.
Conde de Malladas.
Antonio Pacheco.
Marquesa de Squilache.

Los señores suscriptores recibirán sin aumento de precio los tomos cuyo importe exceda de tres pesetas.

Las personas que deseen suscribirse á las *Obras completas de Eusebio Blasco* deberán dirigirse al editor, D. Wenceslao Blasco, calle de la Alameda, 1, duplicado, ó al administrador, D. Leopoldo Martínez, calle del Correo 4, librería, Madrid.




LS
B644
206170
Author Blasco, Eusebio
Title Obras completas. Vol.4.
DATE.
NAME OF BORROWER.

